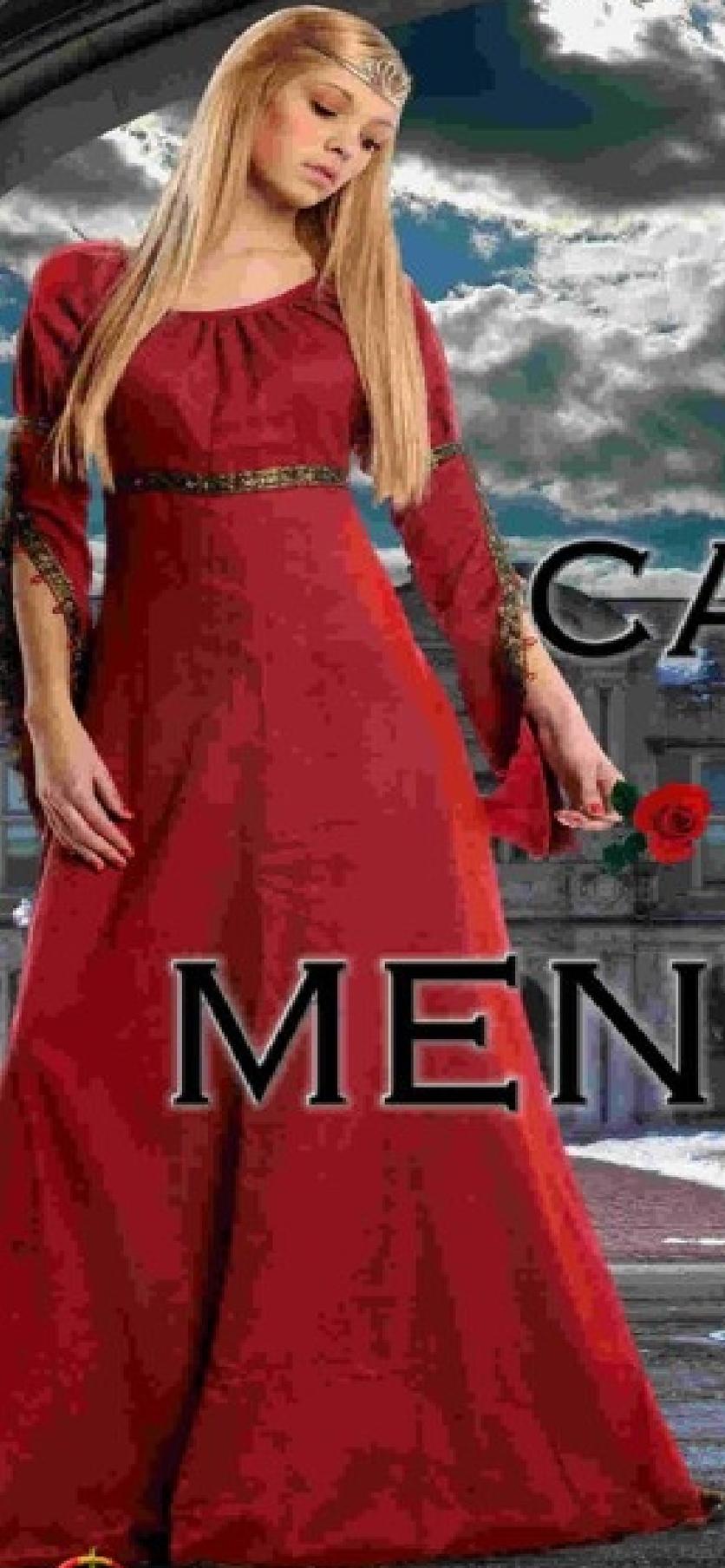


EMMA GIGAN



CAUTIVA

de una

MENTIRA



Historia recomendada por Fans Sherrilyn Kenyon Spain

# **CAUTIVA DE UNA MENTIRA**

EMMA GIGAN

Copyright © 2014 Emma Gigán  
Todos los derechos reservados.  
ISBN: 1496120248  
ISBN-13: 978-1496120243

# ***DEDICATORIA***

Quiero dedicar este libro, sobre todo a mi marido y a mis dos pequeñajos, quienes me han apoyado y animado, desde el principio, a que hiciera este sueño realidad. Si no hubierais estado a mi lado, me hubiera sido muy difícil realizarlo.

También a mis Hunters. Muchísimas gracias por vuestros ánimos y por lo buenos ratos que pasamos juntas. Y especialmente a Maiki quien siempre ha estado ahí apoyándome. A Sandra, S. M. Afonso, que fue la que me animó y convenció para meterme en esta loca aventura que me apasiona.

A mis amigos por teneros siempre a mi lado animando, aunque a algunas os tenga lejos por Andalucía o Cataluña, como Sandra Mallén, Silvia o Pilar. Seguiremos con esas conversaciones tan largas que tenemos y que espero que, algún día, podamos tener en persona.

Por supuesto tampoco, me olvido de mis cotorrillas que siempre han estado conmigo desde que las conocí. No puedo nombraros una a una porque no me quiero dejar a nadie fuera.

Gracias por estar siempre a mi lado.

# PROLOGO

*Inglaterra, abril de 1462, Abadía de Santa María de Furness, condado de Cumbria. Inglaterra.*

Alexia recorrió el huerto situado a los pies del convento, donde había sido recluida, para dirigirse hacia donde la esperaba uno de los hombres de su padre. Una vez más, recibiría su negativa al ofrecimiento de un nuevo compromiso. No aceptaría el matrimonio con ese último pretendiente. Le entregó su mensaje y regresó hacia el que ahora era su hogar en el cual, llevaba ya cuatro meses desde que su padre la había dado a elegir entre acatar sus órdenes y encontrar marido o recluirse en un convento.

A sus diecinueve años se la podría considerar ya que se le había pasado la edad de contraer matrimonio. Su padre, la había consentido en esos años, que se tomara su tiempo para encontrar un esposo. No quería forzarla a un matrimonio impuesto por él, a fin de establecer alianzas u obtener un enriquecimiento a través del mismo. Pero ella, no se decidió nunca por ningún de los innumerables pretendientes que había llamado a las puertas de su hogar.

Su padre, cansado ya de sus constantes negativas, decidió apremiarla para que tomase una decisión, pero lo único que consiguió fue que ella se aferrara más a sus ansias de libertad y de casarse con un hombre por el que pudiera sentir algo más que cariño.

Estaba hechizada por la idea de los valientes caballeros de los romances, que salvaban a bellas damas de dragones y demás criaturas fantásticas. No quería verse atrapada, hasta el fin de sus días, en un matrimonio con un hombre que solo la haría sentir respeto y, con suerte aprecio.

Su rebeldía había sido tolerada por sus progenitores desde su infancia. Pero al cumplir los catorce años todos sus caprichos infantiles se acabaron. Donde antes todo eran juegos y risas, ahora eran enseñanzas para organizar un hogar y dirigir a la servidumbre. Estaba decidida a encontrar un hombre al que amara y convertirse así en su esposa y madre de sus hijos. Pero ninguno de los hombres que conoció la hizo sentir ganas de unirse a ellos.

Una vez más, su padre se encontraría con que su respuesta sería una rotunda negativa. Ella había asumido que su estancia, en aquella espartana abadía, iba a convertirse en su hogar para siempre. Al fin al cabo, la vida dentro de aquellos austeros muros, tampoco era tan desagradable como se la había imaginado en un principio. Dura sí, eso no podía negarlo, pero podría acostumbrarse a vivir allí.

Había entablado una muy buena amistad con el resto de las jóvenes doncellas que habían sido enviadas allí al igual que ella. Entre todas, conseguían que hubiera algo de alegría y diversión, a escondidas, en aquel sobrio y respetuoso ambiente.

Ojalá fuese como su hermana que aceptó sin miramientos la proposición del que ahora era su marido. Ella era feliz, su marido era joven y bastante atractivo. Y aunque, al principio, no había existido amor entre ellos, tras un corto espacio de tiempo, se sintió profundamente enamorada de él.

Pero no deseaba arriesgar su felicidad a un quizás. Quería ir sobre seguro, encontrar un hombre dulce y cariñoso que la hiciera sentir la mujer más feliz sobre la faz de la tierra y que le ofreciera una vida llena de amor y alegría.

Suspiró y levantó su cabeza hacia el cielo, a la vez que cerraba sus ojos, y rogó silenciosamente a Dios, que si ese hombre existía, apareciese pronto en su vida, porque estaba perdiendo la esperanza de que aquello ocurriese algún día y pronto se la consideraría demasiado vieja para encontrar un hombre que se interesase por ella.

# CAPITULO 1

George Kemble, miraba al horizonte esperando ver aparecer al hombre, cuya lealtad en el pasado, había hecho que le considerase como a un hermano y no como un amigo. Solían visitarse varias veces al año, siempre que sus responsabilidades se lo permitían.

Vio una nube de polvo que comenzaba a formarse en la arboleda próxima al castillo, propiedad de la familia durante generaciones. Seguía conservando en el exterior el aspecto de las fortalezas medievales antiguas, pero el interior había sido completamente reformado adaptándose al estilo de la época.

A la llegada de Edward, George, se encontraba en el patio central de pie junto con su esposa Rose. Ambos hombres se abrazaron y rieron felices por el reencuentro y, después, saludó cortésmente a la esposa de su amigo.

— ¿Has tenido un buen viaje, Edward?

—Bastante bueno, la verdad. Gracias al Señor, que el tiempo nos ha acompañado durante todo el trayecto. Rose, seguís estando tan hermosa como siempre.

Lady Rose Kemble era una mujer jovial que pese a acercarse a la cuarentena aún conservaba la belleza que había tenido en su juventud y que habían heredado sus hijas.

—Gracias Edward, como siempre tan galante con vuestros cumplidos.

—Por cierto, ¿Dónde está la pequeña Alex? Me resulta raro no verla aquí a vuestro lado. ¿Acaso la habéis encontrado ya esposo y no me lo has mencionado?

Edward negó con la cabeza.

—No hay noticia que más me gustase anunciarte. Ya conoces a mi pequeña y dulce salvaje, sigue empeñada en no aceptar ni una sola de las proposiciones de matrimonio que la presento. Como último recurso para acabar con su testarudez y que acepte, de una vez por todas un esposo, la hemos enviado a una abadía para forzarla a que tome una decisión.

—Siempre te he dicho que consentías demasiado a la pequeña. Si estuviera en tu lugar, haría ya bastante tiempo que la hubiera casado. Lo que me extraña es que aun recibas proposiciones para unirse a ella. Huiría, como si se tratase del demonio, de una mujer que hace su voluntad.

—Tienes razón amigo mío. He sido demasiado blando con mi pequeña. Pero ahora ya es tarde y poco, o nada, puedo hacer. Lo único que le pido a Dios, en mis plegarias, es que ella acepte casarse pronto.

Edward se apenaba por la situación en la que se encontraba su amigo. No tenía hijas y, por lo tanto, jamás se había visto en la situación de tener que buscar un buen esposo. Incluso su único hijo, había elegido bien y se encontraba felizmente casado.

Después de la cena, ambos hombres se encontraban sentados delante de la chimenea degustando un buen licor que George guardaba para aquellas ocasiones especiales que lo requerían. Habían estado hablando durante horas sobre las últimas noticias que le habían llegado de la Corte del rey Eduardo IV

Edward, por un instante, se quedó con la vista fija en el fuego que crepitaba en la chimenea.

—Te has quedado absorto en tus pensamientos. ¿Tienes algún problema del que desees hablarme?

Negó, despacio, con la cabeza y desvió su mirada para dirigirse a su amigo.

— ¿Te he hablado alguna vez de Lord Jacob Sherwin?

George, frunció el ceño intentando recordar aquel nombre.

—No recuerdo haber oído nunca ese nombre, aunque el apellido no me es desconocido. ¿Debería conocerle de algo?

—Es posible que me lo haya escuchado mencionar en alguna ocasión. La familia Sherwin posee las tierras colindantes al este de las mías. Jacob, heredó las propiedades al morir su padre, Albert, cuando éste falleció hace algunos años a causa de unas fiebres. Ahora, es el señor de aquellas tierras. Muy

prósperas por cierto.

— ¿Por qué mencionas ahora a este hombre? ¿Acaso han surgido desavenencias entre vosotros?

—No, tenemos una muy buena relación, que nació ya con su padre y que seguimos manteniendo en la actualidad. He pensado en él porque puede ser la solución a tu problema.

—Explícate Edward porque, en este instante, no sé ni en qué, ni de qué manera, puede ayudarme a mí este hombre.

—Alexia.

George se quedó pensativo y su comprensión hizo que asomara una sonrisa en sus labios.

—Así que, ese hombre, está buscando esposa y has pensado que Alexia sería una buena elección. Gracias por intentar ayudarme con mi hija, pero pienso que es un caso perdido. Ni tan siquiera aceptará conocerle tal y como ha hecho con los anteriores pretendientes.

—Jacob no está buscando esposa exactamente. Estuvo prometido a una bella muchacha que murió al caerse de su montura mientras cabalgaba. Desde entonces, se ha recluido en sus tierras, saliendo tan solo para acudir cuando se le requiere en asuntos de la corte y visitarnos en contadas ocasiones a los vecinos circundantes. Me comentó, hace tiempo, que jamás volverá a pensar en el matrimonio, pero creo que ha llegado el momento de que piense en una esposa que le dé herederos a quienes poder legar sus posesiones.

—Si no piensa en el matrimonio, creo que ni siquiera deberíamos estar hablando de presentarle a mi muchacha. Puede ser muy dulce con quien quiere, y cuando quiere, pero en el momento que le vea, sacará sus garras hasta que se deje de sentir acorralada por el compromiso.

—Estaba pensando en que... —Edward titubeó mientras ideaba un plan en que ambos jóvenes pudiesen conocerse sin sentirse presionados—. Quizás, tú y yo, podríamos... por decirlo de alguna manera, intermediar para que ambos se conozcan y ver qué ocurre entre ellos.

—En ese caso, mi querido amigo, ya puedes ir ideando un buen plan para que funcione porque, a priori, creo que será un tremendo fracaso. Mi hija en el momento que intuya que puede haber una proposición matrimonial de por medio, no le dejará ni abrir la boca. Si fuera tan dócil como hermosa, ahora tendría correteando, a mi alrededor, algún que otro nieto.

—Pensaba que tal vez, podíamos forzar la situación entre ellos. Podrías decirle a tu hija, que te has cansado de esperar a que escoja marido y que has elegido por ella. Planteárselo como una orden que no podrá desobedecer.

— ¿Pretendes que la diga que mi decisión es que se case con Lord Sherwin? Eso sería sencillo, pero ¿Cómo le convencemos a él? No puedo dejar a mi hija delante de la puerta de su casa y decirle que será su futura esposa. —Dijo en tono de burla.

Edward soltó una carcajada ante el absurdo comentario de su amigo.

—George, debo decir, que estoy tentado en decirte que lo hagas, solo por ver la expresión que pondría Jacob. No. Mi idea es decirle que tu decisión es que se despose... conmigo.

— ¡Contigo! Ahora sí que estoy convencido de que has perdido la cabeza. Ella siempre te ha visto como a alguien de la familia, casi como a un tío. No quiero que te tomes a mal lo que voy a decirte, pero la idea de unirse a ti le parecerá, al menos, detestable.

—Exactamente, George. Esa es la idea. Jacob es un hombre joven, tiene veintiséis años y las mujeres le consideran bastante atractivo y espero que ante la idea de ser la esposa de un hombre tan viejo como yo, desvíe su atención hacia Jacob. Fingiré que he sufrido un accidente y me es imposible ir a buscar a mi encantadora prometida. Será un pretexto bastante creíble y dudo mucho que no me hiciese el favor de acudir a esa abadía para traerla a mi casa y celebrar los esponsales.

George, soltó una carcajada, ante el retorcido plan ideado por Edward.

—Será como tenderles una emboscada. Mi hija solo verá a Lord Sherwin como su escolta y quizá el muchacho se quede prendado de la belleza de mi niña.

—Así es, George. Alexia tiene cierto parecido a la pobre muchacha que falleció. Ambas rubias, ojos claros y la piel muy blanca. Si es así como le gustan las mujeres, se fijará en ella. Alexia es bastante más alta y esbelta, pero creo que eso no será ningún problema para él, es uno de los hombres más altos que conozco

—Empiezo a tener alguna esperanza de que este plan pueda tener éxito. Por intentarlo no pierdo nada, ya que lo he probado todo y ella continúa sin dar su brazo a torcer.

Tres semanas después, Alexia se encontraba trabajando en un tapiz, junto con otra de las muchachas que residían con ella. La costura siempre había sido una de sus actividades preferidas y cuando se sentaba delante de un telar, se alejaba de todas las preocupaciones que la atormentaban.

Tan abstraída estaba en su trabajo, que no se percató de que le estaban hablando, hasta que notó en su hombro la mano de una joven religiosa, que había ingresado hacia poco tiempo en la abadía y de la cual todavía no conocía su nombre.

—Lady Alexia. Venid conmigo, por favor. —Por la seriedad de su semblante, Alexia pensó inmediatamente que recibiría alguna mala noticia referente a su familia.

— ¿Ocurre algo malo?

—No sé nada. La Abadesa me pidió que os viniese a buscar y que acudierais lo antes posible. Por favor, no debemos hacerla esperar.

Salieron de la sala de costura, y se dirigieron hacia el comedor donde se encontraba esperando la anciana mujer. Mientras recorría los corredores de piedra, no pudo dejar de imaginarse que habría ocurrido ¿Su padre o su madre habrían caído enfermos? Pensó también en su hermana que se encontraba esperando a su primer hijo. Rogó a dios, en silencio, que todos sus familiares se encontraran bien.

Cuando llegaron a la sala donde la esperaba la abadesa, ésta se encontraba de pie en la parte delantera de la misma.

—Lady Alexia. Un hombre acaba de traeros estas misivas y nos ha indicado que primero leáis ésta, que pertenece a vuestro padre.

Cogió la correspondencia que tenía la abadesa en su mano y reconoció, en uno de ellos, el emblema de su padre. Echó una ojeada al otro escudo y, aunque le resultaba conocido, no recordaba donde lo había visto anteriormente. Con el ceño fruncido, se dispuso a abrir aquella que tenía el sello de su familia. Tan solo esperaba que no hubiese ocurrido ninguna desgracia.

*Querida hija:*

*Espero que entiendas la decisión que hemos tomado, tu madre y yo de mutuo acuerdo. No podemos seguir consintiendo que nos desobedezcas tan abiertamente como lo has estado haciendo y sigas dejando pasar los años sin tener un esposo. Creemos que te hemos dado un margen muy amplio para que medites sobre un asunto tan importante como el matrimonio y dado que no has sabido gestionarlo diligentemente, seré yo quien tome la decisión en tu lugar.*

*El hombre con el que he decidido desposarte es Lord Edward Evans. Ha decidido formar una nueva familia y en su última visita acordamos vuestros esponsales. Le conoces de toda la vida y sabes que es un buen hombre y, estoy convencido, de que será un buen esposo.*

*En esta ocasión, no admitiré, por tu parte, ninguna muestra de enfrentamiento hacia nuestra familia o hacia el propio Edward. Como sabrás, tu negativa al matrimonio no será tenida en cuenta ni ante Dios ni ante los hombres.*

*Junto con esta nota, recibirás unas palabras que cariñosamente te ha querido dedicar Lord Edward, informándote de los detalles de tu viaje. Por deseo expreso de él, partirás inmediatamente hacia tu nuevo hogar, donde se celebrarán los esponsales, en cuanto estemos todos allí reunidos.*

*Que dios te guarde y proteja durante el trayecto.*

*Tu padre que te ama,*

Abatida y conmovida, Alexia se dejó caer de rodillas al suelo sin ser capaz de detener las gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas. La carta que acababa de leer, dictando una sentencia de muerte a su felicidad, se deslizó de sus manos y cayó al suelo.

Se cubrió la cara con las manos pensando que, tal vez fuese todo una pesadilla, pero la otra carta que había olvidado en su mano, la hizo volver a la realidad. No pudo evitar que se le escapara un alarido cargado de agonía mientras procuraba romper el lacre para leer lo que le había escrito su ya prometido y futuro esposo.

¿Cómo había podido su padre hacerlo algo así? Sentía cariño por aquel hombre, que conocía desde que tenía uso de razón, y que para ella era un miembro de su familia. Nunca, por más que se esforzara, podría llegar a intimar con él como debería hacerlo con un esposo. Era de la edad de su padre y ella siempre había querido a un hombre joven a su lado. Incluso su hijo era mayor que ella.

Notó como la anciana mujer le acariciaba suavemente la cabeza y le indicó amablemente que leyera la otra carta que, de nuevo, había olvidado. Con manos temblorosas, procedió a abrirla, aun sentada en el suelo sobre sus talones.

*Mi dulce y amada Alexia:*

*Espero que la decisión de vuestro padre os haya colmado de tanta felicidad como a mí. Estoy impaciente por teneros aquí a mi lado y ambos pensamos, que lo mejor sería que abandonaseis, de inmediato, la abadía para veniros a vuestro nuevo hogar.*

*Os ruego me disculpéis por no ser yo, en persona, quien os acompañe en este largo viaje, pero mi salud se ha visto resentida, por una caída, y me es imposible desplazarme hasta allí para escoltaros.*

*En mi lugar, será Lord Jacob Sherwin quien os acompañe y proteja en vuestro viaje. Es un hombre de honor, que cuenta con toda mi confianza, y os proporcionará la seguridad que necesitáis en estos caminos, si surgiera alguna contrariedad.*

*Vuestro anhelante prometido,*

*Edward Evans*

Dejó caer las manos sobre sus rodillas e inclinó la cabeza derrotada mientras las lágrimas seguían bañando sus mejillas.

—Lady Alexia ¿Os encontráis bien?

No sabía qué responder a la pregunta que le acababa de formular la Abadesa. Seguía mirando la hoja de papel que sostenía temblorosamente en sus manos, incapaz de asumir que aquello pudiera estar pasando. Debía tratarse de una pesadilla de la que tenía que despertar.

—Perdonadme. Pero las órdenes del caballero que os está esperando fuera es que os deis prisa en recoger vuestras pertenencias para partir lo antes posible.

—Pues decidle que ya se puede ir marchando porque no iré a ninguna parte. No pienso acatar las órdenes de mi padre. —Si querían que saliese, tendrían que hacerlo a la fuerza porque no se iba a mover de allí.

—Mi dulce niña. Levantaos, por favor. He sido informada de vuestro compromiso y no tenéis forma de eludirlo. Ya está hecho. Solo podríais romperlo en el caso de que decidieseis quedaros aquí para servir a Nuestro Señor. En otro caso, deberéis actuar como se os ha dicho y partir de inmediato. Es una decisión que debéis tomar ahora, no tenéis tiempo para meditarla.

Alexia se quedó mirando a la Abadesa sopesando ambas opciones. Tenía que elegir entre servir a un esposo o, servir a Dios. No le satisfacía ninguna de las dos opciones, pero si decidía optar por el matrimonio, saldría de la Abadía y tendría una posibilidad de fugarse y poderlo evitar. Si elegía quedarse allí, no volvería a salir en todos los años que le quedaran de vida.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no voy a quedarme aquí. Aunque os aseguro, que encontraré la manera de librarme de este matrimonio.

—Lady Alexia, lo mejor es que aceptéis al hombre que Dios ha puesto en vuestro camino y convertiros en una buena esposa y madre. Vuestra reticencia y deseos de querer evitar lo inevitable, tan solo os convertirá en una mujer muy desdichada.

Tras escuchar aquellas palabras que, lejos de animarla, lo único que consiguieron fueron enfurecerla aún más, se dirigió hacia el dormitorio que compartía con otras dos jóvenes y recogió las escasas pertenencias que le habían permitido quedarse cuando ingresó.

Se despidió de sus compañeras y, decidida, salió de la abadía, dispuesta a encontrar una solución antes de que fuera demasiado tarde. Con paso firme y de manera altiva, atravesó el huerto para dirigirse fuera de los muros que protegían la sagrada edificación. Quienquiera que la estuviese esperando al otro lado, no la vería derrotada ni débil.

## CAPITULO 2

Observó al grupo de hombres que, imaginó, serían quienes la acompañarían en el trayecto. Algunos estaban cuidando de sus caballos, mientras otros se encontraban sentados en el suelo charlando. Eran más de los que había imaginado pero, aun así, encontraría la manera de escapar de su custodia y de su aterrador matrimonio.

— ¿Lord Jacob Sherwin?

—Soy yo. —Dijo uno de ellos mientras se levantaba del suelo y se sacudía el polvo de sus calzas—  
¿Qué es lo que quieres muchacha?

Se quedó sorprendida tanto por la falta de educación con la que se había dirigido a ella, como por la estatura de aquel hombre cuando se irguió totalmente delante de ella. La había resultado muy difícil encontrar a un hombre que la forzara a elevar la cabeza, tal y como lo ocurría delante de aquél y, cuando lo hizo, comprobó lo atractivo y varonil que era su rostro.

— ¡Cómo osáis dirigiros a mí de esa manera! Soy Lady Alexia Kemble. Por nuestro Señor, ¿Por quién me habéis tomado?

La expresión de él cambio al instante. Ciertamente, no había visto más allá de la sencillez de la vestimenta de ella y, aquel error, le había llevado a pensar que era una simple sirvienta o, tal vez, una campesina.

Debería haberse fijado en su piel blanca, en su porte altivo que la diferenciaba de las clases inferiores. También en su deslumbrante y brillante melena rubia que llevaba recogida con una sencilla cinta a la altura de la nuca. O en sus dulces rasgos que la convertían en una de las mujeres más bellas que él había conocido. Ciertamente, su amigo era un hombre afortunado.

Jacob, se acercó aún más para saludarla como correspondía.

—Lady Alexia. Os ruego me disculpéis pero, al veros con ese atuendo, comprended que es difícil no confundiros con una campesina.

—Entonces deberíais acostumbraros a ver más allá de las apariencias. Mi familia se llevó todas mis pertenencias y tan solo poseo las prendas que me permitieron usar en el interior de la abadía. —Dijo señalándose a sí misma.

Ciertamente, la camisa que llevaba de color crema y el vestido ocre que la cubría, estaban confeccionados de un tejido más propio de una mujer del pueblo que de una dama de su clase.

— ¿Vuestro padre quería que conocieseis el voto de pobreza?

—Lo cierto es que...pretendía que no escapara. Sin ropas lujosas ni joyas no tendría con qué comerciar en caso de que decidiera fugarme.

Jacob, soltó una fuerte carcajada. En esta ocasión dudó que su amigo fuese tan afortunado como había pensado en un principio. Presentía que iba a tener dificultades para tratar con el carácter de su futura esposa.

—Ahora entiendo por qué me pidió que os trajese un caballo. ¿Eso que cargáis es todo vuestro equipaje? —Dijo señalando el pequeño bulto que ella llevaba en sus brazos.

—Sí. Es todo lo que tengo.

—Permitidme que lo coloque en vuestro caballo para partir de inmediato.

Cuando se acercó todavía más a ella, volvió a sorprenderse al comprobar que tan solo le llegaba a los hombros. Su padre era tan solo unos pocos centímetros más alto que ella. Nunca le había parecido que fuese algo que la pudiera llegar a avergonzar, hasta que llegó la hora de elegir un marido y comprobó que la mayoría de los hombres, ni siquiera la igualaban en altura.

Pero lo que más la sorprendió, fue el ligero hormigueo que sintió dentro de su pecho cuando le tuvo

delante. La miraba fijamente con aquellos ojos verdes que parecía que emitiesen luz propia. Su pelo negro, ligeramente ondulado en las puntas, le cubría su nuca y caía tapando parte de su frente cuando el aire alborotaba su cabello.

La impresión que le causó, pronto se vio sofocada por la idea de que un hombre así, ya tendría esposa. Sintió envidia por aquella mujer, a la que no conocía, por tener a su lado a un hombre como aquel que tenía delante y volvió a maldecir su futuro al lado de un hombre que la doblaba la edad y por el cual solo llegaría a sentir cariño y respeto. No la clase de amor que había anhelado durante toda su vida.

A Jacob tampoco le pasó desapercibida la belleza de Alexia. Le recordaba tanto a Edith, con su cabello dorado brillando a la luz del sol, y su piel tan blanca e impoluta. Aquella imagen le hizo retroceder en el tiempo, al día en que la pidió que fuese su esposa.

Había organizado una salida para comer en un íntimo claro cercano al riachuelo que pasaba por sus tierras. Sentados, sobre una manta que cubría la hierba, y lejos de los oídos de las dos sirvientas que la rodeaban, se declaró y ella le hizo el hombre más feliz de Inglaterra al aceptar su proposición.

Pero esta muchacha, no era su Edith. Su parecido tan solo se ceñía al color de su cabello y su blanca piel. Lady Alexia, con tan solo unas pocas palabras había demostrado un indomable e impulsivo carácter del todo opuesto al de Edith. Siempre tan dulce, risueña y, sobre todo dócil. Jamás dijo en su presencia una sola palabra que lo pudiese disgustar.

Al instante, pasó de alegrarse por su amigo, a compadecerse de él por verse obligado a batallar contra la voluntad de aquella mujer.

Como de costumbre, se obligó a apartar de sus pensamientos la imagen de Edith y dejó de mirar a la muchacha que se encontraba a su lado tendiéndole aquel fardo de ropa. Lo tomó de sus manos y lo ajustó a la montura del caballo que habían traído para ella.

— ¿No pensáis ayudarme a subir al caballo Lord Jacob?

Lo había pensado, pero no quería hacerlo. No había vuelto a tocar a ninguna mujer desde que perdió a Edith. Podría pedirselo a uno de los hombres que le habían acompañado, ya que confiaba en todos ellos desde hacía varios años. Sin embargo, no quería que la ayudaran a montar por temor a que se extralimitaran en su tarea y demoraran el contacto más de lo debido.

A regañadientes, la sujeto por la cintura y la sentó a la grupa del caballo. Parecía mentira que aquella mujer, con su altura, pesase tan poco. Con aquel vestido holgado era prácticamente imposible hacerse una idea de la constitución de la joven, pero al poner sus manos alrededor de su cintura, comprobó lo delgado que era su talle. Incluso en eso, se distinguía de Edith, que tenía unas curvas generosas aunque no excesivas.

Aquella mujer a la que acababa de conocer, estaba empezando a volverle loco sin proponérselo. Cada rasgo, cada palabra que decía, hacía que su mente la comparase con el amor de su vida. Sabía que ninguna mujer podría jamás parecerse a ella y sin embargo dentro de su cabeza se estaba disputando un duelo entre aquellas dos mujeres.

Alejó las imágenes de ambas y comprobó que el resto de los hombres estaban ya listos para partir. Se dio cuenta que aquel viaje le iba a resultar más largo de lo que en realidad era y deseó llegar lo antes posible a la casa de Edward para regresar a su solitaria y pacífica vida.

Llevaban varias horas caminando y Alexia estaba empezando a notar el cansancio del viaje. Antes de ser encerrada, acostumbraba a cabalgar todos los días, pero la ausencia de práctica durante aquellos meses, le estaba provocando un dolor de espalda, que se estaba agudizando desde hacía ya varios kilómetros.

Si tan solo pudiese montar como un hombre y no verse obligada a hacerlo como una dama, la postura sería más relajada y mejoraría bastante su molestia, Sin embargo, aquel comportamiento no sería el adecuado delante de aquellos desconocidos.

—Lord Jacob. Por favor necesitaría parar a descansar. Llevamos varias horas cabalgando sin descanso

y lo necesito.

—Si nos detenemos ahora, perderemos mucho tiempo. Antes de que anochezca debemos llegar a alguna posada para pasar allí la noche.

— ¿Tampoco pensáis deteneros para comer?

—Eso podemos hacerlo mientras cabalgamos.

Alexia tiró de las riendas del caballo obligando así, al animal, a que parase la marcha y se quedó atrás, obligando a los hombres que iban detrás de ellos, a detenerse.

—Entonces continuad sin mí. Tengo calambres en las piernas y en la espalda y no pienso continuar. — De un salto, bajo de su montura y se dirigió hacia un claro que se abría entre la espesa vegetación que bordeaba el camino y se sentó sobre una gran piedra que allí se encontraba.

Escuchó el correr del agua a su espalda y cuando se giró comprobó que oculto tras unos arbustos, fluía un pequeño arroyo. Aunque sus piernas apenas la sujetaban, se dirigió hacia allí para refrescarse y se agachó para beber haciendo un cuenco con sus manos. Después, pasó sus manos húmedas por la cara y el cuello para eliminar parte del polvo del camino que se había adherido a su piel.

Cuando Jacob la miró, se dio cuenta de que la había exigido demasiado. No había tenido en cuenta que una mujer no estaba acostumbrada a largas caminatas a lomos de un caballo.

Aunque ella había sido fuerte. No había emitido ni una sola queja en todo el trayecto. Pensándolo mejor se dio cuenta de que tampoco es que hubiera hablado demasiado desde que la había conocido y eso que había permanecido a su lado desde que abandonasen la Abadía. .

—Nos detendremos para comer.

De momento, no podía pedirla que se esforzara más de lo que ya lo estaba haciendo. Tardarían unos cinco días en recorrer el trayecto hasta las tierras de Edward y no podía cansarla hasta la extenuación.

Sacó de la bolsa de piel un trozo de queso y pan, se giró para ofrecérselo y se sobresaltó al no verla. Caminó hacia el arroyo y comprobó que se encontraba sentada en el suelo detrás de la roca. Tenía las rodillas levantadas y su frente descansaba sobre ellas. Se acercó aún más y cuando ella se dio cuenta de que no estaba sola, rápidamente se pasó las manos por sus ojos.

De inmediato, se sintió culpable por haberla fatigado hasta haberla hecho llorar.

—Debo pedir os perdón, Lady Alexia. —dijo mientras se arrodillaba a su lado. Creo que os he exigido un esfuerzo demasiado grande. Por favor, dejad de llorar, os prometo que reduciremos el ritmo de la marcha para que os sintáis mejor.

Alexia sonrió agradecida por el gesto que tenía con ella.

—No hay nada por lo que debáis disculparos. No es el cansancio lo que me preocupa. Aunque si es cierto que necesitaba descansar unos instantes. Reanudaremos el trayecto cuando lo estiméis oportuno, ya que no me gustaría entorpeceros

— ¿Entonces me diréis por qué estabais llorando?

—Sois un hombre, así que no creo que lo entendáis. En unos días voy a ser la esposa de un hombre que podría ser mi padre y al que he apreciado toda mi vida como si fuese mi tío. Creo que tengo motivos suficientes para llorar.

—Es una buena persona. Y será también un buen marido, de eso no me cabe duda.

—En eso estoy de acuerdo. Sé que es un hombre noble y de buenos principios. Tan solo es que jamás me habría imaginado que mi padre me uniese a su amigo. Me hizo la promesa de darme tiempo para que escogiera a mi esposo y el, tan solo, aprobaría mi elección. Pero, al final, no ha cumplido con su palabra.

—Vuestro padre no rompió su promesa. No parecéis una niña, así que, supongo, os ha dado algunos años para que consideréis aceptar alguna que otra propuesta de matrimonio, que seguro habréis recibido. Y, viéndoos, me atrevería a decir que no han sido pocas.

A ella se le cortó la respiración al escuchar aquel inesperado halago por parte de aquel hombre que hasta entonces apenas la había dirigido la palabra y que se mostraba siempre reservado y frío.

Sintió como sus mejillas se tenían que estar enrojeciendo de vergüenza por el intenso calor que sintió en su cara. Aunque no era la primera vez que escuchaba palabras como aquellas, si era la única en que había sentido algo en su interior. No sabía qué le estaba ocurriendo con aquel hombre que acababa de conocer, sin embargo, lo mejor sería ignorar sus palabras. No tenía sentido encapricharse con alguien que no estaba destinado a ser para ella.

— ¿Acaso estáis diciendo que soy vieja? Tan solo tengo diecinueve años.

—A mi parecer, tenéis una edad perfecta, ni muy joven, ni demasiado mayor para no teneros en cuenta como esposa. Además está vuestra belleza, que es indiscutible.

—Parezco perfecta a vuestros ojos. Creedme no lo soy.

Una sonrisa se dibujó en los labios de él y se extendió hasta sus ojos, tornando su mirada alegre y divertida.

—No, no lo sois. Vuestro carácter os lo impide.

— ¿Mi carácter? —Ella soltó una carcajada— ¿Qué le ocurre a mi carácter? Apenas me conocéis.

—Cierto. Pero dudo que alguna vez seáis la esposa complaciente que todo hombre desea.

Dicho esto, la ofreció su parte del almuerzo y la dejó sola para hablar con sus hombres. Tenía razón. Era un hombre muy observador y, aunque se acababan de conocer, parecía que la conocía tanto como su familia más directa.

Su conversación con Jacob la había dado qué pensar. Si se comportaba con Edward de una forma poco respetuosa, tal vez, él se echaría para atrás en su proposición. Pero, conociéndole como lo hacía, lo más probable es que lo pasara por alto. Tal vez existiera otra forma de que el rompiera su palabra y anulase el compromiso.

Pero ¿cómo podría llegar a convencerle para que no siguiera adelante con aquella locura? Una idea empezó a tomar forma dentro de su cabeza. Demasiado osada, sin lugar a dudas, pero si se veía obligada a ello, estaba dispuesta a llevarla a cabo.

Aún tenía por delante cinco días para encontrar la manera de librarse del matrimonio.

De momento, apreciaba su libertad por encima de todo y, si no encontraba cualquier otra alternativa al plan que estaba empezando a forjar, no tendría más remedio que ponerlo en práctica. Tenía que meditarlo a conciencia, pues una vez tomada aquella decisión no había marcha atrás.

Se volvió para mirarle mientras hablaba alegremente con sus hombres cerca de donde se encontraban los caballos. Estaba de espaldas a ella y pensó que, tal vez, él estaría dispuesto a ayudarla.

Una vez terminaron de comer, Jacob se apresuró a ayudarla a montar en el caballo, pero cuando fue a colocar las manos en su cintura para elevarla, le detuvo. Se negaba a volver a montar como una dama. Aquella postura la estaba haciendo que se muriese de dolor al cabalgar durante horas. Lo haría como ellos, a horcajadas, y la traía sin cuidado lo que pensarán de ella. Al fin y al cabo, seguramente no volvería a ver a aquellos hombres en toda su vida.

Jacob se quedó sorprendido al ver como ella se subía al caballo. Y no solo por el hecho de verla así montada, sino por la visión de su firme pantorrilla que había quedado al descubierto. Aquella mujer estaba llena de sorpresas. Aquel gesto inesperado, le había descolocado, pero no tanto como la visión de la pierna desnuda que tenía ante él.

Si. La expresión en los ojos de Jacob, la confirmó que él estaría más que dispuesto a ayudarla. Sin disimulo, le miró fijamente y colocó la tela del vestido en su lugar, ocultándola su pierna de la vista de Jacob.

—Me niego a seguir cabalgando como una dama. Si tan solo fuera una pequeña excursión a caballo, no pondría ningún impedimento, pero nos quedan aún bastantes días por delante y no creo que pueda seguir haciéndolo como lo he hecho hasta ahora.

—Si preferís, puedo comprar una carreta en el siguiente pueblo que nos encontremos.

— ¿Y demorarnos más en nuestro viaje? Dios no permita que mi... prometido tenga que esperar más

tiempo del necesario, preocupado por mi bienestar. —Sin darle una oportunidad a que respondiera. Apretó sus piernas, con fuerza, contra el lomo del caballo y, con las riendas, le guio de regreso al camino de arena.

Jacob se vio absorbido otra vez por los recuerdos. Como a Edith también le gustaba montar a caballo de esa manera. Cómo la gustaba retarle corriendo velozmente, incitándole a seguirla para distanciarse de sus siempre presentes acompañantes y poder besarse antes de que alguien les alcanzara. Aquel fatídico día, había hecho exactamente eso mismo, salvo que ella....

Apretó fuertemente las riendas del caballo, hasta que sus nudillos se pusieron blancos, Se forzó a regresar del pasado y fijó su mirada en aquella muchacha que se alejaba más de lo aconsejable de su lado. Sin embargo, no pudo evitar el profundo terror que le atenazaba al pensar que podría ocurrirle lo mismo a ella y azuzó a su caballo hasta que la alcanzó.

## CAPITULO 3

Aquella jornada cabalgando, se le fue haciendo cada vez más ardua según pasaban las horas. Al cansancio, se le unió el hastío por no haber entablado ni una sola conversación con aquellos caballeros que la escoltaban. Las veces que había intentado hablar con Jacob, no podía tenerlas en cuenta, pues tan solo la había respondido con monosílabos, en el mejor de los casos. Incluso en la Abadía había tenido conversaciones bastantes más largas y entretenidas, a pesar de que, en la mayoría de las actividades, las prohibían hablar.

Finalmente, al caer la tarde, llegaron a una posada para pasar la noche. Jacob se adelantó para dirigirse hacia el hombre que parecía ser el propietario de aquel lugar, quedándose ella en la puerta junto con los otros cuatro hombres que la protegían de las miradas curiosas de los que allí se encontraban.

Tras hablar con el propietario, les hizo una seña con su mano para que se acercaran. Mientras atravesaban el concurrido salón, las miradas que recibió de algunos de los hombres que se encontraban sentados en la mesas, no dejaban ninguna duda de las intenciones que tendrían con ella si se quedasen a solas. Fue la primera vez que sintió cierto temor en todo el trayecto que llevaban recorrido. Subieron por la escalera que se encontraba a la derecha del mostrador de la posada y ya en la parte superior, el posadero les indicó las habitaciones.

Jacob, se quedó delante de una de las puertas abiertas, esperando a que ella entrase. Una vez dentro, sintió como la puerta se cerraba a sus espaldas y al girarse, vio a Jacob dentro de la habitación.

— ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Acaso no es esta mi habitación? —Alexia le miró extrañada, esperando a que saliese por la puerta.

—Lo es. Pero también es la mía. Le dije al propietario que erais mi esposa.

Ella le interrumpió sin permitir que se explicara.

— ¡Qué! ¿Acaso os habéis vuelto loco? No podemos compartir esta habitación. Eso, no está... bien, No sería nada decoroso ¿Qué van a pensar vuestros hombres?

—Ya habéis visto a la chusma que se concentra ahí abajo, así que no me arriesgaré a dejaros sola en una habitación que podrían forzar con facilidad incluso estando borrachos. Aunque atrancaseis la puerta, podrían hacer saltar la cerradura y quizá, cuando yo llegase aquí, sería demasiado tarde. Mis hombres ya están al tanto de la situación y estuvieron de acuerdo conmigo en que permanezca a vuestro lado en todo momento. Tendréis que haceros pasar por mi esposa en todos los lugares que paremos para pernoctar de aquí en adelante. Os ruego, que si en algo apreciáis vuestra seguridad y vuestra vida, mantengáis esta mentira frente a cualquier extraño.

Tras meditarlo un instante, comprendió que tenía razón. Recordó las miradas lascivas de los hombres que se encontraban abajo y no deseaba despertarse, en mitad de la noche, y encontrárselos dentro de su habitación.

—Está bien, Lord Sherwin. Compartiremos la habitación. Comprendo vuestros motivos y os agradezco que veléis por mi seguridad tal y como lo estáis haciendo.

—He dispuesto que nos traigan agua para podernos asear y que nos suban la cena. No debéis preocuparos por nada, os daré la intimidad que necesitéis.

Llamarón a la puerta y una muchacha apareció con una fuente rebosante de comida. Tenía un aspecto delicioso y seguro que distaba mucho de las insulsas comidas que la habían servido en su estancia en la abadía.

Al terminar, Jacob, cumplió con su palabra y permaneció en el pasillo mientras ella se aseaba. Sin embargo, cuando le llegó a él su turno, no la permitió que saliera de la habitación.

Tener que estar en la misma habitación que él mientras se lavaba, la hizo sentir incomoda. En todo

momento, permaneció de espaldas a él, mirando el fuego que había encendido nada más llegar para hacer frente al descenso de la temperatura propio al anochecer.

Escuchar el sonido de su ropa al desvestirse y el sonido del agua mientras se lavaba, hizo que su mente comenzara a divagar sobre cómo sería Jacob sin sus ropas. Había visto en alguna ocasión a campesinos con el torso desnudo mientras trabajaban en el campo. Pero ¿Qué habría más...abajo? Una de las damas que estaba con ella en la Abadía había desvelado parte de aquel secreto a las doncellas que, como ella, jamás habían estado íntimamente con un hombre. Sin embargo, aunque lo había descrito hasta con el más mínimo detalle, no se hacía una idea exacta de cómo podría ser.

Pensar en Jacob y, en especial, en aquella parte de su anatomía masculina, la puso nerviosa y enrojeció sus mejillas. Su pulso se aceleró, al igual que su respiración. ¿Qué la estaba ocurriendo? Jamás se había encontrado a solas con un hombre en una habitación y seguro que lo que estaba sintiendo era incomodidad ¿Qué otra cosa podría ser? Además, seguía empeñada en buscar una salida a su futuro matrimonio y debía hablar con él para saber si contaba con su ayuda.

Cuando terminó de vestirse, Jacob cogió la jarra de vino que estaba en la mesa.

— ¿Queréis vino, Lady Alexia?

—Si, por favor.

Sirvió el vino en dos copas y le ofreció una de ellas.

—Gracias.

Se sentó en un sillón de madera que se encontraba frente al de ella y se quedó absorto en sus pensamientos mientras miraba el fuego de la chimenea, sin prestarla atención. Todo lo contrario de lo que hacía Alexia, que no apartaba su vista de él, tratando de encontrar el valor para decirle lo que estaba pensando. Debía aprovechar aquella oportunidad única, ya que, posiblemente, no volverían a tener otro momento a solas como aquel.

—Lord Jacob. ¿Puedo pedir os un favor?

Él, desvió su mirada del fuego y la miró inquisitivamente.

—Por supuesto, Lady Alexia. ¿En qué puedo ayudar os?

—Yo solo... quería preguntar os si... —No sabía cuáles serían las palabras más adecuadas para expresar aquello. Si es que las había.

— ¿Si, Lady Alexia? —La animó Jacob. El nerviosismo de aquella muchacha, cuya mirada estaba ahora fija en el suelo en vez de en su cara, hizo que le entrara una extraña sensación de que algo no iba bien. Por lo poco que la conocía, no era una mujer que se andara por las ramas a la hora de hablar. Quizá, incluso pecaba de ser demasiado directa cuando hablaba. Se llevó el vino hasta sus labios, esperando a que ella terminase de hablar.

—Está bien. —Dijo dejando escapar un suspiro— Me preguntaba si tendríais la amabilidad de tomar mi... virginidad.

Jacob, no pudo responder. Se atragantó con el vino que estaba bebiendo en el momento en que ella le hizo aquella inmoral proposición y comenzó a toser sin poder parar. Alexia se levantó de su asiento y corrió a socorrerle dándole unos suaves golpecitos en la espalda.

— ¡Os habéis vuelto loca! —Le gritó cuando fue capaz de hablar. La mirada en sus ojos, reflejaba una mezcla de incredulidad y enfado, e hizo que ella se distanciara de él.

— ¿En qué demonios estabais pensando al hacerme ese ofrecimiento?!

—Lo que piense no es de vuestra incumbencia ¿Aceptáis?

— ¡Por supuesto que no! Acabáis de confirmar mis sospechas de que estáis completamente loca. Edward es un buen amigo mío. Jamás le traicionaría así con su prometida.

Ella le dio la espalda y se alejó.

—Señor ¿Por qué habéis puesto en mi camino al único hombre noble, honrado y decente en toda la faz de la tierra?— Susurró esas palabras para ella misma, sin intención de que el la escuchase.

Pero lo hizo. Y perdió así la poca paciencia que le quedaba. Se dirigió velozmente hacia ella y agarrándola del brazo, la sentó en la silla que había ocupado un instante antes. Con un visible enfado tanto en sus gestos como en su cara, arrastró la otra silla y se sentó a su lado.

—Ahora, mi señora, vais a explicarme a qué ha venido todo esto. Nos os levantareis de aquí, hasta que vuestra explicación me satisfaga.

—No lo entendéis ¿Verdad? Sois un hombre y no entenderíais veros en la obligación de contraer matrimonio con una mujer que no os interesa.

—Os equivocáis, de nuevo. Para nosotros el matrimonio, en la mayoría de las ocasiones, es un contrato para establecer alianzas o mejorar nuestro patrimonio. Eso ya deberíais saberlo.

— ¿También vuestro matrimonio fue concertado?

—Nunca me he casado.

—Pero lo haréis.

—No. No me casaré. No deseo, ni necesito, ampliar mis riquezas.

—Aparecerá, entonces, una mujer que os hará cambiar de idea.

—Eso... nunca ocurrirá.

— ¿Nunca? ¿Cómo podéis estar tan seguro?

—No, nunca. —Jacob no quiso entrar en detalles de por qué había tomado esa decisión—. Mujer, hacéis demasiadas preguntas.

—Tal vez, sea así, pero no habéis respondido a ninguna de ellas. Tan solo decidme cómo estáis tan seguro de que no tendréis una esposa en vuestra vida.

—Porque ya encontré a la que sería la esposa perfecta y futura madre de mis hijos y murió. Nunca habrá otra mujer que la sustituya. Ni en mi vida, ni en mi corazón.

Los ojos de Alexia, se llenaron de lágrimas ante la confesión que acababa de escuchar de labios de ese hombre y por la expresión de dolor que veía en su rostro.

—Debo pedir os perdón por mis palabras. Lamento profundamente vuestra pérdida. No fue mi intención haceros recordar sentimientos tan dolorosos.

—No os preocupéis por mí. Estoy bien.

—Espero que comprendáis que yo solo anhelaba poder sentir lo que acabáis de describir, que sentíais por vuestra prometida, o amar a un esposo tanto como mi hermana ama al suyo.

Jacob comprendía porque ella le había ofrecido tan valioso regalo. No solo lo había rechazado porque era lo que tenía que hacer, sino por la promesa que se hizo de renunciar al placer de estar con otra mujer

—Pensabais que perdiendo vuestra virginidad, Edward rompería el compromiso. ¿No es cierto?

Alexia, asintió con la cabeza, —No quiero este matrimonio. Vi que esa era mi única salida.

—Quizá, si lo hablaseis con él, a vuestra llegada, cambiaria de parecer.

—Estoy segura que eso no va a ocurrir. Si ya lo acordó con mi padre, no tendrá en cuenta mis deseos.

—Debéis acostaros y dormir. El viaje os debe haber agotado en exceso. Por la mañana, cuando despertéis, os daréis cuenta del tremendo error que habéis estado a punto de cometer.

— ¿Y dónde vais a dormir? Aquí solo hay una cama

—Dormiré en el suelo.

—La cama es grande podéis dormir aquí conmigo.

Jacob, la miró sonriente.

—Sois demasiado inocente para jugar a este juego conmigo. No me acercaré a ninguna cama que ocupéis, pequeña hechicera.

Aquel comentario, en apariencia inocente, estaba cargado de dulces promesas en las que Jacob no quería pensar. Pero el mal ya estaba hecho; sin quererlo, su imaginación voló hacia la cama de aquella habitación y representó imágenes de los dos, desnudos y abrazados en diferentes posturas.

Levantó la copa que había dejado en el suelo, al hacerle tan pecaminosa proposición, y la llenó para

bebérsela de un solo trago. Después, se dirigió hacia el rincón donde había dejado sus pertenencias y sacó una manta que colocó en el suelo al lado de la chimenea. Se tumbó de lado, de espaldas a ella, para concederle cierta intimidad al desvestirse y porque no soportaría ver un solo centímetro de piel desnuda aquella noche.

Alexia, avergonzada por lo ocurrido, aprovechó ese gesto de intimidad y, con rápidos movimientos, se quitó el vestido y se metió bajo las mantas.

Echó una rápida ojeada al cuerpo de aquel hombre que la ignoraba y lamentó que la hubiese rechazado. Con él hubiese resultado sencillo rendirse a sus caricias, ya que ningún otro hombre le había hecho sentir así.

Por la mañana tendría que comenzar a idear alguna otra forma de eludir el matrimonio.

## CAPITULO 4

Los siguientes tres días no pasaron tan rápido como a Jacob le hubiese gustado. Aquella proposición que le había hecho Alexia, no paró de rondar por su cabeza. La recordó acostada en la cama, con su dulce rostro de aspecto angelical, que debía enmascarar, en realidad, a un demonio. La observó durante un largo tiempo, iluminada tenuemente por la luz anaranjada del fuego proveniente de la chimenea.

Se giró y quedó tendida de espaldas mientras las mantas con las que se cubría se deslizaban unos centímetros, dejando a la vista el nacimiento de sus senos. Apartó de inmediato la mirada, sin embargo era demasiado tarde. Su cuerpo ya había reaccionado ante la visión de aquella piel blanca y suave y su miembro se endureció. Desde la muerte de Edith no había vuelto a interesarse en estar con ninguna otra mujer hasta que aquella alocada muchacha, se cruzó en su camino.

Incluso en aquel instante, el recuerdo de aquella noche estaba excitándole de nuevo. Si sus hombres se daban cuenta de aquel detalle, la situación se iba a volver muy bochornosa para el

Comenzó a caer una ligera lluvia haciendo que el día se tornase más gris de lo que ya estaba y, no solo por el clima, sino por los sentimientos encontrados que se debatían en su interior. Al cabo de unos instantes la lluvia fue cayendo más fuerte.

Necesitaban encontrar de inmediato algún sitio para guarecerse ya que los caminos pronto comenzarían a estar impracticables y no quería exponerla a ella a ese peligro y a que pudiera enfermar por el frío y la humedad.

—Debemos avanzar más rápido y encontrar un sitio para protegernos de la lluvia. No debemos estar muy lejos de alguna aldea. Lady Alexia, montareis conmigo.

— ¿Cómo? Se montar a caballo y lo he hecho en condiciones peores que estas. No pienso moverme de mi montura.

En realidad no lo hizo. Fue él quien situó su caballo todo lo cerca que pudo del suyo y, agarrándola fuertemente por la cintura, la alzó para sentarla sobre el suyo, delante de él.

— ¿Nunca hacéis lo que se os pide, Lady Alexia? No me arriesgaré a que sufráis una caída. Iremos más rápido así.

Aunque tenía razón ella no pensaba reconocérselo. Echó por encima de ambos la manta que llevaba para protegerlos del agua y del frío que había traído la tormenta.

De repente, bajo aquella manta sintió el calor que Jacob desprendía. Como sus brazos la rodeaban mientras sujetaba las riendas del caballo. Volvió a notar como su corazón latía cada vez más rápido, al igual que en las otras ocasiones en las que le había tenido tan cerca. No podía seguir negándose que empezaba a sentir algo por Jacob.

Necesitaba poder hablar con alguna mujer al respecto. Ojalá tuviese allí a su hermana, o a alguna de sus compañeras de la Abadía, para poder aclarar todas las dudas que la empezaban a surgir

A lo lejos, por fin, divisaron un grupo de casas y se apresuraron para llegar lo antes posible. Encontraron una pequeña posada que, pese a las inclemencias del tiempo se encontraba prácticamente vacía y no tuvieron problema para encontrar habitaciones para todos. Como en los días anteriores, ambos volvieron a compartir la habitación.

Cuando llegaron al dormitorio, estaban empapados por la lluvia, La manta con la que se habían cubierto no había sido suficiente para protegerse del agua que había caído con fuerza en los últimos minutos.

Esperó a que él saliera de la habitación, como siempre hacía, para poder cambiarse de ropa. Sin embargo, en esta ocasión, no lo hizo. Comenzó a quitarse la túnica, el jubón y la camisa, quedándose tan solo con las calzas. Sabía que debía apartar su mirada de aquel cuerpo perfecto que nunca habría

imaginado y se quedó impresionada por la fuerza que transmitía.

Vestido no se le notaba la musculatura de sus brazos que los hacía parecer enormes en comparación con los de ella. Su torso estaba cubierto por un ligero y escaso bello a la altura del pecho.

Jacob no se dio cuenta de que le estaba mirando hasta que se dio la vuelta y se encontró con la vista de ella clavada en su cuerpo. Los ojos de ella expresaban deseo, curiosidad, todo lo que él no deseaba ver en ese momento.

—No deberíais hacer eso.

—Yo...¿El qué? —Alexia ni siquiera se había enterado de lo que le acababa de decir. Tan absorta estaba en aquel cuerpo trabajado, sin duda, por largas horas de entrenamiento en la lucha, que no comprendió a que se refería.

—No es propio de una dama mirar a un hombre mientras se desnuda ¿Es que no os han enseñado nada en la abadía? —Jacob ya se había puesto la camisa seca, dejándola por fuera de las calzas que esperaba poderse cambiar en cuanto ella se diera la vuelta.

—Deberíais estar haciendo lo mismo antes de que cojáis frío y enferméis.

—Yo... Lo siento. Perdonadme. Lo haré en cuanto salgáis. —Le dio la espalda y sacó la ropa seca que llevaba en su bolsa de cuero.

—Esperaré fuera a que terminéis de cambiaros. —Cuando salió, ella se sentó en la cama con sus ropas en la mano y repasó en su memoria, cada detalle del cuerpo de Jacob. Seguro que esa imagen jamás se le borraría de su memoria.

El día en la posada transcurrió lento. No había parado de llover en ningún momento y, salvo a la hora de la comida y de la cena, que habían bajado a la sala para reunirse con el resto de los hombres, no habían tenido nada que hacer. Incluso Jacob, la había dejado sola en la habitación bastante tiempo.

Comenzó a sentirse nerviosa porque en un día y medio, llegarían a su destino. La quedaban tan solo esa noche y la siguiente para poder ejecutar su plan y si no le fuera posible, se le agotaba el tiempo para pensar en alguna alternativa posible.

Después de la cena, se encontraban sentados delante de la chimenea, tomando algo de vino. Se había convertido en una costumbre entre ellos en aquellos pocos días que estaban pasando juntos. El no daría el paso que ella había estado esperando y no volvería a ofrecerse de nuevo.

Algunos de los hombres que les acompañaban, también resultaban ser bastante atractivos aunque, a juicio de Alexia, no lo eran tanto como el propio Jacob. Sin embargo, estaría más que predispuesta a intentarlo con ellos y seguro que, al contrario que Jacob, les interesaría su propuesta.

Alexia se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

— ¿A dónde os dirigís? —La voz de Jacob, la frenó en seco, justo cuando estaba a punto de alcanzar la cerradura de la puerta.

—Voy a salir.

—Eso ya lo veo. Decidme a donde vais.

—No hace falta que os lo diga. Sabéis cuales son mis intenciones y no estáis interesado en satisfacerlas. Tan solo espero no encontrar en vuestros hombres la misma reticencia que vos mostráis.

Al haberse quedado mirando fijamente a la puerta mientras hablaba, no se había dado cuenta de que Jacob estaba justamente detrás de ella. Dio un fuerte golpe con su mano, evitando así que ella pudiese salir.

—No saldréis de esta habitación —Las palabras apenas susurradas en el oído de Alexia la dejaron ver lo enojado que se encontraba.

Alexia se dio la vuelta y miró hacia arriba para enfrentarse a él.

—No vais a detenerme. Es mi elección y no voy a cambiar de idea.

Jacob, se la quedó mirando como si tuviese intención de estrangularla. No. No solo la intención. Apretó fuertemente sus puños para no poner sus manos alrededor de aquel esbelto cuello y apretar hasta

que la muchacha entrara en razón.

Aquella mujer empecinada e irresponsable no desistiría en hacer lo que se había propuesto y cometería un gran error del que seguramente se arrepentiría en el futuro. Tal vez, haciendo lo que ella pensaba, se librara de aquel matrimonio. Pero ¿Qué ocurriría si más adelante ella encontraba un hombre con el que quisiera casarse? ¿La aceptaría? Sería una mujer deshonrada y ningún hombre la querría como esposa

Alexia necesitaba un escarmiento y sería él quien lo hiciera. Su familia había sido muy tolerante con sus caprichos, pero él no lo sería. Tal vez, si consiguiera atemorizarla, conseguiría que ella se echara para atrás en su alocado plan. Se comportaría con ella como un verdadero hombre sin escrúpulos hasta que ella desistiera de su idea.

Jacob, apretó su mandíbula fuertemente y cerró los ojos. Necesitaba mantener el control y mostrar toda la frialdad que le fuera posible mostrar para lo que se proponía hacer.

—Está bien, Lady alexia. Habéis ganado. Os daré lo que queréis. —Se alejó de ella y se sentó en el sillón de madera al lado de la chimenea.

Ella se quedó de pie ante la puerta, sin moverse y le miró extrañada por el cambio de actitud que había experimentado.

— ¿Por qué habéis cambiado de opinión?

—Porque no descansareis hasta que consigáis vuestro propósito y se bien con qué clase de hombres os podéis encontrar allí abajo. Ven aquí.

— ¿Lord Jacob?

—No vamos a andarnos con formalismos para lo que vamos a hacer. —Comenzó a quitarse la túnica, mientras la miraba fijamente, afirmando así cuáles eran sus intenciones—. Acércate.

Hipnotizada por la orden que le había dado, despacio y algo titubeante se quedó de pie delante de él.

—Desnúdate.

— ¡¿Qué?!

—Esto es lo que querías ¿Cierto? No voy a conformarme solo con levantarte la falda. Quiero verte, así que quítate la ropa.

Hay estaba ya la primera reticencia de ella para lo que le había dicho que iban a hacer. Lo más seguro es que ella se negara a pasar por esa vergüenza y cambiase de idea. Pero, para su sorpresa, con dedos temblorosos, comenzó a aflojar las cintas delanteras de su vestido hasta que éste cayó al suelo. Se quedó delante de él tan solo con su camisa y con la mirada pudorosa clavada en el suelo al verse en ropa interior delante de un hombre.

—La camisa también. —Alexia le miró implorando con los ojos que no le pidiera hacer eso. Pero Jacob no se echaría para atrás.

—Estás cerca de conseguir lo que quieres. ¿Vas a detenerte ahora? —Seguramente si, pensó él.

Las mejillas de Alexia estaban completamente rojas y le ardían. No podía hacer eso. No se había desvestido delante de nadie en toda su vida, ni siquiera antes sus propias sirvientas. No se sentía capaz de hacerlo y, mucho menos, delante de ese hombre. En lo único que pensó era que merecía la pena pasar un poco de vergüenza si con aquello conseguía eludir aquel matrimonio que aborrecía.

Llevó las manos a las cintas que cerraban su camisa de tela y las desanudó una a una. Despacio, por el temblor de sus dedos que dificultaban su labor. Cuando terminó con la última de las lazadas, la prenda dejó una abertura desde su cuello hasta su estómago, dejando apenas cubiertos sus pechos. Tirando de ambos lados de su camisa, ésta empezó a deslizarse por su cuerpo hasta que cayó al suelo junto con la otra prenda.

Jacob, al verla totalmente desnuda delante de él, apenas fue capaz de mantener el control que se había prometido que tendría. Ni siquiera obligándose a pensar en Edith, conseguía apartar el deseo que se empezaba a extender por su cuerpo. Con tan solo verla quitarse el vestido su pulso se había acelerado y su miembro cobró vida dentro de sus calzas. En ese instante, la visión de su cuerpo hizo que le hirviera la

sangre y que empezara a plantearse por qué había renunciado a disfrutar de la compañía de las mujeres.

Era una mujer exquisita. Jamás había visto una mujer con un cuerpo tan perfecto como el de ella. Sus pechos eran grandes pero no en exceso. Sus pezones rosados, estaban duros y quiso poder llevárselos a la boca. Su cuerpo era esbelto pero no excesivamente delgado. Bajó la mirada hasta los dorados rizos de su pubis y deseó poder llevar la mano hasta allí y tocar lo que ocultaba.

Jamás se hubiera imaginado que ella sería capaz de llegar tan lejos, sino no hubiera comenzado aquella lección que se estaba escapando de su control. Se obligó a pensar en Edith para no levantarse, cogerla en brazos y meterse en la cama con ella. Su amada jamás le habría permitido hacer eso. Incluso en el tiempo que habían estado prometidos, tan solo le había dejado besarla y en alguna ocasión le permitió tocarle el pecho por encima de la ropa.

—Alexia, acércate y siéntate en mis rodillas.

Ella negó con la cabeza. Por fin había conseguido su negativa. La lección se había acabado.

—Entonces, cúbrete y vete a dormir.

No había llegado tan lejos para detenerse ahora. Levantando un pie y después el otro para no enredarse con las ropas que yacían en el suelo, se acercó y se sentó tal y como la había ordenado que lo hiciese. De lado, dejando que sus piernas colgaran por encima de las de él y se cubrió con sus brazos como pudo para ocultar sus pechos y su sexo. No estaba segura de cómo debía actuar, así que esperó pacientemente a que él la indicara que debía hacer

A Jacob se le cortó la respiración, al verla tan entregada encima de él y pensó que no podría soportar mucho más tiempo aquella farsa. En algún momento, ella tendría que decir que no. Así que, decidió seguir presionándola hasta conseguir su negativa. No podía ser posible que aquella dulce muchacha fuera de verdad capaz de llegar hasta el final.

—Rodea mi cuello con tus brazos. —Ella lo hizo sin titubear.

— ¿Te ha besado un hombre alguna vez? —Le susurró las palabras casi encima de sus labios. Notaba como la respiración de ella estaba agitada. ¿Nervios, miedo, o tal vez deseo? Aunque él no quisiera reconocerlo, deseaba que fuese esto último.

Ella negó con la cabeza. No podía hablar, Aquella mezcla de nerviosismo y vergüenza atenazaba su boca e impedía que dijese una sola palabra.

Por si no eran suficientes todas las emociones que estaba sintiendo, el calor que sentía entre sus piernas se expandía al resto de su cuerpo afectando a su respiración, sus latidos y a su piel que notaba cada vez más sensible ante el contacto con el cuerpo de Jacob. Pero lo que más la sorprendió fue notar una especie de latido en su parte más íntima que la hacía desear algo que desconocía.

Jacob la sujetó por el mentón.

—Mírame.

Al instante, ella abrió los ojos que había cerrado por vergüenza y tímidamente comenzó a mirar a otro lado eludiendo la intensa mirada de él.

— ¿Vas a hacer lo que te digo? Tan solo te he pedido que me mires, seguro que puedes hacerlo. —Se estaba divirtiendo con la incomodidad que ella sentía aunque aquella lección se estaba alargando más de lo que esperaba.

Solo un beso, solo la besaría y la mandaría a la cama mientras el salía al pasillo para serenarse hasta que pasara su excitación. Jacob, posó sus labios sobre los suyos y ella dejó escapar un ligero gemido. Cuando entreabrió un poco su boca para poder respirar, él aprovechó para introducir su lengua dentro de ella. Despacio, buscando la misma respuesta de ella, que no tardó en llegar, cuando Alexia repitió sus mismos movimientos. Acariciándole, buscándole dentro de su boca.

Maldición, aquella muchacha aprendía demasiado rápido, pensó él, sabiendo que estaba perdiendo la batalla que libraba en su interior.

Una vez pasada la abrumante impresión de recibir su primer beso, se relajó entre los brazos de él y

cuando quiso darse cuenta pasó a formar parte activa en aquel sensual juego. Le rodeó el cuello con sus brazos y le acarició el cabello a la vez que se pegaba más a su cuerpo hasta que quedó recostada contra su pecho.

Las respiraciones de ambos estaban igual de agitadas. La fuerza y la intensidad de aquel interminable beso, estaba arrasando con el control de él y la vergüenza de ella. Sintió como la mano de él se despegaba de la cintura, por donde la tenía abrazaba, y ascendía por su costado hasta que se posó en su pecho. No le detendría, estaba consiguiendo lo que quería y era mucho mejor de lo que se había imaginado.

Su mano la acarició y masajéó cariñosamente su pecho. Cuando sus dedos, apretaron su pezón, notó como una corriente se extendía desde su seno, hasta aquel lugar íntimo entre sus piernas que, había cobrado vida. El gemido que lanzó hizo que Jacob perdiese el escaso control que le quedaba.

— ¿Aun quieres seguir adelante con esto, pequeña?

—Si — Contestó ella rápidamente. ¿Se había vuelto loco? ¿Cómo podía formularla aquella pregunta? Tal vez, el fuera capaz de poner punto final a aquella experiencia, pero ella hacía rato que se había perdido en las sensaciones que atravesaban su cuerpo. No sabía qué era lo que vendría a continuación,, pero estaba más que dispuesta a descubrirlo.

Jacob, suavemente la indicó que se pusiera de pie y, cogiéndola de la mano, se dirigió hasta la cama. Apartó el cobertor con un fuerte tirón y se sentó en ella. Se quitó las botas y con las piernas abiertas la cogió de la mano y la puso entre ellas.

Pasó sus manos por su cintura, a continuación por sus caderas y, cuando bajó sus manos hacia los rizos de su pubis, no quiso continuar más abajo. Al menos, no de momento. Volvió a ascender hasta sus pechos y comenzó a acariciarla. Necesitaba más de ella. Rodeó su cintura con un brazo para atraerla hacia él e introdujo uno de sus pezones en la boca.

Alexia, no pudo frenar el grito que salió de su garganta, al notar el calor de la boca de Jacob en su pecho. Sin otro lugar al que aferrarse, le abrazó y acarició su cabeza para que no parase. Una corriente interna la atravesó todo su cuerpo dejándola incapaz de pensar en otra cosa que no fuera rendirse a las caricias de aquel hombre.

Jacob abandonó ese pezón para dirigir la misma atención al otro. Mientras, descendió su mano por la espalda hasta que llegó hasta aquel firme trasero que acarició y masajéó.

La idea de terminar, con lo que había sido una lección destinada a que Alexia desistiera de sus intenciones, se había vuelto inadmisibles. La había dado la oportunidad de parar aquella locura en varias ocasiones y ella se había negado.

Después de todo, el que había recibido una buena lección había sido él. Tenía, entre sus brazos, a la mujer más bella que había conocido, incluso más que Edith, aunque le costara reconocerlo. No obstante, lo peor de todo aquello era que había roto la promesa, que tantas veces se había hecho a sí mismo, de no volver a tener relaciones sexuales con otra mujer.

Todavía le quedaba la esperanza de que ella se echase para atrás en el último momento y se negase a continuar. Abandonó el pezón que había estado lamiendo y mordisqueando suavemente, pero no apartó las manos que continuaban acariciando sus nalgas.

La miró con aquellos ojos verdes brillantes por el deseo.

— ¿Aun sigues dispuesta a continuar? Es tu última oportunidad...Lexi

Ella soltó una carcajada.

— ¡Lexi! Nadie me ha llamado así en toda mi vida. —respondió divertida.

—Ya te dije que no habría formalismos mientras compartamos esta intimidad.

—Entonces, yo también puedo llamarte como quiera. ¿Te parece bien... Jake?

—Mis amigos siempre me llaman Jake. Tú, vas a ser más que eso. Llámame como te plazca. No te lo volveré a preguntar más veces, una vez nos metamos en la cama no me detendré. ¿Estás dispuesta a

continuar?

Le acarició suavemente su negro y suave cabello y agachándose le dio un suave beso en los labios. Rompió el sensual abrazo que había construido él, con sus piernas y brazos, y se subió a la cama gateando. Hacía ya un buen rato que Alexia no sentía ningún pudor por encontrarse desnuda frente a él y se tumbó de espaldas, confirmando así, cuál era la respuesta que él estaba esperando.

Jacob la sonrió maliciosamente. Al instante, comenzó a quitarse las prendas que le quedaban, comenzando por la camisa y dejando al descubierto aquel torso que había admirado aquel mismo día. Cuando se quitó las calzas y se quedó desnudo ante la vista de ella, abrió desmesuradamente los ojos a la vez que contenía la respiración.

— ¡Oh, Señor! Eso no va a poder entrar dentro de mí.

Jacob se rio ante el comentario de ella mientras se tumbaba a su lado en la cama.

— ¿Eso es lo que enseñan ahora en la abadía? —Jacob se puso de lado, casi encima de ella, mientras acariciaba su cintura y su cadera con la mano y con sus ojos, el resto del cuerpo.

—No todas las que estaban allí eran vírgenes. ¿Puedo tocarte?

Jacob dejó de respirar al pensar en aquellas pequeñas y femeninas manos recorriendo su cuerpo y esperó que fuera tan osada como para llegar hasta su pene y lo rodeara con sus dedos. En otra mujer, hubiera sido impensable que hiciese aquello. Pero, por lo que había conocido a Alexia en esos días, sería capaz de eso y más. Prefirió no pensar en ese “más”. Le dio su consentimiento, asintiendo con la cabeza y ella no perdió el tiempo.

Llevó sus manos hacia aquel masculino pecho. Las deslizó suavemente hasta que llegó a su firme estómago, pero no se atrevió a bajar de ahí. La gustaba acariciarle, las sensaciones que ascendían desde las yemas de sus dedos hacían que ella sintiera más calor y necesitaba tenerle todo lo cerca que pudiera. Llevó las manos hasta su cadera y, desde allí las desplazó hasta su espalda y le atrajo hacia ella para poder besarle.

Jacob aceptó gustoso la invitación de aquel beso y se tumbó sobre ella sin romper el contacto con sus labios. Acarició su pecho y bajó la mano hasta la cadera, donde la dejó posada unos instantes.

Después, muy despacio, bajó su mano hasta su pubis y deslizó aún más sus dedos hacia abajo hasta que llegó a sus húmedos labios virginales. Comenzó a acariciarla, suavemente mientras Alexia gemía contra su boca, Estaba preparada para recibirle, pero prefirió seguir con sus caricias teniendo en cuenta su virginidad. Con sus dedos acarició su clítoris despacio, pero sin descanso, hasta que sintió como ella se abrazaba fuertemente a él y se dio cuenta de que era el momento oportuno para penetrarla.

La volvió a besar en la boca, mientras friccionaba su miembro por la resbaladiza apertura de entre sus piernas. Agarró su pene con una mano y lo colocó justo en la entrada de la vagina de ella. Empujó despacio pero a la vez con fuerza para que el cuerpo de ella se fuera acostumbrando.

Cuando llegó hasta su virginidad, supo que no podría continuar sin hacerla daño. Él era muy grande y ella muy estrecha. Con un rápido y fuerte empujón, consiguió atravesar aquella barrera y tras varias embestidas, se introdujo totalmente en ella.

Alexia gritó y se abrazó fuertemente a él. Sabía que sería doloroso, pero no hasta ese extremo. Jacob continuó sin moverse y ella lo sentía en su interior. Poco a poco, el dolor fue remitiendo y comenzó a experimentar lo agradable que era tenerle en su interior pese a que creía que ahí había acabado todo

—Si has terminado ¿Podrías incorporarte? Pesas mucho.

Jacob sonrió y la miró apreciando lo hermosa que se encontraba en ese momento. Admiró el deseo que se manifestaba en sus ojos y en sus sonrojadas mejillas y disfrutó con la dulce ingenuidad de las palabras que salían de su boca.

—Aún no hemos terminado. Aunque ya has conseguido lo que querías ¿no quieres conocer lo que vienes después?

No la dejó responder, salió de su interior unos centímetros y se volvió a hundir dentro de ella. Alexia

gimió ante lo que sintió cuando él se movió en su interior. Y volvió a hacerlo mientras él aceleraba el ritmo y la fuerza con la que se adentraba en ella. Fuera lo que fuese lo que estaba sintiendo en ese momento, no quería que terminase. Lo necesitaba tanto como parecía necesitarlo él.

Cuando creía que no aguantaría más, algo explotó en su interior haciendo que su sexo temblara y expandiera por su cuerpo unas sensaciones que jamás había podido llegar a imaginarse. Casi de inmediato, se unió a ella en aquel orgasmo que los había dejado debilitados a ambos.

Jacob la besó dulcemente en los labios y se acostó a su lado. La atrajo hacia su costado y la acarició la espalda mientras permanecían abrazados.

Ninguno de los dos dijo una palabra después de lo que acababan de hacer. Alexia se encontraba maravillada por la experiencia que acababa de tener. Ya no era virgen y tenía por delante la oportunidad de librarse de su futuro esposo.

Para Jacob la experiencia había hecho que por un lado disfrutara de lo que hacía tanto tiempo se había negado y por otro, se sentía culpable por haber faltado a su promesa. Aquella mujer le estaba volviendo loco. Le había enredado en su planes y él había caído víctima de su propia estratagema. La miró para hablar con ella, pero vio que se había quedado dormida.

Ni siquiera se movió para no despertarla. Se sentía muy bien al tener aquel tibio y suave cuerpo a su lado. No tenía sentido poner algo de cordura a lo que había pasado aquella noche. La mañana haría que todo volviese a su ser y tendrían que pensar en las consecuencias de sus actos.

## CAPITULO 5

Se encontraban a tan solo unos kilómetros de Stanbury y por tanto, cerca de donde residía Edward. Aunque, en verdad, había sido un viaje agotador, no se le había hecho lento en exceso. Y más, desde que había pasado la noche con Jacob. Al día siguiente de lo ocurrido, Alexia se despertó abrazada a él y no había dejado de pensar en ese momento desde entonces.

Recordaba lo bien que se había sentido al verse rodeada por sus enormes y fuertes brazos e incluso fingió seguir durmiendo para poder disfrutar unos instantes más de aquella sensación, que lo más seguro, es que no volviese a experimentar.

Lo peor había pasado ya el día anterior, al tener que soportar montar a caballo durante horas, cuando aún se sentía dolorida por la pérdida de su virginidad. En alguna ocasión, tuvo que pedirle a Jacob que pararan y aun se sentía avergonzada al recordar su conversación con él. Pues, al principio no se dio cuenta del por qué le hacía esa petición y ella, tuvo que explicárselo.

La noche anterior pensó que volverían repetirlo, pero estaba muy equivocada. El mantuvo las distancias, como de costumbre, y durmió en el suelo.

Estaba ensimismada en sus recuerdos de la noche que compartieron, cuando uno de los hombres que les acompañaban, les indicó que habían llegado a su destino. Levantó la vista y pudo ver la enorme edificación de piedra que aparecía en la distancia. Unos de los hombres, se adelantó galopando para anunciar su llegada a Lord Edward Evans.

Pronto, su vida daría un giro radical hacia un destino desconocido. Podría acabar convertida en la esposa de Lord Evans o ser relegada al olvido por parte de su familia ante su inmoral comportamiento.

Al llegar a las puertas de aquel enorme castillo de piedra, con sus altos muros de piedra al estilo sajón, no solo vio al último hombre que deseaba volver a ver en su vida. También, a su lado, se encontraban sus padres. Todo lo que tenía planeado decirle, se había venido abajo. No se sintió con fuerzas para enfrentarse a los tres a la vez.

Nada más bajarse del caballo, ayudada por Jacob, su madre la atrajo hacia un fuerte abrazo. Llevaban mucho tiempo sin verse y la había echado mucho de menos. Su padre, esperó pacientemente, a su lado, hasta que ambas mujeres se separasen y poder abrazar a su niña, que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado en los últimos años.

Alexia, por su parte, se mostró, en principio, reticente, a acercarse para abrazar a su padre. No podía perdonarle que la hubiera comprometido sin haber tenido en cuenta su opinión, pero le quería. Así que, se separó de su madre y se abrazó al único hombre que consideraba importante en su vida, aunque no pudo disimular su enfado

—Ya hablaremos, Padre. —La mirada que le lanzó presagiaba una gran pelea entre ellos.

—Mi dulce Lady Alexia. Veo que seguís tan hermosa como siempre.

Ella, irguió la espalda y adoptó la postura propia de la dama que era. —Lord Edward. Sois muy amable dirigiéndome esas palabras aun mostrando este aspecto tan impropio.

—No te preocupes por tu aspecto. —dijo Rose, su madre—. Hemos traído algunos de tus vestidos para que puedas cambiarte. Ven, vamos a tu habitación para que te adecen del viaje.

Rose, la abrazó por la cintura y se internaron en la mansión dejando allí a los tres hombres.

—Jake. Te presento al padre de Alexia, Lord George Kemble. George, este es el hombre en quien deposité mi confianza para que trajese a tu hija sana y salva hasta aquí. Lord Jacob Sherwin. Ahora si quieres, una de las sirvientas te acompañará arriba, a tus aposentos. Después, acércate hasta mi estudio para que puedas contarme como ha sido vuestro viaje.

—Lord Sherwin, es un honor conocerlos. Os agradezco enormemente, que hayáis cuidado de mi hija

durante el trayecto. Solo espero que no os haya causado problemas con su carácter que, a veces se vuelve un poco inapropiado.

¡Problemas! No, aquella mujer no le había causado problemas, pensó Jake. Tan solo le había vuelto loco con sus maquinaciones, su falta de decoro y su fuerte determinación que le arrastró para que cometiera el mayor error de su vida y del que aún no sabía cuál serían las consecuencias.

—Lord Kemble, para también es un honor conocerlos. No debéis preocuparos por vuestra hija. Su comportamiento ha sido ejemplar, en estos días.

Aquellas palabras destinadas a calmar al padre de Alexia, en parte, eran ciertas. Su comportamiento había sido del todo correcto ante sus hombres, aunque no cuando se encontraba con él a solas.

Cuando Jacob les dejó solos, los hombres se dirigieron al estudio.

—Y bien George ¿qué te ha parecido Lord Sherwin?

—Creo que sería un buen esposo para mi hija. Aunque tan solo se lo que tú me has contado. ¿Crees que habrá nacido algo entre ellos en estos días?

—Todo es posible amigo mío. Tendremos que esperar a ver qué sucede.

Jacob bajó las escaleras para dirigirse al estudio donde se reuniría con Edward. No había parado de darle vueltas a la conversación que habían tenido cuando le presentó al padre de Alexia. Edward había depositado toda su confianza en él para que protegiese a su prometida ¿Y cómo se lo había demostrado? Arrebatándole la virginidad a aquella muchacha, ya no tan inocente.

No quería alargar demasiado el desvelar aquel vergonzoso secreto. Hablaría primero con ella, para que se sincerara con su prometido ese mismo día. Si no lo hacía, sería él quien lo confesase todo al día siguiente. Él era un hombre de palabra y no podía seguir guardándose ese secreto a su amigo, quien seguramente dejaría de serlo en el momento en que conociese los hechos.

— ¡Jake, mi buen amigo! Ven, siéntate aquí con nosotros a contarnos como ha sido vuestro viaje.

¿El viaje? Resultó de lo más aburrido y monótono hasta que yací con Alexia. A partir de entonces, un infierno. Jacob estuvo tentado a confesarlo todo y olvidarse del asunto.

—El viaje fue bien, sin contratiempos. —No entraría en más detalles. Al menos, no de momento.

— ¿Y mi prometida, Lady Alexia? ¿Cómo se tomó la noticia de nuestros futuros esponsales? ¿Qué os ha parecido?

—Lady Alexia es una buena y dulce mujer. Qué pretendéis que os diga cuando su padre está aquí presente. —Dijo bromeando—. Solo diré que la dama tiene... carácter.

Los tres hombres se rieron.

—Lord Jacob, ojala el único defecto de mi hija fuera su carácter, Es testaruda, insolente, hace su voluntad, podría seguir pero no quisiera aburrirlos.

— ¿Y aun así has decidido casarte con ella, Edward? —Dijo Jacob en tono de broma.

—Como has dicho, es una muchacha dulce y buena. Si, tiene su carácter pero su belleza es exquisita y estas cualidades compensan lo fuerte de su personalidad ¿No creéis?

Jacob estaba empezando a sentirse acorralado y no solo por sus propios remordimientos.

—Sin duda, vuestra hija es una dama muy bella. Será una buena esposa.

—Jake. Creo que te debo una disculpa.

Ahí estaba lo que Jake estaba presintiendo, había algo en la actitud de Edward, al que conocía desde que era un niño, que le hacía desconfiar.

—No sé a qué te refieres. No ha ocurrido nada por lo que deberías pedirme disculpas. —Al contrario, pensó Jake, tendría que ser yo quien se las pidiera.

—Veras, Jake. Mi amigo George, estaba cansado de ver como su hija se negaba a aceptar a todos los pretendientes que se le presentaban. Cuando me lo comentó, tuve una idea. Conocía a alguien que necesitaba a una esposa. Y ese alguien eres tú.

— ¡Cómo! Edward, has perdido la cabeza. Sabes que no quiero una esposa.

—La verdad es que no voy a casarme con Alexia. Tan solo, pensamos que si ella te daba una oportunidad para conocerte, podría surgir algún interés entre vosotros. Por eso, mi querido amigo, te pido que me disculpes. Conozco a esa mujer desde que nació y creo que es lo que necesitas.

—No me lo puedo creer. Sabed que no me casaré con ella. Lord Kemble, no tengo nada que objetar a vuestra hija, tan solo es que perdí todo el interés en contraer matrimonio después de la muerte de mi prometida.

El enfado que sentía Jacob en aquel momento era visible. Apretó las mandíbulas fuertemente para no contar más de lo que debiera decir

—Quisiera hablar con vuestra hija ahora.

—Hablaré yo con ella. —Dijo George—. Veo que estáis bastante enojado por la encerrona en la que os hemos envuelto.

Sin decir una palabra más, Jacob, a grandes zancadas, salió de la sala y se encaminó hacia las escaleras que conducían a la parte superior. No sabía cuál era la habitación de ella, y si era necesario llamaría a todas las puertas hasta que la encontrara.

No tuvo que hacerlo, pues en ese momento la vio aparecer en la parte superior de la escalera.

Si antes era una mujer hermosa vestida con las simples prendas con las que la había conocido, ataviada con aquellas ropas que llevaba confeccionadas en seda, la convertían en la mujer más exquisita que hubiera conocido.

El enfado que hervía dentro de él, no le dejó apreciar por más tiempo la hermosa visión que representaba. Subiendo los pocos escalones que les separaban, la agarró por la muñeca y tiró de ella hasta que salieron del castillo.

A Alexia, le costaba seguirle el paso y tenía que ir tras él corriendo para que no le lastimase la muñeca. Cuando se alejaron lo suficiente para que nadie pudiese oírlos, la soltó tan rápidamente que ella estuvo a punto de caer al suelo.

—Sois una gran mentirosa, Lady Alexia. Me creí todas y cada una de vuestras palabras. Pero, sabed, que no os ha servido para nada lo que habéis hecho.

— ¿De qué estás hablando Jake? No sé a qué viene todo esto.

—Habladme con respeto, Señora. He descubierto vuestro plan, vuestro padre me lo acaba de confesar. Debo reconocer que sois capaz de llegar muy lejos para conseguir un marido. Pero, ese, no voy a ser yo.

— ¡Cómo! ¡Qué plan! Pero si lo único que quiero es librarme de mi prometido. No buscar uno.

— ¡Dejad de mentirme y de fingir que sois inocente en todo esto! Se toda la verdad. Vuestro padre y Edward me lo han contado.

—Explicaros a hora mismo porque de verdad no sé de qué estáis hablando.

—Sois estupendos estrategas los tres. Sé que fingisteis lo de vuestro compromiso con Edward. Os aliasteis para que yo os conociera y me interesara por vuestra persona. Pero llegasteis demasiado lejos para nada. El hecho de que me entregarais vuestra virginidad no os garantiza que vaya a ser vuestro esposo. Basta ya de mentiras.

— ¿Estas insinuando que yo formé parte de un plan para encontrar marido? Lo único que se de todo esto, es que me llegó una carta de mi padre informándome de mi compromiso con Edward y aparecisteis para traerme hasta aquí.

Alexia parecía que de verdad no sabía nada de lo que estaba pasando. O eso, o era la mejor farsante que había conocido.

— ¿No sabéis entonces que vuestro padre y su amigo fingieron vuestro compromiso para que nos conociéramos?

—Eso no es posible. Estáis mintiendo.

—No. Ellos mismos me lo acaban de confesar. Id a preguntárselo si queréis.

—Por supuesto que lo voy a hacer.

Edward y George se encontraban mirando desde la ventana la discusión entre ellos. Vieron a Alexia como se dirigía corriendo hacia la casa.

—George, se avecina una gran pelea con tu hija. ¿Quieres que os deje solos?

—No quédate. Espero que estando tú delante sujete un poco su lengua.

La escucharon entrar gritando y Edward fue a abrir la puerta del estudio para hacerla saber que estaban allí

— ¡Padre! ¡Te exijo que me expliques ahora mismo que está pasando!

—Tranquilízate, pequeña. Toma asiento y deja que me explique.

—Vas a hablar ahora. ¿Qué es eso de que el compromiso era mentira?

—Verás, Alex. Ni siquiera te dignabas a que te presentase a cualquier hombre que pudiera tener la intención de proponerte matrimonio.

Jacob entró en ese mismo momento y se quedó en silencio junto a la puerta. Necesitaba tener la certeza de que ella era completamente inocente en aquella intriga.

—Pensamos que, tal vez, si conocías a alguien que a tus ojos no representara una amenaza podrías cambiar de idea. De nuevo, Lord Sherwin, os pido disculpas por haberos involucrado en esta mentira.

Jacob, asintió con la cabeza.

—Acepto vuestras disculpas. Lord Kemble.

Así que, Alexia era inocente en toda aquella estratagema. Se arrepentía por haberla tratado como lo había hecho— Debería haberla creído cuando le dijo que ella no sabía nada de aquel absurdo plan. Solo estuvo completamente seguro cuando escuchó la confesión en boca del padre de ella. Ahora debía meditar acerca de las consecuencias que acarrearía lo ocurrido entre ellos.

Alexia se derrumbó en la silla más cercana y se cubrió la cara con las manos. Por un lado, se sentía aliviada por no tener que casarse con Edward. Pero, por otro lado, ahora le pesaba haberse entregado tan alegremente a los brazos de Jacob.

—Padre, no sé si con el tiempo podré perdonarte por este engaño y por lo que me vi obligada a hacer. Desde, luego, en este instante, soy incapaz de ello. —Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas y salió corriendo de la habitación.

— ¿Qué ha querido decir con eso? Pensé que cuando supiera que no existía en realidad este compromiso se alegraría. No hay quien entienda a las mujeres —dijo Edward—. Jake, ¿Sabes a qué se estaba refiriendo?

Sí, lo sabía, pero no era ni el momento ni el lugar apropiado para hablar de ello. La advirtió en innumerables ocasiones que en el futuro se arrepentiría y no se había equivocado. Sin responder a su amigo, salió de inmediato, para dirigirse a su habitación. Necesitaba estar solo y pensar cómo afrontar las consecuencias de lo ocurrido entre ambos.

La cena transcurrió en silencio, debido a la tensión que se palpaba en el ambiente. Cuando finalizó, Alexia y su madre subieron a sus habitaciones dejando a los hombres a solas tal y como era la costumbre. Estaban hablando y cosiendo ropa para el bebé que tendría su hermana en pocos meses.

Una de las sirvientas llamó a la puerta de Alexia para pedirle que se reuniera con su padre en el estudio. Madre e hija se extrañaron de aquella llamada a esas horas. Sin duda, lo que su padre tenía que decirle era algo urgente como para que no pudiese esperar hasta la mañana siguiente.

Cuando llamó a la puerta, su padre la abrió y la miró con una expresión seria que no presagiaba nada bueno para ella.

—Alex. Pasa por favor. —Cerró la puerta detrás de ella.

Pero George no se encontraba solo allí. También estaba Jacob, de pie, al lado de una de las ventanas.

—Alex. No voy a andarme con rodeos. Lord Sherwin me ha contado todo lo que ha ocurrido entre vosotros.

— ¿Qué? —Alexia palideció. No podía ser posible que Jacob le hubiese hablado a su padre de la

noche que habían pasado juntos. Debía referirse a otra cosa.

—Lo sé todo, Alex. Os dejaré a solas. Creo que tenéis mucho de qué hablar. —George salió, cerrando la puerta tras él

— ¿Qué le has contado a mi padre?

—Todo, Alexia. Le he contado todo. Como pensabas librarte del compromiso y de lo que hicimos. Mi falta de control en aquel momento es inexcusable y, ambos, debemos cargar con las consecuencias de lo que hicimos. Vamos a casarnos.

— ¿Qué? No puedes haberme hecho esto. ¡Cómo has sido capaz de contárselo a mi padre! Olvídate de esta absurda idea. No vamos a casarnos.

—Créeme cuando te digo que no voy exultante de felicidad a este matrimonio. No quiero una esposa, eso ya lo sabes. Pero soy un hombre de palabra y lo que he hecho no tiene justificación. Vamos a casarnos, te guste o no.

—Así que finalmente acabaré con un marido. —Alexia aceptaba así, lo que tanto tiempo llevaba evitando. Ella misma, con su inapropiado comportamiento, se había metido de cabeza en aquel matrimonio. Haberle entregado su virginidad a Jacob no conllevaba obtener la libertad que deseaba, sino pasar el resto de su vida con un marido al que acababa de conocer tan solo unos días antes.

—Alexia. Como mi esposa no tendrás que preocuparte por nada. Serás libre de hacer lo que te plazca siempre y cuando te comportes de manera decorosa. No reclamaré ningún derecho sobre ti como tu esposo, así que no tendrás que soportarme en tu cama. Sabes que solo hay una dueña de mi corazón y nadie más ocupará su lugar. Nunca te amaré, pero como esposa, te respetaré siempre.

Alexia se sintió dolida ante aquellas palabras. Porque ella si estaba empezando a sentirse atraída por él. No quería su respeto, deseaba una promesa de que con el tiempo el pudiera sentir algún afecto por ella.

— ¿Tampoco deseas tener hijos?

—No. Solo pensé en una mujer como madre de mis hijos. Pero no puedo negarte eso también. Cuando llegue el momento lo hablaremos.

— ¿Te has parado a pensar que quizá podríamos haber engendrado ya un hijo? Si fuese así ¿Lo querrías?

—Por supuesto que lo he pensado. Fue también uno de los motivos que tuve en cuenta para decidirme a hablar con tu padre. Si estas esperando un hijo, lo aceptaré. Además, si ocurriese, no tendríamos que volver a compartir nunca más la cama.

Alexia estaba empezando a enojarse demasiado por la frialdad con la que la estaba hablando. Estaba comportándose como un auténtico necio.

— ¿Puedes explicarme entonces por qué hiciste el amor conmigo la noche pasada?

—Nosotros no hicimos el amor. No soy ni un santo ni un monje, Alexia. Con tu ofrecimiento, me tentaste de una manera que ni siquiera puedes llegar a imaginar. Perdí el control de la situación y mira a donde nos ha llevado; a permanecer juntos el resto de nuestras vidas sin que lo deseemos.

Alexia, también estaba empezando a perder el control. Levantó la mano para abofetearle pero él fue más rápido y la agarró casi cuando estaba a punto de alcanzar su cara.

— ¡Jamás vuelvas a intentar golpearme! Me respetarás al igual que yo haré contigo. Nunca he pegado, ni pegaré, a una mujer. Aunque, como sabes, si quisiera, podría hacerlo, ya que estoy en mi derecho.

— ¡Entonces deja de tratarme como lo estás haciendo!

—Solo quería que entendieras como va a ser nuestra vida en pareja.

—Ha quedado perfectamente claro. Mi señor. Creo que no tenemos nada más de qué hablar.

Cuando Alexia abrió la puerta para marcharse vio que su padre estaba esperando fuera.

—Alex ¿Cómo pudiste hacer eso? Reconozco parte de mi culpa, porque siempre te di todo lo que querías, cuando, en realidad, debería haberte castigado, de niña, para no acabar siempre claudicando a

tus caprichos. Entregarte a un hombre al que acababas de conocer para librarte de un compromiso. No te creí capaz de llegar tan lejos con tal de desobedecerme. Si tu madre llega a enterarse de cómo te has comportado, no será capaz de afrontar ese disgusto. Así que, no le cuentes nada de todo este asunto porque yo tampoco lo haré. La verdad solo la sabremos nosotros tres.

—Él también tuvo algo que ver en lo que hicimos ¿No lo crees así, padre? ¿Por qué no le exiges que pague con su vida?

— ¿Pretendes que mande ajusticiar a un hombre honrado que cumple con su deber por deshonrarte? No puedes tentar a un hombre como lo hiciste, hija mía.

—Así que toda la culpa es mía ¿No es así?

—Pensé que estaba educando a una dama no a una...

—Pensad bien lo que vais a decir —Jacob se colocó detrás de Alexia e interrumpió a George antes de que dijera algo de lo que, quizás, más tarde se arrepentiría—. Es a mi futura esposa a la que estabais a punto de insultar. Por cierto, la boda se celebrará en mi propiedad. Aún no os habéis repuesto de nuestro reciente viaje, así que partiremos pasado mañana. Desde ahora, sois responsabilidad mía, Lady Alexia.

## CAPITULO 6

En pocas horas habían llegado al que sería su nuevo hogar. Jacob, apenas la había dejado un día para descansar y en ese tiempo tan solo habían intercambiado algún que otro saludo o agradecimiento en las veces que habían coincidido a la hora de las comidas.

Al entrar en el enorme castillo de Haworth, lo que más la impresionó fue la exquisita decoración que alegraba las paredes. Se encontraban tapices y cuadros por todas las paredes. Nunca se hubiera imaginado que Jacob, con su aspecto tan sobrio, exhibiera aquella ostentación de buen gusto. Aunque, en su opinión, quizá resultaba un poco recargada.

Allí, de pie, se encontraba una de las sirvientas. Una mujer ya entrada en años, pelirroja, bastante alta y regordeta con una expresión afable en su rostro.

—Bienvenido, Lord Sherwin. Espero hayáis tenido un buen viaje.

—Gracias Edna. —la saludo Jacob. —Te presento a mi prometida, Lady Alexia Kemble y sus padres. Por favor, haz que los acompañen a sus aposentos y asigna una de las muchachas al servicio personal de mi... de Lady Kemble.

Aún le costaba llamarla por lo que ahora era, su prometida y futura esposa. Tan solo había llamado por ese nombre a Edith y no había asimilado tener que otorgar esa posición a otra mujer.

— ¡Os felicito, mi señor! —Aunque bastante sorprendida por la noticia, en verdad se alegraba de que su señor hubiera encontrado una nueva mujer para convertirla en su esposa—. Y enhorabuena también a vos Lady Kemble, Vais a ser muy feliz aquí, mi Señora. Cualquier cosa que necesitéis, decídmelo.

La sincera alegría y la reconfortante sonrisa que Edna dirigió a Alexia la hicieron entrever que ambas se llevarían bien.

Edna la acompañó hasta la habitación que, desde ese momento, pasaría a ser la suya. A la derecha, se encontraba la chimenea recubierta de mármol con un pequeño sillón a un lado y una puerta que debía comunicar con el dormitorio de Jacob y que, como pudo comprobar estaba cerrada.

En el extremo opuesto se encontraba el tocador, al lado de la ventana cuyos cristales formaban un bello mosaico. Los pesados cortinajes que la enmarcaban de color granate, hacían juego con las cortinas que adornaban el dosel de la cama y el cobertor de la misma.

Era una habitación cálida y acogedora. Iba a sentirse bastante cómoda allí y también bastante sola si Jacob cumplía con la promesa que le hizo, al hablarle de cómo sería su matrimonio.

— ¿Está todo a su gusto Lady Kemble?

—Sí, gracias Edna. Me ha impresionado la decoración de lo que he visto hasta ahora. No me hubiera imaginado nunca que Lord Sherwin tuviese un gusto tan exquisito. Los hombres, generalmente, no se preocupan por la decoración de sus hogares. ¿Fue su madre, Lady Sherwin quien lo hizo?

—No, mi señora. Él no lo hizo, ni tampoco su madre. En realidad, todo el castillo fue reformado siguiendo las instrucciones de la difunta Lady Mayne. Aunque no pudo verla acabada por su inesperada muerte, Lord Sherwin ordenó que se terminara de acuerdo a lo que ella quería.

Alexia pensó que si Edith Mayne había decorado toda la casa, poco podría hacer ella para que Jacob le permitiese hacer algunos cambios. De pronto, ya no le parecía tan agradable aquella estancia, ni el resto de la casa. Aquello se había convertido en un tétrico homenaje a la difunta dama. La veneración que sentía Jacob por ella, le pareció enfermiza.

— ¿Qué hace ella aquí, Edna? —Jacob apareció detrás de ellas y se quedó de pie a la entrada de la habitación.

—Disculpadme Lord Sherwin. Esta siempre fue la habitación de las señoras de Haworth. Supuse que Lady Kemble se instalaría aquí.

—Edna, esta habitación jamás volverá a usarla nadie. Elige cualquiera de los otros dormitorios y prepáralo para mí... para Lady Kemble.

—Pero Señor...

—Haz lo que digo Edna.

—Como digáis Lord Sherwin. —Edna, cabizbaja, salió de la habitación para disponer otro de los dormitorios para su futura señora. No estaba de acuerdo en la orden que le había dado, pero ella poco podía hacer o decir.

—Vamos Alexia. Salgamos de aquí.

— ¿También me vas a negar esto? No solo es que seas incapaz de pronunciar la palabra “prometida” cuando te refieres a mí. Tampoco me ves como la futura señora de Haworth y no merezco el dormitorio que ha pertenecido a las señoras de este lugar durante generaciones. Para ti, solo hay una Señora de Haworth y esa es tu idolatrada Edith. Me ha dolido mucho que me menosprecies como lo has hecho desde que hemos llegado, empiezo a hacerme una idea de lo insoportable que se me va a hacer este matrimonio.

Jacob se había dejado llevar por los sentimientos que se habían agolpado en su corazón al volver a ver abierto el dormitorio que había ocupado Edith, en las pocas ocasiones que le había visitado para organizar la decoración del que sería su hogar. Pero Alexia tenía razón, como su futura esposa, aquella estancia la pertenecía por derecho.

—Te advertí, Alexia, que no te iba a resultar sencillo vivir conmigo. Sin embargo, creo que en esta ocasión, estás en lo cierto. Espera, puedes...

—No Jacob, Ya he escuchado bastante. Esperaré abajo hasta que mi habitación esté preparada.

—Perdóname, por favor Alexia, no debería haber dicho eso. Haré que traigan aquí tus cosas.

— ¿Y ensuciar con mi presencia este santuario en honor a vuestra amada? —Su cínica respuesta afectó a Jacob. Apretó fuertemente su mandíbula para no decirle nada que pudiese herirla aún más. —Deberías pensar en cómo pretendes que se me respete como tu esposa, cuando tú me despojas hasta del más mínimo de mis derechos.

Se marchó y le dejó solo en aquel dormitorio al que no había vuelto a entrar desde que ella murió. Recordó la noche en que él se coló en la habitación, mientras ella dormía. Se tumbó a su lado y le acarició aquel brillante y suave cabello dorado. Ella despertó y asustada se alejó de él tapándose pudorosamente con las mantas hasta el cuello. Rápidamente, la tranquilizó y al reconocerle se echó a sus brazos y le dio un dulce y rápido beso en los labios. Enseguida se apartó de él, recordándole que no le entregaría su virginidad hasta después de la boda.

Pero entre sus recuerdos, se coló la imagen de Alexia besándole sensualmente. Lo audaz que había sido cuando introdujo su lengua en la boca de él. Jamás se había excitado de esa manera con ninguna otra mujer, por tan solo un beso, ni tan siquiera con Edith, aunque le costará reconocerlo.

Alexia, no le había apartado. Se había entregado a él confiadamente. Recordó la forma en que le abrazaba atrayéndole hacia ella, para tenerle lo más cerca posible, cuando introdujo su pezón en su boca. Lo húmeda que estaba cuando la tocó entre sus piernas.

Y, de nuevo, se encontraba excitado al pensar en ella. Se llevó la mano a su endurecido miembro procurando aliviar parte del dolor que sentía, porque solo habría una forma de mitigarlo, pero no pensaba volver a ponerle las manos encima.

Pegó un fuerte puñetazo a la pared para distraer la atención de su entretierna y para descargar parte del enfado que sentía hacia sí mismo y hacia la bruja que le hacía hervir la sangre hasta cuando no estaba presente.

Tres días después, Alexia contemplaba su imagen frente al espejo ataviada con su vestido de boda. Su madre, ignorante todavía de la mentira urdida por su padre, había llevado junto con sus pertenencias aquel vestido, al que ambas habían dedicado incontables horas de costura. Ella misma, había elegido aquella pieza de seda en un brillante color lavanda y, a juego, en un tono más claro del mismo color,

asomaban las mangas de su camisa. Los bordados en plata y oro que decoraban tanto el cuello como las mangas, le habían resultado muy costosas de realizar. Pero el resultado a su esfuerzo había merecido la pena.

Al contemplarse, recordó cómo ella imaginaba a su futuro y desconocido esposo, mientras puntada a puntada, aquel vestido cobraba forma. Ahora, allí de pie, no hacía falta que lo imaginase, ya sabía quién y cómo era y no estaba del todo complacida. La atracción que había comenzado a sentir por él al conocerle, se había visto enturbiada al conocer como era en realidad. Un hombre huraño y tan encerrado en sí mismo que, se preguntó si valdría la pena intentar conocerle de verdad.

Sin embargo, lo intentaría. Estaba decidida a hacer todo lo posible para traerle algo de la alegría y felicidad perdidas. ¿Acaso una de las obligaciones de una esposa no era la de ver feliz al hombre con el que compartía su vida? Si tan solo la dejara acercarse a él, procuraría que saliese del sombrío aislamiento en el que se había recluso, huyendo de la vida.

Sin embargo, se dio cuenta, de que por mucho que se esforzara, no obtendría ningún resultado si Jacob seguía rehuyéndola como lo había hecho desde que llegaron. Lo intentó en varias ocasiones utilizando como excusa los preparativos de la boda, y aun así la única respuesta que obtuvo fue que ella decidiese todo lo referente a la misma.

Debido a que no acudirían demasiados invitados, el banquete sería sencillo de preparar y no tuvo ningún contratiempo en que todo estuviese preparado a la llegada de los invitados. Tan solo acudirían sus padres, Edward y algunos vecinos colindantes a las tierras de Jacob.

Su madre, que había salido un momento para revisar que todo estuviera perfecto para la ceremonia, regresó a la habitación y sonrió emocionada al verla con su vestido de boda.

—Mi querida niña. Estás muy bella. —La recolocó uno de los largos mechones de su cabello, que estaba empezando a soltarse, y lo sujeto con una de las horquillas por debajo del tocado ribeteado por una cinta con piedras preciosas engarzadas en él. El velo transparente salía por el extremo del tocado y caía por su espalda.

—Debemos bajar, tu esposo ya está esperando abajo.

—Aun no lo es, madre. Es posible que aun salga corriendo.

Su madre se rio a carcajadas. —Alex, este es su hogar. En todo caso, nos echaría a nosotros.

—Créeme madre, le veo capaz hasta de renunciar a sus propiedades con tal de no contraer matrimonio.

—Hija, no hables así de él tan pronto. Si le pidió tu mano a tu padre, por algo será, no va a salir corriendo como dices. Si bien no se le ve... feliz por el acontecimiento, se le ve nervioso. No creo que aborrezca tanto la idea de casarse contigo como dices. Es un hombre muy callado y reservado ¿Me equivoco? Lo importante es que es un señor que se ha ganado el respeto de su gente, con buenas propiedades y además es joven y atractivo. ¿No es por todo esto por lo que aceptaste su proposición? El amor ya llegará con el tiempo. Os acabáis de conocer y no sería lógico que pretendieras que él te amase tan pronto.

La idea de seguir mintiendo a su madre con respecto a su boda con Jacob, cada vez le parecía más insoportable. Jamás había hecho nada parecido, pero le había prometido a su padre que nunca revelaría la verdad. La explicación que habían dado, ambos, era que el plan urdido por ellos había tenido los resultados que esperaban y en el largo camino a casa de Edward, había surgido algo entre ellos. Y, tan pronto como Jacob se enteró de la farsa, pidió la mano de Alexia, quien accedió encantada a convertirse en esposa.

—Si madre, es un buen hombre. Y, además, muy atractivo.

—Alex, cuantas veces te he dicho que no importa ni la belleza ni la juventud de un hombre. Lo que importa de verdad es encontrar a un hombre honorable, de buena posición que te ofrezca una buena vida.

—Claro, madre. Por eso te casaste con padre, por feo y viejo —respondió Alexia en tono burlón. Su padre aún conservaba parte del atractivo que tenía de joven, a pesar de sus cuarenta y ocho años.

—Niña, no cambies de tema. Sabes que apruebo tu elección. Lord Sherwin reúne todos los requisitos, tanto los tuyos como los míos. Lo único que te pido es que respetes a tu esposo y no te comportes con él como lo has hecho con nosotros. Va a ser la señora de este lugar y debes actuar como tal, así que debes controlar tanto tu lengua como tu carácter. Bien, es la hora debemos bajar.

Pretendía parecer serena y tranquila, pero, en su interior, bullían un sinfín de sentimientos. Incertidumbre, anhelo y sobre todo nerviosismo. Cuando finalizase la ceremonia, se encontraría unida para el resto de su vida a un hombre por el que empezaba a sentir algo que era incapaz de describir. Por el que se encontraba pensando en él, sin quererlo, la mayor parte del día. El hombre al que se había entregado aquella noche que le parecía tan lejana, cuando en realidad solo habían pasado unas pocas días. El hombre con el que volvería a estar íntimamente en algunas horas.

Se paró ante la entrada de la capilla para coger aire. Respiró lenta y profundamente y se encaminó hacia el pequeño altar donde la estaban esperando para iniciar la ceremonia. Todos sus esfuerzos para aparentar calma y serenidad, se vinieron abajo cuando se fijó en el aspecto que tenía Jacob. Iba ataviado con una chaqueta azul índigo con ribetes bordados en plata que resaltaba, aún más si cabía, lo atractivo que era y con calzas de color negro.

Temblaba cuando él le tendió la mano y ella aceptó, dando así comienzo a la ceremonia. Apenas fue consciente del transcurso de la misma y de que había pronunciado, casi en un susurro, su conformidad a la unión.

Al finalizar, llegaron las felicitaciones a la pareja por parte de los invitados allí reunidos. Les sonreía nerviosa, fingiendo una alegría que no estaba segura de sentir, mientras Jacob, seguía manteniendo en su cara aquella expresión inescrutable y neutra que estaba fuera de lugar en el día de su boda.

Alexia aprovechó a que los invitados se habían distanciado un poco de ellos, para hablarle al oído.

—Jacob, al menos podrías fingir una sonrisa, al igual que estoy haciendo yo.

—No tengo motivos para sonreír. Ninguno de los dos deseamos esto.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Ninguna mujer deseaba que la dijeran, el día de su boda, que su esposo odiaba el hecho de casarse con ella.

—No hace falta que me lo recuerdes. Pero ya que va a ser la única boda que tendré, eso si no enviudo joven, voy a disfrutar todo lo que me sea posible. Tú, haz lo que quieras.

No soportaba estar ni un minuto más a su lado, giró la cabeza, y al localizar a su madre, decidió ir hacia donde ella se encontraba.

—Por cierto Alexia. —ella se frenó y se dio la vuelta para mirarlo de frente.

—¿Si?

—Estás realmente hermosa.

—No pensarías que me iba a presentar con el vestido que llevaba en la abadía ¿Verdad? —Le sonrió cínicamente y le dejó solo.

Tras brindar por la pareja y de unos instantes de conversación, pasaron al banquete de celebración. Todo estaba realmente exquisito, Alexia pensó que al día siguiente iría a felicitar al cocinero que en tan poco tiempo había preparado aquellos manjares. Apenas había probado bocado antes de la ceremonia y ahora se sentía bastante hambrienta. Aunque el nudo que se le había formado en el estómago tras la única conversación que había tenido con su ya marido, dificultaba el que tragase la comida.

Cuando terminaron de cenar y siguiendo la costumbre, la criada que la habían asignado a su servicio, Julie, se acercó a ella para acompañarla al dormitorio a prepararse para la noche de bodas. Era una muchacha muy joven, con el pelo negro y liso. Sus ojos claros expresaban bondad y dulzura. Y su voz denotaba que había sido criada en un hogar noble por su educación al hablar. Alexia fue a levantarse de su silla, cuando sintió como la mano de Jacob le sujetaba la suya.

—Alexia, le informé a Edna de... lo que pasó entre nosotros.

—¿Por qué lo hiciste? —Alexia se encontró enfadada y, a la vez, avergonzada.

—Porque, si no lo hacía, mañana todos sabrían que no eras virgen al no ver tu sangre en las sabanas. Pensarían que me casé engañado. De esta manera, todos saben que fue conmigo.

—En ese caso te lo agradezco, Jacob, pero eso no hace que me sienta menos avergonzada.

—Ya te advertí que te arrepentirías de tu decisión.

—Te equivocas. Tan solo he dicho avergonzada, no arrepentida. Quizá así es como tú te sientes pero yo no. —Sin darle la oportunidad a responder le dio la espalda y se marchó.

Ella se equivocaba, no se arrepentía en absoluto de lo ocurrido entre ellos aquella noche. Pensó en aquella dulce boca y su cálido cuerpo al que se negaba regresar y para lo que necesitaría toda su fuerza de voluntad. En cuanto vio a Alexia salir del salón, le hizo a Edna un gesto con su mano para que se acercara a hablar con él.

—Edna, ¿Por qué has asignado a Julie al servicio de mi esposa?

—Espero no haberos disgustado, mi señor. Es una muchacha buena y muy trabajadora. Pensé que la vendría bien estar al servicio de una dama para que avance en su aprendizaje. Si no le habéis contado a vuestra esposa quien es ella, deberíais hacerlo porque, tarde o temprano, se acabará enterando. Si vuestro deseo es que la aparte del servicio personal de la señora, lo haré.

—No Edna. De momento que se quede con ella. Pero no deberías haberlo hecho sin consultármelo antes.

—Lo siento, mi señor.

## CAPITULO 7

Alexia terminó de prepararse para pasar la que sería su noche bodas. Nerviosa, terminó de ajustar el cinturón de la bata azul celeste de terciopelo que cubría el blanco camisón confeccionado para aquella noche tan especial. Bajo otras circunstancias, su nerviosismo estaría causado por la ignorancia. En ese momento, lo motivaba el hecho de saber, con exactitud, qué le esperaba y la ansiedad por volver a encontrarse en los brazos de Jacob.

Julie, la acompañó hasta el dormitorio principal, que se encontraba tres puertas más allá de la suya. Aunque la había insistido en que ocupara la habitación causante de su último enfrentamiento, ella se había negado. Si no hubiese sido así, sus habitaciones estarían conectadas y no se vería en la bochornosa situación de pasear, en camisón, por el pasillo donde podrían verla cualquiera de los invitados que se alojaban en el castillo durante la celebración. Deseó con todas sus fuerzas que ninguno de ellos apareciese en aquel instante.

—Gracias por tu ayuda, Julie. Puedes retirarte. —dijo ella una vez entraron en el dormitorio.

—Como gustéis, mi Señora. —Hizo una leve inclinación de cabeza y cerró la puerta tras ella.

Alexia estaba encantada con aquella joven muchacha que no debería tener más de catorce años. Era muy dulce y servicial y le había servido de gran ayuda desde que había llegado.

Era la primera vez que entraba en el dormitorio de Jacob y, al igual que el resto de la casa, era una habitación exquisita. Seguramente, también la habría decorado aquella mujer por la que estaba empezando a sentirse celosa al acaparar cada pensamiento de su marido.

La gran cama con dosel de madera tenía las cortinas apartadas, tanto la interior de blanca gasa transparente, como la exterior de terciopelo en color verde oscuro. También del mismo color era el cobertor de la cama que había sido retirado para pasar la noche.

Frente a la cama, que se encontraba elevada del resto de la habitación por un escalón, estaba colocados dos sillones con el asiento acolchado de color marrón, mirando hacia la chimenea. Y, justo delante de él, una mesa de mármol donde habían colocado una jarra de cristal con vino y dos copas.

Decidió esperar allí sentada a que viniera Jacob. Sin nada que hacer para entretenerse en la espera, los minutos se le hicieron interminables. Miraba absorta el fuego que crepitaba frente a ella en el interior de la chimenea, pensando en la posibilidad de que Jacob no apareciese esa noche. Quizá, se había emborrachado y estaba dormido en algún sillón de abajo.

Al final, cansada por aquel agotador día, subió las piernas al asiento y apoyo la cabeza sobre el brazo que tenía sobre el respaldo. Antes de que se diera cuenta se había quedado profundamente dormida.

Se despertó sobresaltada, al escuchar el ruido que hizo la puerta del dormitorio al cerrarse. Era Jacob, quien, por fin se había presentado en el dormitorio.

—Siento haberte despertado, Alexia. Deberías haberte acostado ya.

—Estaba esperándote. Pero te retrasabas mucho y me quedé dormida ¿Quieres un poco de vino? — Alexia extendió la mano hacia la botella.

—Te lo agradezco, pero creo que ya he bebido demasiado. Acostémonos. Ha sido un día muy largo para ambos.

Jacob se dirigió hacia el arcón que se encontraba en una esquina al lado de la ventana y dejó sobre él las prendas que llevaba puestas. El pulso de Alexia se aceleró al verle desnudarse y por pensar en lo que vendría a continuación cuando se acostaran en la cama.

—Alexia, no uso ropa de dormir, espero no sea un inconveniente para ti.

—No. —murmuró ella. El nudo que tenía en su estómago cada vez era mayor y le afectaba también a sus cuerdas vocales. Volvió a recrear en su mente la imagen de su cuerpo desnudo y su respiración y su

pulso se dispararon.

Escuchó el sonido de la cama cuando él se sentó en ella.

— ¿Prefieres pasar la noche en ese sillón? Vamos ven aquí, debes estar agotada.

Alexia se levantó inmediatamente de donde se encontraba y se quedó a los pies de la cama, delante de él. Llevó sus dedos al lazo de seda que cerraba su bata y deshizo el nudo, dejando caer la prenda al suelo. Se aproximó a la parte izquierda de la cama para acostarse y comprobó que Jacob, no apartaba sus ojos de ella, poniéndola aún más nerviosa todavía. Cuando comenzó a deshacer los pequeños lazos que aseguraban la parte frontal de encaje de su camisón, Jacob no la dejó continuar. Se acercó a ella y volvió a anudar las cintas.

—Ya disfrutamos de nuestra noche de bodas. Puede que nos veamos obligados a compartir esta noche el dormitorio, pero lo único que haremos será dormir.

Avergonzada, bajó la cabeza y su largo cabello rubio cayó hacia adelante cubriendo su rostro. No se molestó en apartárselo. Así él no podría ver cuánto le habían afectado sus palabras.

Apartó las mantas y la sábana y se acostó de lado. Dándole la espalda.

—Buenas noches, Jacob.

—Buenas noches, Alexia.

Pese al cansancio que sentía, ella fue incapaz de dormirse. Por mucho que le había repetido que no existiría nada entre ellos, ella se negaba a creerlo. Pero ahí tenía la prueba de cómo sería la relación con su esposo.

No pudo evitar que las lágrimas se escaparan de sus ojos y se obligó a guardar silencio para que el no supiera que estaba llorando.

Jacob intentaba dormir para olvidarse de la sensación de tenerla tumbada tan cerca de él. Se levantó para soltar los cortinajes de su sujeción al dosel, evitando así que la claridad de la chimenea, fuera un impedimento para conciliar el sueño. Volvió a meterse en la cama pero continuó sin poder dormir. La culpable era aquella muchacha que se encontraba tumbada a su lado.

Cerró los ojos con la esperanza de que el sueño le venciera, pero la respiración entrecortada de Alexia le puso en alerta de nuevo. Puso más atención, a los sonidos provenientes de ella y la realidad de lo que estaba ocurriendo le afectó más de lo esperado. Estaba llorando.

No quería volver a tener nada con su esposa. Solo quería que lo dejaran en paz con sus recuerdos. La de veces que imaginó, cuando estaba con Edith, como sería su noche de bodas con ella. Por fin, ella se entregaría en cuerpo y alma a él y la enseñaría lo que era el placer entre un hombre y una mujer.

En cambio, la realidad se alejaba, y bastante, de lo que él hubiera deseado, Su esposa, no era la mujer a la que amaba y se encontraba llorando tumbada a su lado. Por mucho que quiso ignorarlo, no pudo.

—Ven aquí. —dijo Jacob a la vez que se acercaba para abrazarla, pegando su pecho contra la espalda de ella.

—Déjame en paz, por favor. —alexia comenzó a forcejear para que la soltara, pero no tuvo la más mínima oportunidad. Lo único que consiguió fue que la sujetara aun con más fuerza contra él.

Cuan dejó de forcejear con él para librarse de su abrazo, la obligó a darse la vuelta y apoyó la cabeza de ella contra su pecho. Lo único que consiguió con eso, fue que ella llorase aún más fuerte que antes humedeciendo su pecho con sus lágrimas. Con la mano que tenía libre, la acarició la cabeza como si fuera una niña, intentando así consolarla.

—No voy a poder soportar esto. Créeme Jacob, lo estoy intentando. Pero saber que jamás vas a querer tocarme y que no significo nada para ti, me duele. Dame más tiempo para asumirlo, por favor. Lo último que quiero es molestarte.

—Shhhh, Tranquila, no me molestas. He sido demasiado brusco con mis palabras y soy yo el que te ha disgustado. Debería haber tenido un poco más de tacto en lo que te he dicho.

—Jacob, yo pensaba... me dijiste que no volverías a tocarme y no pensé que eso también incluía el no

pasar... juntos nuestra noche de bodas. —Alexia levantó la cabeza de su pecho y le miró con sus enrojecidos ojos—. No debes pedirme perdón. Desde el principio, has dejado claras tus intenciones de mantenerte apartado de mí. La culpa es mía por haber pensado que, aunque fuera por una única noche, nuestra relación podría ser diferente.

Intentó volver a darse la vuelta para tumbarse en su lado de la cama. Sin embargo, Jacob no se lo permitió. Fue él quien se movió y se quedó a la misma altura de ella para besarla en los labios. Volver a sentir los labios de él sobre los suyos era lo último que se hubiese esperado después de lo que la había dicho y, aunque era lo último que deseaba hacer en ese momento, se separó de él.

—Tienes razón, Alexia. Si puedes aceptar que no va existir nada entre nosotros en el futuro, yo también puedo aceptar que pasemos esta noche juntos. —En realidad, aquello era tan solo una excusa, que se había obligado a mantener para comprender el deseo que sentía por ella.

—No quiero limosnas. No quiero que hagamos esto tan solo porque te doy pena y no quiero que finjas que te apetece estar conmigo cuando sé que no es así.

—¿Fingir? ¿Crees que estoy fingiendo? —Cogió la mano de Alexia y se la llevo a su miembro que estaba completamente erecto y duro.

Alexia se sobresaltó al sentir esa parte tan íntima de él en su mano, sin embargo la pudo la curiosidad. Noto lo suave que era su piel en su duro miembro y el calor que desprendía. Cerró la mano alrededor de él queriendo abarcarlo por completo, aunque le fue imposible. Le apretó ligeramente con temor a hacerle daño y él soltó un gemido.

—¿Te he hecho daño? —Asustada, retiró rápidamente la mano.

—No, no era precisamente daño lo que me estabas haciendo. —La dedicó una amplia y burlona sonrisa.

En realidad, lo que sintió fue que se volvería loco si dejaba de tocarle como lo estaba haciendo. Aquella curiosa muchacha con su ingenuidad y falta de experiencia estaba acabando con las pocas defensas que aún le quedaban en pie para mantenerse distante con ella.

—Querida, si no te detienes ahora, nuestra noche de bodas acabará muy pronto.

—No sabía que hubiera comenzado.

Jacob llevó su mano al camisón y comenzó a deshacer los lazos de la parte frontal sin encontrar ninguna resistencia por parte de ella. Cuando terminó con el último de ellos, introdujo su mano por el escote del camisón y comenzó a acariciarle sus senos.

—¿Y ahora? ¿Eres consciente de lo que hemos empezado? —Bajó su cabeza y apartando más la tela de su camisón, introdujo uno de sus pezones en la boca. Lo succionó y mordisqueó con suavidad haciendo que se pusiera cada vez más duro.

Alexia respondió afirmativamente con su cabeza, más para sí misma que en respuesta a la pregunta que le había hecho. Inhaló aire rápidamente, acercando así, aún más sus pechos a la cara de Jacob. Quería abrazarle y sentir su contacto por todo su cuerpo. Sin embargo se contuvo por miedo a que él se echase para atrás y dejara de besarla y acariciarla como lo hacía en ese instante.

Jacob supo que había perdido la batalla en el momento en que posó la boca sobre su rosado pezón. Verla llorar le había desarmado, pero verla excitada le hizo sucumbir al deseo. No hacia ni una semana que la conocía y aquella dulce y alocada muchacha, no solo se había convertido en su esposa, sino que había desbaratado toda su existencia y sus convicciones.

Se encontraba, otra vez, a punto de hacer el amor y, a pesar de sus reticencias, estaba impaciente por volver a estar dentro de ella. La fuerza de voluntad, o testarudez, como lo llamaban sus amistades, había desaparecido.

Volvió a besarla en aquellos sensuales labios e, inmediatamente, ella entreabrió su boca para que pudiera profundizar su beso. Sacó su mano de dentro del camisón y la deslizó por su costado. Después, siguió avanzando hasta su cadera y comenzó a tirar de su camisón hacia arriba para acariciar su piel desnuda.

Desplazó su mano hasta su firme trasero, que acarició y apretó en sus manos. Aunque era mujer bastante delgada, sus deliciosas curvas le tenían fascinado. La estrechó aún más a su cuerpo y su erección se quedó atrapada entre ambos. Movi6 sus caderas para encontrar algo de alivio en su miembro al apretarse contra su cuerpo.

Sin poder esperar un solo segundo más, se sentó en la cama y la quitó el camis6n, sacandoselo por la cabeza. Ahora la tenía a su lado, tan desnuda como él y no vio ni una sombra de vergüenza en los ojos de Alexia, mientras recorría su cuerpo con la mirada y sus manos. La separó ligeramente las piernas y comprobó lo húmeda que estaba por él.

Alexia tampoco podía esperar mucho más para tenerle dentro de ella. Extendió su mano y le acarició el torso descendiendo su mano cada vez un poco más. La respuesta a su invitación no tardó en llegar y Jacob se tumbó a su lado.

Se abrazaron y besaron durante largo tiempo; sin hablar, por temor a estropear aquel maravilloso momento que estaban compartiendo.

La necesidad y el deseo de Alexia crecía por momentos. Estaba tan excitada que necesitaba que la tocara íntimamente o tenerle dentro de ella. Le recorrió el cuerpo con sus manos, titubeando, al principio, al rozar con sus dedos el duro pene de Jacob. Como si aquello no estuviera bien hacerlo o por si le molestaba que mostrara tan audaz. Pero no se encontró con ningún impedimento por parte de él y la dejó que le explorara como la apeteciera y con total libertad.

Los besos cada vez se volvieron más voraces y urgentes y se tumbó de espaldas, colocándola encima de él. La timidez de Alexia resurgió al encontrarse en aquella postura. Sus pechos, se pegaban al musculoso t6rax, mientras sus piernas quedaban a ambos lados de las caderas de Jacob y sentía como su pene se apretaba contra ella con cada movimiento que hacía.

Dejó de besarla y la miró a los ojos. Alexia no sabía qué hacer en esa postura, pero no hizo falta. Jacob, abrió más sus piernas, haciendo que las de ella también se separaran aún más y gimió ante la sensación de sentirse tan expuesta.

—Me encantaría probar esta postura contigo, Lexi. Sin embargo, aun eres demasiado inexperta.

—Y a mí me gustaría complacerte en todo. Aprendo rápido. ¿Qué tengo que hacer?

Jacob se movió contra ella rozando con su pene la entrada de ella.

— ¿Qué crees que debes hacer? Muéstrame lo buena alumna que eres—. Bromeó

No hizo falta que se esforzara en comprender qué era lo que Jacob la estaba pidiendo que hiciera. Movi6 su cuerpo para presionar más fuerte su vagina contra el pene de Jacob y la segunda vez que lo hizo, tuvo todo su miembro dentro de ella.

Le notaba tan grande en su interior y tan profundo que no se atrevía a moverse. Fue Jacob quien empezó a guiarla moviendo sus caderas, enseñándola como debía hacerlo y no tardó en encontrar el ritmo apropiado para satisfacer el deseo de ambos.

Jacob estaba disfrutando mucho por tenerla en aquella posición. Sin embargo no pretendía cederla el control hasta el final. Su intención era que ella conociera otro aspecto de las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer y que participara de manera activa en el sexo.

Puso las manos sobre sus hombros y la obligó a incorporarse hasta que se quedó sentada encima de él. Lo sentía tan adentro que parecía que llenaba todo su interior. Lo que había sentido la primera vez con él, era muy distinto a lo que estaba experimentando en ese momento. Subió sus caderas y cuando las dejó caer de nuevo, ambos gimieron.

Desconcertada por la infinidad de sensaciones que se estaban acumulando dentro de ella, le miró a los ojos para cerciorarse de que también estaba disfrutando de aquella experiencia. La mirada que recibió a cambio, disipó todas sus dudas, la deseaba. En ese instante no pensaba en ninguna otra mujer, viva o muerta, tan solo existía ella.

Los ojos de Jacob recorrieron todo su cuerpo, al igual que sus manos. Cuando alcanzó sus pechos, dejó

las manos allí para acariciarlos y pellizcar ligeramente sus pezones.

Necesitaba, con urgencia, sentirle más profundamente y, para ello movió ligeramente sus caderas, al principio con timidez, y notó que, aquella sensación que nacía entre sus piernas se intensificaba.

Ella estaba al borde del orgasmo y él lo sabía. Descendió su mano hacia su clítoris, que comenzó a acariciar, apretar, y trazar pequeños círculos a su alrededor que la dejaron aún más ansiosa por conseguir la liberación.

Tenerla así, encima de él era más que tentador, pero no aguantaría mucho más tiempo sin llegar al orgasmo. Tiró de ella hasta volver a acostarla encima de él y, sin salirse de su interior se dio la vuelta invirtiendo las posiciones. Ahora era él quien estaba encima de ella.

Comenzó a moverse más deprisa, más fuerte. Con la urgencia que ambos sentían por alcanzar el éxtasis de aquella unión. Ella gimió apretándose fuertemente contra él cuando el orgasmo que sintió la atravesó todo su cuerpo en el mismo instante en que él también lo alcanzaba.

## CAPITULO 8

Alexia había salido a pasear por la arboleda cercana al castillo, donde había descubierto un tranquilo e íntimo claro al lado de un riachuelo que atravesaba por aquella zona de las tierras de la propiedad de Jacob. Se paró a descansar y disfrutar de la soledad que no había tenido desde el momento en que contrajo matrimonio.

Habían pasado diez días desde la boda y, aunque todos los invitados se habían marchado, sus padres habían permanecido junto a ella la semana siguiente al enlace. Pese a todas las veces que le había prometido a Jacob que no escaparía, seguía convencido de que lo haría en cuanto tuviese la más mínima oportunidad, por lo que no la dejaba sola en ningún momento. Si no era él quien la vigilaba, era alguna persona del servicio que siempre aparecía como si la estuviesen acechando.

Se sentó en el suelo, con la espalda recostada sobre el tronco de un árbol, pensando en cuan ciertas habían sido las palabras con las que Jacob había sellado su relación. No había vuelto a tocarla ni a dormir con ella desde la noche de bodas y aquello hacía que sintiese una dolorosa presión en el pecho cada vez que lo pensaba.

Al pensar en él recreó en su mente las imágenes de la noche de bodas y lo que ambos habían compartido y disfrutado. Seguramente el, como hombre, habría hecho lo mismo con numerosas mujeres sin darle la más mínima importancia, pero, ella se había entregado en cuerpo y alma a su esposo.

No estaba muy segura de que pensar con respecto a Jacob. No hacía más que repetir que no quería saber nada ella y que no volverían a tener relaciones como marido y mujer. En cambio, sus acciones contradecían sus palabras, tal y como había sucedido en su noche de bodas, cuando se despertó excitada, casi rozando la madrugada.

Había estado acariciándola mientras dormía y su cuerpo despertó incluso antes que su cerebro. Volvieron a hacer el amor, mientras la habitación se bañaba paulatinamente con las primeras luces del amanecer.

Echaba de menos tenerle en la intimidad de su dormitorio. Esperaba que en cualquier momento, cambiara de idea y volviera su atención hacia ella. Sin embargo, pasaban los días y esa invitación no llegaba. Tenía que hacerse a la idea de que era posible que volviesen a estar unidos íntimamente.

Escuchó unos pasos a sus espaldas y salió de sus pensamientos. Como si su mente lo hubiese invocado, Jacob apareció detrás de ella.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — Por el tono de voz que empleó, se le notaba ligeramente enfadado.

— Disfruto de la soledad. De vez en cuando, todo necesitamos un momento de paz para estar a solas con nosotros mismos ¿Tu no?

— Sabes que no está bien que salgas de la casa sin compañía. Cuando regrese, hablaré con Julie.

— Jacob, ¡Por favor! No es mi niñera y también ella necesita un descanso. Ahora no la necesitaba y además dentro de tus propiedades, nadie osaría hacerme daño.

— No, no es tu niñera. Es tu sirvienta, tu dama de compañía y no debería haberte dejado sola aunque se lo pidieras.

— ¿Por qué eres tan duro con ella? ¡Es solo una niña! ¿Qué edad tiene, doce o trece años? Ha hecho lo que la ordene y no puedes castigarla por haber obedecido mis órdenes. Tan solo quería disfrutar de un momento tranquilidad y soledad. Así que, si quieres enfadarte con alguien, hazlo conmigo. No necesito que me espíes a cada momento tal y como lo llevas haciendo desde que nos casamos. Además, no creo que me fueras a echar de menos si me marchara de aquí.

Jacob prefirió hacer caso omiso a ese último comentario y hablar acerca de lo que rondaba por su cabeza. Alexia debería conocer la verdad sobre Julie y no sabía cómo decírselo. Ni siquiera se había

atrevido a contárselo a Edith por temor a escandalizarla.

— ¡No voy a castigarla! Siempre piensas lo peor de mí. Por cierto, precisamente de ella quería hablarte. ¿Cómo está desempeñando sus labores la muchacha? Si tienes alguna queja sobre ella, puedes elegir a cualquier otra mujer del servicio.

— ¿Julie? Es encantadora. Muy callada y reservada pero su carácter es muy dulce. ¿Hay algún problema con ella? Porque presiento, que hay algo de ella que no me estas contando

—Alexia. Mi madre estuvo enferma, en cama, durante muchos meses hasta que finalmente murió. Mi padre la quería pero en el transcurso de su larga enfermedad, el... no sé cómo decirte esto... Digamos que, no siempre durmió solo.

—Y de esa relación nació ella ¿Es lo que me estas tratando de decir?

—Sí. Ella es mi medio hermana.

—En el nombre de Dios, Jacob. ¿Y la tienes a tu servicio? ¿Cómo has podido hacer eso?

— ¡Yo no lo hice, Alexia! Fue decisión de mi padre. No quiso que nadie se enterara de que había engendrado un bebe con una sirvienta. Lo más sencillo hubiera sido echarlas a las dos de aquí. Pero no iba a permitir que ellas pasaran hambre y quiso que se quedaran en el castillo con la condición de que ella jamás revelase quien era el padre de la criatura. La paternidad de la niña no pudo mantenerse en secreto por mucho tiempo, ya que, cuando nació, era innegable el parecido que tenía con mi familia. Tan solo se mantuvo en secreto ante mi madre, por miedo a que conocer la verdad hubiese agravado su estado de salud, y ante todos los que no perteneciesen a la familia y al servicio.

—Te equivocas en una cosa. No eres culpable de lo que hizo tu padre, pero si de lo que hiciste después de que él muriera. Podrías haberla reconocido como tu hermana y mejorar la vida de esa muchacha, pero no lo hiciste.

—Lo intenté. Hablé con ella y con su madre cuando mi padre falleció. Le di la posibilidad de enviarla a servir a la corte del rey, pero lo rechazó.

—Jacob, en el corto espacio de tiempo que te conozco, te he considerado un hombre inteligente, no hagas que cambie de idea. Es demasiado joven. ¿Pensabas que una madre iba a separarse de ella? ¿O pensabas que una niña te iba a decir que le apetecía dejar atrás su hogar y a su madre para irse a servir a la corte rodeada de desconocidos? Yo me haré cargo de su educación porque no veo que tu estés interesado en hacerlo. Su nacimiento no la permitirá encontrar marido entre la alta nobleza, pero te aseguro que puede conseguir un futuro mejor del que puede tener como sirvienta.

—Alexia, no quiero que te sientas obligada a hacer esto. No fue esa mi intención al hablarte de ella. Hasta ahora, su existencia se ha mantenido en secreto.

—Es mi cuñada, Jacob. Tu hermana. Por lo que parece, la has estado ignorando en todo este tiempo, pero yo no lo voy a hacer. Te guste o no. —Alexia, se levantó del suelo y caminó en dirección al castillo.

— ¡Alexia! Aún no hemos terminado. Siempre me dejas con la palabra en la boca. ¿Quieres decirme a dónde vas?

—Quizás es porque no estoy interesada en lo que tienes que decirme. Voy a hablar con Julie y tú no me lo vas a impedir.

Jacob no pensaba detenerla. Sonrió ante el temperamento de su esposa. Pensaba que él se disgustaría por aquella decisión. Sin embargo, se alegraba de que se hiciese cargo de la educación de la niña. Echó a andar detrás de ella y la alcanzó en la entrada del castillo.

—Por cierto, Alexia. Quería decirte que esta noche cenarás sola. No me esperes.

— ¿Ocurre algo?

Jacob se alejó de ella sin darle ninguna explicación.

Alexia pasó el resto de la tarde hablando con Julie sobre lo que tenía pensado enseñarle y la joven se mostró encantada ante el cambio radical que iba a experimentar su vida. Todo se lo debía a la esposa de su hermanastro que estaba dando la vuelta, en muy poco tiempo al ambiente gris y entristecido que había

envuelto a aquel castillo que en otra época había estado plagado de risas y felicidad.

Al llegar la hora de la cena, Alexia se sentó, sola, a la mesa del amplio salón. Tal y como había dicho Jacob, no se había presentado, ni le había vuelto a ver desde la conversación que habían mantenido en el bosque.

—Edna —Dijo, a la vez que hacia una seña con su mano para que se acercase—. ¿Sabes a donde ha ido mi esposo?

La mujer se aproximó a la mesa triste y cabizbaja

—Mi señora. Lord Sherwin se encuentra en casa.

— ¿Y sabes por qué no ha acudido a cenar?

Si su esposo no le había comentado nada, no estaba segura de ser ella quien revelara lo que le ocurría ese día a su señor.

—Os ruego disculpéis mi atrevimiento, pero, deberíais hablar con vuestro esposo y que sea él quien os lo cuente.

—Edna, si sabes lo que está ocurriendo, te pido, por favor, que me expliques, por qué no está aquí ahora cenando a mi lado y porqué deambuláis hoy todos con esa actitud tan abatida y triste.

—Mi señora, yo... hoy...

—Habla Edna. —Apremió Alexia.

—Hoy sería el cumpleaños de Lady Edith Mayne, que Dios la tenga en su Gloria. Aquí todos la seguimos recordando con gran cariño y respeto. Debéis saber, mi señora, que Lord Sherwin, en esta fecha y en la del día de su fallecimiento, se recluye en su estudio para emborracharse hasta que pierde el sentido. No es capaz de asumir su muerte. Yo tenía la esperanza de que con vuestro matrimonio, por fin abandonarías esta insana costumbre que adquirió después de perderla. Pero lamento, de veras, comprobar que no ha sido así.

Tras escuchar la historia que acababa de contarle, cerró los ojos e inspiró despacio y profundamente. Jamás se podría haber imaginado que la pena y desesperación de su marido llegase a tales extremos.

—Edna ¿Sabes dónde se encuentra en estos momentos mi esposo?

—Sí, mi señora. Lleva toda la tarde recluido en su estudio, como es la costumbre.

Se levantó inmediatamente de su asiento para dirigirse hacia donde se encontraba. Edna fue detrás de ella, corriendo y se puso delante cerrándole el paso.

—Por favor Lady Alexia, no lo hagáis. No quiere ver a nadie, ni ser molestado.

—Apártate Edna. No puedo quedarme de brazos cruzados, mientras veo como mi esposo se destruye a sí mismo. ¿Cuánto tiempo ha pasado, Edna? ¿Tres años? —La mujer mayor asintió con la cabeza. — Me parece un tiempo más que suficiente para que asuma que ella se encuentra en los brazos de Nuestro Señor y no en los suyos.

Edna se quedó boquiabierta ante el comentario de Alexia. Sin embargo, admitió que tenía razón. Deseó que el carácter fuerte y arrollador de aquella muchacha fuese capaz de sacar a su señor, al que conocía desde que nació, de aquel estado de constante tristeza.

Ni siquiera llamó a la puerta. Entró en el estudio y cerró bruscamente la puerta a sus espaldas.

Jacob se volvió en el sillón en el que estaba sentado frente a la chimenea para ver quien había entrado sin siquiera llamar a la puerta ni pedir permiso.

—Debí imaginarme que eras tú, Alexia. Nadie más hubiera osado entrar aquí hoy. Supongo que ya te habrán contado qué fecha es hoy ¿Me equivoco? Márchate.

—No Jake, no pienso marcharme. ¿Por qué no me lo contaste? —Alexia se colocó al lado del sillón de madera de respaldo alto donde se encontraba Jacob y le puso una mano sobre su hombro.

Él se apartó rápidamente rechazando su caricia, como si su contacto le quemase o, lo que era peor, como si lo considerase algo repulsivo.

—No tengo que darte explicaciones de nada. Te lo repito una vez más, Márchate.

—No puedes seguir viviendo en el pasado. Debes asumir que ella ya no está y continuar con tu vida. Aunque te parezca duro, debes asumirlo.

Se levantó del sillón y despacio la recorrió con una mirada cargada de odio.

—No es de tu incumbencia como me encuentre. ¿Por qué crees que debo asumir su muerte? Porque piensas que, así, tendrás alguna oportunidad de que sienta algo por ti ¿No es así? Te aseguro que estás muy equivocada. Creo que ya te lo dejé bastante claro una vez, jamás volveré a sentir algo por una mujer. Aunque... espera, creo que debería ser más conciso en esa afirmación. Jamás amaré a otra mujer porque por ti, si siento algo.

La agarró fuertemente por el brazo y ella hizo una mueca de dolor.

— Te odio, Alexia. Eso es exactamente lo que siento por ti. Odio que te hayas colado en mi vida y me hayas hecho desearte como lo hago. Odio que me hayas hecho romper todas las promesas que me hice de mantenerme fiel a ella en cuerpo y alma.

—Basta, por favor Jacob, me estás haciendo daño. —Dijo entre lágrimas—. Estás borracho.

Jacob no soltó ni suavizó su agarre sobre ella y la arrastró hasta la puerta.

— ¿Te parezco borracho? ¡Ojalá lo estuviese! Así podría olvidar los dos peores días de mi vida. El día en que vi como moría Edith y el día en que te conocí. —Tirando violentamente del brazo de ella, abrió la puerta y, de forma violenta, la sacó fuera del estudio. La soltó tan fuerte y tan rápido que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Cerró de un portazo la puerta, sin molestarse siquiera en comprobar si la había hecho algún daño.

Se quedó allí, sentada en el suelo, con la mirada perdida clavada en la puerta y las lágrimas, que tanto se había esforzado en contener, y que se agolpaban en sus ojos, pronto, comenzaron a deslizarse por su cara.

Qué estúpida había sido. Estaba convencida de que la escucharía y que, al menos, quizá conseguiría que la prometiese que empezaría a cambiar. Le seguía doliendo el brazo por el fuerte apretón, pero lo que más la dolía eran las palabras que la había dicho.

Se dio cuenta que, en realidad, aquel sufrimiento provenía de reconocer que ella sí estaba empezando a sentir algo por él. Se estaba enamorando del hombre que le acababa de decir que la odiaba.

Edna se acercó por detrás. La abrazó y meció mientras seguía allí sentada en el suelo llorando. Cuando estuvo algo más calmada, la mujer la ayudó a levantarse y la condujo escaleras arriba, hacia su habitación, para ayudarla a desvestirse y acostarse.

Al día siguiente, Alexia no salió de su habitación en todo el día. Se levantó de la cama, pasado el mediodía, y ni tan siquiera bajó a comer. Había pasado gran parte de la noche despierta, dándole vueltas en su cabeza, sin descanso, al desafortunado encuentro que había tenido con Jacob.

A pesar de la brutalidad con que la había tratado, no la había hecho daño físicamente. Pero algo en su interior, si había resultado herido. Su única intención había sido ayudarle a salir de aquella pena autoimpuesta que debía haber finalizado tiempo atrás. Sin embargo, el no aceptaba la ayuda de nadie y menos la de ella.

Eso era lo que más la había dolido. Ver como la despreciaba y oírle decir que la odiaba. Alexia desistió en su empeño de ayudarle y decidió que a partir de ese momento, se mantendría al margen de la vida de su esposo todo lo que le fuera posible.

Su estado de ánimo, en vez de mejorar según pasaban las horas, fue empeorando. Se sentía abatida y no podía sacar de su cabeza a Jacob. Volvió a llorar una vez más y se quedó dormida debido al agotamiento mental que estaba sufriendo.

En el transcurso de la noche, Alexia comenzó a soñar con Jacob. Estaban juntos en el claro del bosque junto al riachuelo que a ella tanto le gustaba. Jacob estaba sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol mientras ella estaba sentada entre sus piernas, recostada sobre su pecho, mientras la mantenía abrazada y pedía que le perdonase. Se sentía feliz en el sueño, rodeada por aquel varonil y atractivo

cuerpo masculino que había llegado a conocer tan bien.

Si por ella fuera, no despertaría nunca de aquel sueño, porque, jamás volviera a sentir aquellas caricias y muestras de afecto que tanto anhelaba. Aún dormida, quiso darse la vuelta en la cama pero le fue imposible porque algo se lo impedía.

Algo no, alguien. Alarmada, despertó bruscamente para encontrarse cara a cara con el hombre con el que estaba soñando.

— ¿Qué estás haciendo aquí? Sal inmediatamente de mi cama.

—Quería saber cómo estabas. Sé que hoy no has salido de este dormitorio y yo...

—Has tenido todo el día para venir a verme tal y como has hecho ahora. Ya ves que me encuentro bien.

Ahora márchate.

— ¿Es que nunca vas a dejar que hable sin interrumpirme?

—Ya dijiste suficiente anoche. No quiero escuchar ni una palabra más que pueda salir de tus labios.

—Quería pedirte disculpas por mi comportamiento. Estuvo del todo fuera de lugar.

¿Ahora venía a disculparse? ¿Después de todos los reproches que le había echado en cara y de decirle que la odiaba?

—Eso deberías haberlo pensado antes de actuar como una bestia sin escrúpulos. Está bien, si eso va a hacer que me dejes tranquila, te perdono. Ahora vete y déjame dormir.

La mirada que le dirigió, estaba cargada de ira aunque su tono de voz no lo reflejara. Estaba muy dolida y el arrepentimiento que Jacob demostraba, tanto con sus gestos, como con sus palabras, no la iba a ablandar.

—Tus palabras no son sinceras. Por favor, déjame que me explique y después me marcharé. Tan solo será un momento.

—Está bien. Dime todo lo que tengas que decir si con eso consigo que te marches.

Aliviado porque ella le diese una oportunidad de explicarse, soltó de golpe el aire que había estado reteniendo.

—Me he comportado contigo como un completo imbécil. Sé que no merezco tu perdón después de lo que te hice anoche y que estás muy dolida conmigo por eso.

— ¡Dolida! No, no es dolor lo que siento. Es resignación por ver cómo te hundes cada vez más en tu propia miseria y como nos arrastras a los demás contigo. Tan solo quise ayudarte. Que vieses más allá del infierno en el que te encuentras. Puedes quedarte tranquilo, porque no volveré a intentarlo. Desisto de ti y de querer llevar algo de felicidad a tu vida.

Jacob la atrajo hacia su cuerpo, aunque ella trató de resistirse. La abrazó y la besó en la cabeza.

—Alexia, te prometo que no volverá a suceder lo de anoche. ¿Serías capaz de seguir viviendo con normalidad después de ser testigo de la muerte de la persona que amas? Yo no puedo hacerlo. Cada vez que cierro los ojos, la veo a ella galopando velozmente delante de mí. Veo como se adentra cada vez más en el bosque y como una rama baja de un árbol la golpea y la derriba de su montura. Cuando me acerqué a ella, apenas estaba consciente y no se podía mover. Tenía una gran herida en la cabeza y pronto se formó un charco de sangre bajo ella. Si yo no hubiese seguido su juego, ahora estaría viva.

En el momento que comenzó con su confesión, ella no pudo detener las lágrimas, Tan solo lo abrazó y se imaginó la misma escena, con la diferencia de que era Jacob quien iba delante de ella y quien sufría el mismo accidente. Se preguntó si seguiría siendo la misma de siempre en el caso de que la ocurriese algo parecido o, por el contrario se comportaría igual que hacia él.

—Lo siento. Debió ser muy duro para ti ser testigo de su accidente. Siempre es difícil asumir la muerte de un ser querido y comprendo que te afectara tanto la pérdida de la mujer a la que amabas, amas, profundamente. Pero no puedes desquitarte conmigo por algo en lo que yo no tuve nada que ver.

—Tienes mi palabra de que jamás me volveré a comportar tal y como lo hice anoche. —La tomó suavemente por la mandíbula y acercó su boca a la de ella para besarla.

Alexia, aceptó aquel beso, expresando, así el perdón que la estaba suplicando. Por mucho que en ocasiones lo deseara, jamás podría odiar a aquel hombre que se había metido en su corazón sin darse cuenta.

Aquel dulce beso de reconciliación por momentos se fue volviendo cada vez más intenso. Ambos estaban sufriendo, cada uno a su manera, pero en aquel preciso momento se necesitaban. Junto con aquel interminable beso, vinieron las caricias y Jacob volvió a sentir aquel deseo por ella que tanto decía odiar.

La primera intención que tuvo ella fue detenerle. Apenas era capaz de ordenar sus ideas mientras la besaba. Sin embargo, de forma egoísta pensó que si la noche anterior, Jacob había pertenecido a Edith, esa noche sería solo para ella.

## CAPITULO 9

Habían pasado algo más de dos meses desde aquella noche en que Jacob había pedido su perdón. A partir de ese momento asentaron las bases de su relación comportándose como unos completos desconocidos. Tan solo coincidían a la hora de las comidas en el salón, donde mantenían conversaciones educadas.

No compartían nada más en común, excepto alguna que otra noche en la que ella se despertaba al ser acariciada. No tenían nada que decirse, tan solo se dejaban llevar por el deseo que controlaba sus instintos y sus cuerpos. Al llegar la mañana, Alexia se despertaba sola en la mayoría de las ocasiones, llegando a pensar que, quizás tan solo hubiese sido un sueño.

Aquella mañana, acababa de terminar su baño cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, se quedó extrañada por encontrarse con Jacob.

— ¿Sucede algo, Jacob?

— ¿Puedo pasar? —Alexia se hizo a un lado, permitiéndole el paso a su dormitorio. Una vez dentro, cerró la puerta y esperó impaciente a que él se decidiera a hablar.

—He venido a traerte esto. Felicidades Alexia. —Le ofreció una bonita caja de madera tallada, que había estado escondiendo a su espalda desde que entró.

—Gracias. No creía que supieras cuando es mi cumpleaños.

—Me lo dijo Edna. Además, no ha sido difícil enterarme cuando todos en la casa hablan de ello. Comida especial, decoración especial, flores... ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se encogió de hombros, restándole importancia a aquel asunto

—No creí que fuese algo importante para ti conocer la fecha de mi cumpleaños. —A él solo le interesaba el cumpleaños de otra mujer, y no tenía la más mínima intención de recordárselo.

Jacob apretó visiblemente la mandíbula y no quiso responder nada al respecto por su mordaz comentario.

—Por favor, acéptalo.

Alexia cogió la caja que le ofrecía y al abrirla se quedó maravillada al contemplar aquel collar de zafiros azules con los pendientes a juego. Jamás había tenido unas joyas tan bonitas como aquellas. Aunque lo que le hubiera hecho realmente feliz sería que él la amase.

—Es precioso, gracias. Me lo pondré para cenar. Ahora, si me disculpas me gustaría terminar de arreglarme.

—No es necesario que te lo pongas si no te ha gustado. No conozco cuáles son tus gustos pero si deseas algo en especial, dímelo. En el tiempo que llevamos juntos, nunca me has pedido nada.

—El collar es precioso y te doy de nuevo las gracias. Me lo pondré para la cena, porque me apetece llevarlo, no porque me vea obligada a ello por habérmelo regalado tú. Por cierto Jacob, lo que más desearía tener como regalo de cumpleaños no me lo puedes dar.

—Dime lo que es y, quizás, pueda conseguirlo.

—No. Te aseguro que lo que realmente deseo, no querrías dármelo.

— ¿Es algo tan imposible? Vamos, pruébame.

Ella dudó en expresar en voz alta su mayor deseo. Pasar una noche con él como la primera vez que estuvieron juntos.

—Tú serías mi regalo de cumpleaños perfecto. Tenerte a mi lado, como si te importara, al menos durante la noche de mi cumpleaños. No como cuando vienes a mi cama en mitad de la noche tan solo para aliviar tu deseo.

Jacob, apretó fuertemente su mandíbula, contrariado por no haber tenido la más mínima sospecha de

que ella se sentía incomoda por ese motivo.

— ¿Te molesta que lo haya hecho?

—No. Nunca te negaré que vengas a mi cama cuando te plazca. Ahora, olvida lo que te he dicho. Ya te dije que no podrías dármelo.

—Te dejaré a solas para que termines de prepararte para la cena. Nos encontraremos abajo.

Salió de la habitación y la dejó a solas. La dolió que ni siquiera hubiese intentado contradecirla. Quizá había sido mejor así, ya que sus palabras podrían haberla herido más que su silencio.

Alexia se encontraba delante del espejo cepillando su largo melena antes de irse a dormir. Jacob había sido muy atento con ella durante la cena, algo nada habitual en él. Haciendo comentarios sobre lo hermosa que estaba esa noche y entablando una conversación alegre y entretenida. Por lo menos se había esforzado en mostrarse amable y, aquellas pequeñas muestras de cariño, para Alexia era más que suficientes.

Llamaron a la puerta y contestó alegremente, pensando que sería Julie

—Adelante.

Vio reflejado en el espejo que quien entraba en su dormitorio era Jacob. Sin darse la vuelta, contempló como se acercó hasta ella y se quedó a su espalda.

—Ven conmigo—. La tomó delicadamente del brazo invitándola a levantarse de su silla.

Ella lo miró extrañada por su inusual comportamiento.

— ¿A dónde vamos? Es tarde.

Jacob la acercó a su cuerpo. Pasó un brazo alrededor de su cintura y su otra mano en la nuca, acercándola, así, a su boca. La besó, despacio, con suavidad y ternura y volvió a estremecerse, como siempre la ocurría cuando la acariciaba.

—Quiero darte el regalo de cumpleaños que deseas.

Le tocó la mejilla mientras él sonreía dulcemente.

— ¿Estás seguro? Piénsalo bien, Jake. No soportaría que después cambiases de idea.

—Lo llevo pensando desde que me lo dijiste. Reconozco que no me he portado bien contigo y que ser mi esposa, no está siendo nada fácil para ti. Nunca seré el hombre que tu esperabas y aun así, aquí sigues conmigo. No puedo negarte tu único deseo y quiero hacerlo bien contigo esta vez.

Lo que acababa de decirle, la llegó a lo más profundo de su corazón. Era más de lo que había esperado. Hasta sintió que, quizás, tuviese alguna oportunidad de convertirse en alguien importante en su vida, aunque no debía hacerse ilusiones con respecto a eso. Lo besó aceptando así su proposición.

—Vamos a mi dormitorio.

Cuando salieron de la habitación, avanzaron abrazados hacia la habitación de él y nada más entrar, cerró la puerta y la besó apasionadamente. Alexia se sintió débil ante lo que la hacía sentir Jacob. Se abrazó a él, con fuerza, para sentirle todo lo cerca que pudiera.

Dejó de besarla y la llevo de la mano hasta un sillón enfrente de la chimenea, donde se sentó y la acomodó encima de sus piernas. La abrazó y siguió besándola como lo había hecho antes. Sin descanso, exigiendo que ella respondiera de igual manera a sus besos.

Desabrochó la bata de seda amarilla y la levantó de sus piernas lo suficiente para tirar la prenda al suelo. Quería tener acceso a todo su cuerpo y todos aquellos metros de suave tela se lo impedían. Bajó su mirada para poder recrearse en la suave y blanca piel, separando, a la vez, aún más la tela mientras pasaba su mano primero por un pecho y después por el otro. Sus pezones se endurecieron bajo su mano y ella comenzó a tener la respiración entrecortada.

Retiró la mano de su pecho para llevarla hacia sus piernas. Según la acariciaba desde la pantorrilla hasta el muslo, subía la tela del camisón que la cubría, dejando así sus piernas desnudas. Cuando llegó a la cadera, deslizó su mano hasta los rizos rubios entre sus piernas. Jugaba con ella, la tentaba dejando su mano posada sobre su pubis mientras sus dedos se movían cerca de su clítoris, excitándola cada vez más

pero sin llegar a darle el placer que ansiaba recibir.

Se estaba desesperando por sus caricias y necesitaba que la tocara. Así se lo indicó moviendo sus caderas para que se profundizara sus caricias. Pero no lo consiguió. Decidió torturarle haciéndole lo mismo. Bajó su mano de su nuca y acarició su torso hasta que llegó hasta su miembro que ya estaba duro por ella. Dejó su mano posada allí y comenzó a moverla, despacio, arriba y abajo, por encima de las calzas que aun llevaba puestas.

—No deberías hacer eso—. logró decir el entre siseos.

— ¿Por qué no puedo tocarte aquí? — Para enfatizar a lo que se estaba refiriendo, le acarició más fuertemente, logrando que se dejara escapar un gemido.

—Porque eres una dama y una dama no hace eso.

Ella colocó la mano que tenía libre sobre el pecho de Jacob, donde podía sentir sus fuertes latidos y su rápida respiración.

—Jake, nunca tendré tu corazón, pero esto... —apretó con más fuerza su pene para dar más énfasis a sus palabras— me pertenece y antes que noble, soy tu esposa. Aunque si no te gusta puedo parar.

Le sonrió divertida sabiendo cuál sería su respuesta. Lo veía en su cara, estaba disfrutando tanto de las caricias que le prodigaba que jamás la detendría.

Le miró provocativamente y con una sonrisa seductora. Jacob levantó la vista de la imagen de aquella delicada mano femenina acariciándole y la miró con sus ojos verdes cargados de deseo.

—Eres una bruja, Lexi. Eso es lo que eres. —Se lanzó a su boca que ella tenía entreabierta y aprovechó para introducir su lengua. El beso que siguió a continuación estaba cargado de deseo y necesidad.

Volvió a llevar su mano hacia los rizos entre sus piernas hasta que alcanzó su sexo que estaba húmedo. Comenzó a acariciarla despacio y suavemente, hasta que introdujo uno de sus dedos. Ella gimió contra su boca y cuando metió otro dedo más dentro de su cuerpo, gimió más fuerte que la vez anterior y movió sus caderas para sentirlo más dentro de ella.

—Quiero más de ti. Lexi. ¿Confías en mí?

Asintió con la cabeza, aceptando así lo que él quisiera hacer con su cuerpo. No sabía qué era lo que el necesitaba pero estaba convencida de que lo que tenía pensado hacer, sería en beneficio de ambos. La obligó a moverse cambiando la postura en la que estaba sentada sobre sus piernas y la colocó sentada sobre sus rodillas, pero de espaldas a él. Con las piernas colgando a ambos lados de las suyas.

—Recuéstate sobre mí. —Hizo lo que pidió y apoyó su espalda sobre su pecho. Sentía como su dura erección presionaba en su zona lumbar cuando adelantaba sus caderas presionándose contra ella.

Mientras, le iba subiendo la suave tela hasta que dejó al descubierto su sexo. Jacob abrió aún más sus piernas forzando así que las de ella se abriesen más también. Alexia se sintió un poco avergonzada, por estar en aquella indecorosa posición, pero la vergüenza pronto fue olvidada al sentir como volvía a acariciarla en su sexo.

Separó los resbaladizos pliegues de su cuerpo y volvió a introducir sus dedos en ella, lo que la hizo perder el control. Se abandonó completamente a sus caricias. Mientras, su otra mano, regresó a su pecho y cuando alcanzó un pezón, lo pellizcó y masajéó hasta que fue imposible que se endureciesen más. Después, procedió a hacer lo mismo con el otro.

Cuando el llevó sus labios a su cuello, la mordió suavemente y una infinidad de sensaciones recorrieron su cuerpo. Desde su sexo, el calor se expandía y se unía a la corriente eléctrica que emanaba de sus pechos y su cuello.

Comenzó a moverse contra él. Necesitaba sentirlo dentro de ella y que acabase de una vez por todas con aquella dulce tortura que la estaba enloqueciendo.

Desde que había comenzado a acariciarla, no se había atrevido a bajar la vista, por pudor, para ver lo que la hacía. Mantuvo su mirada fija en el fuego de la chimenea, hasta que reunió el valor necesario para

contemplar la lujuriosa escena de la que era partícipe y la excitación por la escena que contempló alcanzó su cota más alta. Aquellas manos fuertes y masculinas acariciaban sus zonas más sensibles e íntimas y sintió que no aguantaría más.

—Jake, por favor, no puedo más. Acaba con esto.

—Shhh, lo sé pequeña. Tranquila.

Estaba al borde del orgasmo y él lo sabía. Comenzó a deslizar sus dedos por aquel brote hinchado en que se había convertido su clítoris, hasta que ella comenzó a temblar y gemir contra él. La mantuvo abrazada hasta que, poco a poco, se fue recuperando de aquella excitante experiencia que habían compartido

— ¿Jake?

— ¿Si, Lexi? ¿Te encuentras bien?

—Si yo soy una bruja, tú eres el mismísimo diablo. Seguro que esto tampoco se le hace una dama. Ambos comenzaron a reírse, mientras la abrazaba contra su cuerpo.

—No, esto solo se le hace a una esposa apasionada, insaciable y exigente como tú.

—Jake, yo no te he exigido nada.

— ¿De verdad? Veo que no niegas lo de apasionada. Entonces...cuando me dijiste que querías pasar la noche conmigo, seguro que te referías a dormir. ¿Me equivoco?

—Me hubiera conformado con eso, pero esto es mucho mejor. Ha sido demasiado... intenso. —Alexia se removió contra él y comprobó que el aún estaba duro—. Pero, Jake tu aun no...

—No te preocupes por mí, querida, enseguida lo solucionaremos. —Cerró las piernas para que ella se pudiese levantar y se puso delante de ella.

La besó en los labios. Mientras, con sus manos, agarraba ambos lados del camisón y lo deslizaba por sus brazos hasta que cayó al suelo.

—Espérame en la cama. Enseguida me reúno contigo.

Alexia recorrió los pocos pasos que les separaban de la cama y se tumbó allí observándole mientras se desvestía. No se cansaba de admirar el fuerte y atractivo cuerpo de su esposo y sintió como su sexo volvía a pulsar entre sus piernas impaciente por volver a tenerle dentro de ella. No se podía creer que aquello la estuviese pasando de nuevo, después de lo que la acaba de hacer, pero así era..

Jacob directamente se colocó entre sus piernas. Ya habían tenido bastantes caricias antes de llegar a la cama y ver la cara de deseo con la que le miraba mientras avanzaba desnudo hacia ella, hizo que perdiese el escaso control que le quedaba. Tanteó la abertura de su sexo y comprobó que estaba más húmeda que antes. De una sola vez, se introdujo por completo dentro de ella.

Ambos gimieron sin control mientras el entraba y salía de ella de una forma rítmica. Cada vez más rápido y fuerte, mientras la levantaba las piernas y se las colocaba rodeándole las caderas para introducirse más profundo si aquello era posible.

Se apretó contra él y cuando notó como su sexo se contraía en torno a su pene, se unió a ella en aquel clímax que los dejó exhaustos.

Pasaron despiertos casi toda noche, charlando amigablemente como no lo habían hecho en todo el tiempo que se conocían. Mientras intercambiaban caricias que habían provocado que hiciesen el amor de nuevo.

Alexia nunca le había visto así de relajado con ella y si antes había sospechado que se estaba enamorando de él, esa noche se convenció así misma de que ya le amaba. Y que ese amor que sentía por él, iba a hacerla sufrir como jamás había sufrido en toda su vida.

## CAPITULO 10

Después de su cumpleaños, se estableció una especie de tregua entre ellos. Jacob se mostraba mucho más atento con ella pero, Alexia, procuraba mantenerse distante. Cuanto más se relajara en su compañía, más sufriría en el futuro.

Sin embargo, aquel avance que tanto les había costado conseguir, no duró tanto como le hubiese gustado a ella. El aniversario de la muerte de Edith, se aproximaba y Jacob volvió a ser el hombre frío y hermético que tan bien había llegado a conocer en los meses que llevaban casados.

El día amaneció frío y gris, algo usual para la estación en la que se encontraban. El otoño acababa de comenzar y se notaba en el paisaje, que Alexia contemplaba tumbada en la cama, a través de la ventana. Como la mayoría de las veces, había despertado sola y no tenía fuerzas para levantarse.

Aquel iba a ser un día largo y cargado de tristeza para los habitantes del castillo. Era el aniversario de la muerte de la mujer que, a pesar de no existir, parecía seguir siendo la señora de aquel lugar para muchos de los que allí habitaban. Pese a los meses que llevaba viviendo allí, para muchos de los sirvientes, ella todavía era una extraña.

Por suerte, contaba con el apoyo y el cariño de las dos mujeres con las que más se relacionaba. Edna, aquella robusta pelirroja que en ocasiones la hablaba más como una madre que como la mujer a cargo del servicio y Julie, a quien apreciaba ya como a una hermana. Desde que se enteró de las circunstancias de su nacimiento, había dejado de tenerla a su servicio y pasaba largas horas con ellas perfeccionando su escritura, lectura y enseñándola unos modales que le podían hacer falta en el futuro.

Los negros nubarrones que ocupaban el cielo presagiaban tormenta. Incluso el cielo parecía congraciarse con los habitantes del lugar en aquel pesaroso día.

Se levantó de la cama, sin muchas ganas y se dirigió a la bañera que habían colocado en su habitación antes de que se enfriase el agua. Una vez dentro, las lágrimas resbalaron por sus mejillas sin poderlo evitar. Estaba cansada y apenas se acababa de levantar de la cama y pensar en su marido fue lo que la hizo llorar.

Ya había aprendido bastante bien la lección en aquella ocasión que se enfrentó a él en la fecha del cumpleaños de Edith. No volvería a cometer ese mismo error, pero tampoco quería dejarle solo tal y como él se empeñaba en permanecer en aquellas malditas fechas señaladas en el calendario.

A veces, incluso sentía que era una mala persona por odiar a aquella infeliz muchacha que con su muerte había destrozado la vida del hombre que amaba. Pero siempre lo que sentía al pensar en Edith, eran celos, por el amor que era capaz de mantener su esposo por ella, a pesar de los años transcurridos.

Pasó la mayor parte del día recluida en su habitación a causa de la lluvia que caía de forma intermitente. No quiso ni bajar al salón a las comidas principales por temor a encontrársele. Seguramente el no acudiría, pero si lo hiciera no se sentía con fuerzas para tratar con él como si no ocurriese nada.

Llegó la noche y se repitió a sí misma, una y otra vez, que no bajaría para ver cómo se encontraba. Sin embargo, fue incapaz de mantenerse alejada de él y bajó a la planta inferior.

Tan solo quería verle. En su mente, se imaginaba a ella misma implorándole de rodillas que dejara de comportarse de aquella manera. Que no merecía la pena. Pero su orgullo, jamás la permitiría caer tan bajo. Con una vez había tenido más que suficiente.

Tan solo comprobaría que se encontraba bien, dentro de lo razonable y se marcharía.

Cuando bajó vio a una de las sirvientas llevando una jarra de camino a su estudio.

—Jane ¿Esto es para mi esposo?

—Sí, mi Señora. —respondió la muchacha cabizbaja.

—Dámelo, yo se lo llevaré.

Al principio la muchacha la miró dubitativa, pero al final le acabó entregando la jarra que llevaba en sus manos.

Se dirigió directamente hacia el estudio donde sabía que se encontraba y, efectivamente, como en la anterior ocasión, se hallaba sentado en la misma silla delante de una mesa baja enfrente de la chimenea, que se encontraba apagada, a pesar de que la temperatura había empezado a descender.

Jacob se sobresaltó al notar una presencia a su lado. No había llamado a la puerta y sus pasos habían sido amortiguados por la gruesa alfombra que cubría el suelo de madera.

— ¿Qué haces aquí? Sabes que...

—No es necesario que sigas, Jacob. Ya me marchó. Tan solo he venido a traerte esto. —Dejó el licor sobre la mesa y al pasar por su lado le dio un ligero apretón en el hombro con la intención de darle ánimos.

Salió en silencio, tal y como había entrado, procurando contener los gemidos que amenazaban con salir de su garganta para que no se percatara de su llanto.

A la mañana siguiente, se despertó como la ocurría habitualmente, agotada por lo poco que había dormido. Continuó llorando tumbada en la cama, incapaz de seguir soportando que su marido no sintiese nada por ella.

Cuántas veces se había imaginado que la vida a su lado, podría ser muy diferente a la que compartían en ese momento. Sin embargo estaba cansada de luchar, de tratar que el cambiase y no podía seguir librando esa batalla en solitario, pues él no ponía nada de su parte.

En el transcurso de la noche había tomado una difícil decisión que afectaba a ambos y no sabía cómo se lo tomaría su esposo. No podía seguir viviendo con él y lo mejor para ambos era que se distanciaran por una temporada. Tenía la excusa perfecta en su hermana a la que le faltaban unas pocas semanas para el nacimiento de su hijo. Iría a visitarla y se quedaría un tiempo a su lado hasta que naciera el bebé y ella se encontrase recuperada del parto.

Sin cuestionarse más sobre si su decisión sería la más acertada o no, comenzó a asearse para enfrentarse a Jacob, del cual, no esperaba que se negara a su intención de marcharse durante unas cuantas semanas. Tan solo rogaba que no se mostrara demasiado impaciente por deshacerse de ella.

Una vez terminó de arreglarse, salió en dirección al dormitorio de su marido, pero debía haber salido temprano porque la habitación estaba vacía. Tal vez, incluso, ni siquiera hubiera subido a acostarse y había permanecido toda la noche en su estudio.

Se dirigió hacia, allí y llamó suavemente a la puerta dudando del recibimiento que tendría de encontrarse él en su interior.

—Adelante.

Alexia respiró hondo y con cierta inseguridad entró en la habitación.

Estaba sentado en su escritorio, leyendo unos papeles cuando levantó la vista para fijarse en ella.

—Jacob, necesitaría hablar contigo. Espero no interrumpirte pero si es así, dímelo y regresaré más tarde. No es urgente.

—No, adelante no me interrumpes, siéntate. —señaló la silla que estaba al otro lado de la mesa para que se sentara frente a él.

—No es necesario que me sienta. No quisiera importunarte más de lo necesario.

Jacob frunció el ceño y la miró extrañado sin saber a qué atenerse. El tono de su voz hizo que sus sentidos se pusieran en alerta, ya que su impredecible esposa, siempre le sorprendía cuando menos se lo esperaba. Estaba convencido que esta vez no iba ser diferente al resto.

—Veras, yo...quería pedirte... Es decir, más que pedirte informarte que está próxima la fecha en que mi hermana tendrá a su hijo y me gustaría estar con ella cuando ocurra.

—Me parece lógico que quieras visitar a tu hermana y ayudarla. Iré contigo y así la conoceré a ella y a su marido. Ponte con los preparativos del viaje y dame unos cuantos días para resolver los asuntos más

urgentes que no puedan esperar a mi regreso.

—No hace falta que vengas conmigo. Además pensaba quedarme con ella hasta que estuviera recuperada del parto. Estoy hablando de que pretendía pasar con ella unos dos o tres meses. No creo que puedas estar ausente tanto tiempo.

Alexia, le estaba abandonando. No hacía falta que lo expresase con palabras, solo con ver aquellos preciosos ojos grises rodeados de ojeras e hinchados por el llanto y su expresión abatida, le daba a entender la verdadera intención que escondían sus palabras.

—No dejaré que te aventures por esos caminos tu sola, yo seré quien te acompañe cada vez que de decidas viajar. —Se levantó de la silla en la que había permanecido sentado y se colocó al lado de ella — ¿Por qué no confieras la verdadera razón de tu viaje, Alexia? Desde que te conozco siempre has sido sincera, en ocasiones demasiado. No es propio de ti ¿Qué me estas ocultando?

Alexia inclinó la cabeza incapaz de mirarle a los ojos, si lo hacía volvería a echarse a llorar y no quería derramar más lágrimas.

—Solo quiero ir a ver a mi hermana. Eso es todo.

—Por supuesto. Una visita de dos o tres meses ¿Y después? ¿Qué excusa utilizarás para no regresar? No soy estúpido Alexia.

Ella se frotó las manos, nerviosa, e incapaz de permanecer sentada a su lado, se levantó y se dirigió hacia unos de los ventanales más alejados de él.

—Regresaré. Te lo prometo. Solo necesito un tiempo para...

—No soportas seguir a mi lado ¿No es cierto?

La susurró aquellas palabras en su oído con un tono frío y seco. Era justo lo que ella estaba pensando pero no era capaz de expresarlo.

—Jacob, por favor, no hagas esto más difícil. —Siguió mirando a través de la ventana, incapaz de girarse para mirarle a la cara—. No pensé que te importara que estuviera algún tiempo ausente. En los meses que llevamos juntos, no has mostrado demasiado interés por mí. Pensé que, incluso, te alegrarías de que me marchara una temporada y te dejase tranquilo. Por favor, te ruego que me permitas visitar a mi hermana y quedarme un tiempo con ella.

— ¿Tiene tu decisión algo que ver con lo de anoche? Por favor, se sincera.

Alexia recreó en su memoria, la escena que contempló la noche pasada. Como Jacob se encontraba destrozado y aparentaba no tener un motivo para seguir viviendo. Las lágrimas fueron su única respuesta hasta que estuvo más calmada y fue capaz de responderle

—Por favor, Jacob. No lo hagas más difícil de lo que ya es. Te suplico que me permitas marcharme tan solo unos meses.

— ¿Qué no te lo haga más difícil? Eres tú la que ha venido a decirme que me abandonas. Yo no he sido el que ha pedido que te marches y tampoco te permitiré que lo hagas tu sola. Si de verdad quieres visitar a tu hermana iremos, los dos, juntos. Nos quedaremos unos días y después regresamos a casa.

Alexia pasó de las lágrimas al enfado en cuestión de segundos cuando escuchó su negativa a permitirle viajar a ella sola. Se giró bruscamente y se enfrentó a él.

— ¿A qué estás jugando, Jacob? No quieres estar conmigo pero tampoco me dejas que me aparte de tu lado. Dime de una vez que es lo que tienes en tu cabeza, porque no te entiendo. Aunque, lo más seguro, es que ni siquiera tú mismo sepas, de verdad, lo que quieres. ¿Quieres saber cuál es el verdadero motivo por el que quiero tomarme un tiempo lejos de ti? Porque te quiero. Porque como una tonta me he enamorado de ti y quiero saber si con la distancia mis sentimientos se volverán tan fríos como lo tuyos. Porque no puedo permitirme sentir algo así por ti, si lo que quiero es no sufrir más.

No había sido su intención revelarle aquella verdad y menos en medio de una discusión como la que estaban teniendo. Pero ya que había empezado a hablar, lo mejor era que se sincerase y dejar claro que era lo que sentía por él.

—Como una tonta me he ido a enamorar de un hombre que me ha dicho que odia lo que le hago sentir, que nunca sentirá por mi algo más fuerte que el aprecio. De un hombre que sufre por una mujer a la que jamás volverá a tener. Y yo, por si no te has dado cuenta, sufro contigo cuando te veo sumido en ese profundo dolor. Por todo eso es por lo que necesito alejarme un tiempo de ti. Para poder afrontar esta vida a tu lado sabiendo que siempre amarás a otra a la que desearías ver como a la madre de tu futuro hijo. Sin embargo, tendrás que conformarte con que sea yo quien le traiga a este mundo.

Se quedó pálido ante la desgarradora confesión que, con voz angustiada, había salido de su boca. Jamás hubiera imaginado que ella podría albergar ese tipo de sentimientos por él cuando, tan solo, en muy pocas ocasiones había tenido un gesto dulce o amable con ella. ¿Cómo podía haberse enamorado de él? Se sintió culpable por el daño que, sin ser consciente, le había ocasionado.

Sin embargo, lo que más le afectó de su confesión fue que se refiriese a un hijo. ¿Estaría hablando de ser madre en el futuro o quizás ese bebé estaba ya en camino?

— ¿Estas esperando un hijo? —Jacob apenas logró susurrar aquellas palabras.

Alexia sin poder contener el llanto asintió con la cabeza. —Sí, Vamos a tener un hijo. Tan solo espero que ames a tu hijo a pesar de que yo sea su madre.

Jacob se acercó por detrás con la intención de abrazarla, sin embargo, ella se separó en cuanto notó que rozaba su espalda.

—No me toques. Por favor, ahora no.

—Tranquilízate, Alexia. No es bueno para el bebé que estés tan nerviosa. Vamos, ven a sentarte.

Se dejó guiar por él hasta una de las sillas donde se sentó con ella en sus rodillas, donde la abrazó y calmó como si se tratase de una niña, que incapaz de resistirse, se dejó consolar por él. Apoyó la cabeza en su hombro mientras sus lágrimas resbalaban por su cara manchándole sus ropas. Debía tranquilizarse por el bien de su hijo y, poco a poco, su respiración y su pulso se fueron normalizando.

— ¿Te encuentras mejor ahora?

Alexia asintió a modo de respuesta.

—No quiero que malinterpretes lo que voy a decirte, pero creo que no deberías viajar ahora que estás esperando a nuestro hijo. El viaje es largo y arriesgado y podrías perderle. Con esto, no quiero pienses que me niego a que visites a tu hermana. Si aun así, ese es tu deseo, te acompañaré pero preferiría que lo dejases para más adelante.

Apartó la mano de su cadera y la llevó hasta su abdomen, aun plano. La acarició allí, sabiendo que en su interior crecía su propio hijo. Estaba muy equivocada al pensar que el querría menos al bebé por ser ella la madre.

La idea de la paternidad le hizo feliz, aunque no pudo dejar de sentir cierto temor ante la idea de perder a su hijo, o a ella. Por desgracia, era bastante frecuente que la vida de la madre o del bebé corriese peligro durante el embarazo o el parto.

—No quiero perderle. Quizás no lo entiendas, Jake, pero amo a este bebé desde el momento que supe que estaba embarazada y no deseo que le ocurra nada. —Ella puso la mano encima de la de Jacob que seguía acariciándola en el abdomen.

—Por supuesto que entiendo lo que quieres decir. Porque a mí me ocurre lo mismo. Yo también le quiero aunque apenas acabo de conocer su existencia. Soy su padre. Nunca dudes del amor que siento por él.

# CAPITULO 11

Las dudas que sintió, en un principio, acerca de los sentimientos de Jacob hacia su hijo, pronto se disiparon. Había cambiado su conducta habitual de la noche a la mañana y aquel carácter huraño y esquivo, de forma paulatina, dejó paso a una nueva faceta de Jacob que, en ocasiones, había logrado entrever, aunque él se obligaba a sepultarla.

Si antes tan solo le veía a la hora de las comidas y en alguna que otra ocasión, ahora la buscaba para pasar tiempo con ella siempre que no tenía obligaciones que atender. Lo que más la sorprendió, y encantó a la vez, fue que él la pidiese que se trasladara a su dormitorio, de forma permanente.

Tan solo se lo había pedido para estar cerca de su hijo y por no dejarla sola si la ocurriese algo en mitad de la noche. Pero de aquella situación, ella también salía beneficiada. Era egoísta por su parte, y lo reconocía, aprovecharse de estar embarazada para tenerle a su lado. Pero en otras circunstancias, el jamás se lo hubiera propuesto y ella, encantada, acepto.

La abrazaba por las noches y se quedaban así dormidos mientras la acariciaba su vientre que poco a poco se iba abultando. Le gustaba tenerle así de relajado a su lado, aunque no se engañaba a si misma al pensar que echaba de menos las otras caricias con la que se excitaba en cuanto posaba su mano en ella.

Las primeras semanas después de enterarse de su embarazo, Jacob no se atrevió a tocarla. Ella se insinuó en más de una ocasión, pero siempre la detenía. Solo accedió a ello tras escuchar como ella se quejaba de que no quería hacer nada con ella porque ya no le gustaba su cuerpo. Le demostró, de una manera más suave y lenta a la que ambos estaban acostumbrados, que estaba equivocada. Tan solo tenía miedo a dañar al bebé.

Fueron pasando los meses y a Alexia le parecía mentira que hubiese pasado un año ya desde que contrajeron matrimonio. Los últimos meses nada tenían que ver con el comienzo de aquella relación. Incluso se atrevió a preparar una cena especial para celebrar su aniversario, pese a todas las dudas que afloraron en su cabeza sobre si él estaría conforme en realizar aquella celebración.

Todos sus miedos se esfumaron cuando comprobó que Jacob estaba disfrutando tanto como ella del aniversario de su boda. Si antes le amaba, verle ahora sonreír y bromear con ella hacía que su corazón se acelerase y los sentimientos desbordaban su corazón. Aún quedaba por llegar una de las fechas tan odiadas por ella y seguramente él volviera a su carácter anterior. Hasta entonces, disfrutaría de aquella tregua y de la increíble felicidad que estaba sintiendo.

Después de hacer el amor aquella noche tan especial, se encontraban desnudos en la cama. Jacob estaba tumbado de costado mientras acariciaba el abultado vientre de Alexia, que ya se encontraba en su séptimo mes de embarazo y que en ocasiones la hacía sentirse insegura por su deformada figura. El bebé se movió y un pequeño bulto sobresalió justo donde Jacob tenía posada su mano. Podría ser un ple o una mano pero eso, a ellos, nos les importaba lo más mínimo. Lo realmente importante era que parecía ser fuerte y que se encontraba bien, Ambos sonrieron:

—Parece que nuestro pequeñín está buscando a su padre. Da la sensación de que supiera distinguir entre tu mano y la mía.

La amplia y libre sonrisa que le mostró, la derritió por dentro. Estaba más que encantado de ver crecer a su hijo. La felicidad en su rostro, relajaba sus rasgos haciéndole incluso mucho más atractivo, si aquello fuera posible.

—Eso es porque él, o ella, es muy inteligente. ¿Todavía quieres que sea un niño? Las mujeres siempre soléis querer tener niñas.

—Sí. Quiero que sea un niño. Será tu primogénito así que quiero y, espero, que se cumpla mi deseo. — Y también porque no quería que fuese una niña y él se empeñase en poner de nombre Edith. Pero eso

jamás se lo confesaría.

Jacob la sonrió y besó su enorme tripa que se estaba moviendo por el cuerpo del bebe.

— ¿De verdad que no te hace daño cuando se mueve de esa manera?

—No, no me duele. Es algo incómodo, pero no siento dolor y, además, adoro cuando lo hace. —En ese momento tenía lo que más amaba en su vida.

Puso una mano en la cabeza de Jacob que estaba a la altura de su tripa y la otra en su vientre acariciando a su hijo. No podía pedirle más a la vida; estaba junto a las dos personas más importantes que en tan poco tiempo la habían robado el corazón.

Era de madrugada y Alexia se removía inquieta en la cama. Unas ligeras molestias en la parte baja de su abdomen, la habían despertado de su sueño que en las últimas semanas le había resultado difícil conciliar. No le dio ninguna importancia, ya que llevaba días sintiendo aquella especie de contracciones, que le aseguraron que eran de lo más frecuente en la etapa tan avanzada de embarazo en la que se encontraba.

Espero a que pasaran, como en anteriores ocasiones, pero se volvieron a repetir. Alarmada, ante la sospecha de que aquel día nacería su hijo, le despertó:

—Jake. Jake, despierta, por favor —le zarandó suavemente agarrándolo del brazo hasta que entreabrió los ojos.

— ¿Ocurre algo? —Masculló con voz adormecida.

—Creo que estoy de parto.

La noticia que llevaba esperando desde hacía ya varios días, le despejó de inmediato. Abrió de golpe los ojos y, de un salto, se sentó en la cama.

—Voy a avisar a Edna. Ella sabrá que hacer.

Antes de que pudiera levantarse de la cama, Alexia le detuvo agarrándole del brazo.

—Acabo de empezar a sentir dolores y tardará varias horas en nacer. Eso si no es solo una falsa alarma y hoy no es el día en que nazca. ¿Podrías quedarte un momento conmigo? Es muy temprano y no hay necesidad de que despertemos a todos.

—Está bien, pero en el momento que vea que empeoras, llamaré a Edna. ¿Necesitas algo?

—Solo que me abracés. Ahora que ha llegado el momento estoy asustada.

Jacob, se tumbó a su lado y la abrazó. También estaba comenzando a sentirse asustado ante el inminente alumbramiento, pero no se lo haría saber. Tan solo se limitó a acariciar su sedoso y dorado cabello para transmitirle la seguridad que parecía faltarla.

—No tengas miedo. Todo irá bien, te lo prometo.

—No hagas promesas que no sabes si las vas a poder cumplir. Escúchame Jacob, si algo va... —Sus palabras se vieron interrumpidas cuando volvió a sentir aquel agudo dolor que parecía más fuerte que en las ocasiones anteriores.

—Tranquila, no quiero que pienses en que algo malo pueda suceder.

—Pero es muy posible que suceda y quiero que...

—Déjalo ya. No quiero que sigas pensando en lo que os puede suceder a ambos.

Pero Alexia no podía dejar de pensar en que quizá a ella o a su hijo, les quedaban horas de vida.

Jacob siguió a su lado hasta que las contracciones se hicieron cada vez más frecuentes anunciando la proximidad del parto.

Aunque le pidió que no fuese aun a buscar a Edna, hizo caso omiso a sus palabras y salió veloz de la habitación en busca de la mujer. Al poco rato, aparecieron los dos por la puerta.

—Mi Señor, os ruego que esperéis fuera. Tengo que inspeccionar a vuestra esposa.

—Me quedaré aquí, no pienso salir de esta habitación.

—Pero, Lord Sherwin, tendré que descubrirla y no es apropiado que permanezcáis aquí.

—No va a ser la primera vez que vea el cuerpo desnudo de mi esposa. Así que haz lo que tengas que

hacer.

Edna no perdió el tiempo en escandalizarse por el comentario inapropiado de su señor y se sentó en la cama levantándola el camisón para ver si eran verdaderos dolores propios del parto o tan solo unas simples molestias.

Cuando la observó, no tuvo ninguna duda. Había asistido a infinidad de partos, como para tener la certeza de que ese mismo día nacería el primogénito de su señor.

—Decidme mi Señora. ¿Habéis empezado con dolores hace mucho tiempo?

—No mucho. Los dolores me despertaron poco antes de amanecer.

—Está bien. Tengo la sensación que el parto va a ser muy rápido. Estáis de enhorabuena, muchas mujeres tienen que soportar los dolores durante muchas e interminables horas o días. En especial las que esperan su primer hijo. Mandaré a alguien a buscar a la partera para que venga inmediatamente mientras comienzo a preparar todo lo necesario.

Edna no pudo dejar de mirar a su señor. Se le veía bastante nervioso y preocupado mientras deambulaba de un extremo a otro del dormitorio. Se pasaba las manos por su pelo, apartándose de la cara y de vez en cuando se le escuchaba respirar con fuerza, intentando tranquilizarse. En el fondo se alegraba de verle en aquel estado porque aquello significaba que le importaban tanto su esposa como su hijo. Algo que había temido que nunca llegase a ocurrir.

—Date prisa Edna. Y no hace falta que envíes a alguien para que se quede con ella, no me separaré de su lado.

En cuanto ella salió por la puerta, volvieron a llamar.

—Disculpadme mi Señor, no sabía que os encontrabais aquí ¿Puedo pasar?

—Pasa Julie. —Dijo Alexia sin dejarle responder a Jacob. —Cuantas veces te he dicho que eres parte de la familia y no debes usar ese tratamiento con nosotros.

Julie siempre se había sentido cómoda al lado de Alexia, al contrario de lo que le ocurría cuando se encontraba cerca de su hermano. Ella y su cuñada se habían convertido en amigas y, cuando se encontraban a solas, se trataban con una familiaridad que nunca trasladó a su hermanastro.

Cuando coincidían, seguía tratándole como si aún se encontrase a su servicio. Aunque jamás había tenido una conversación con él sobre ese tema, sabía por boca de Alexia, que no se oponía a la educación y trato que estaba recibiendo. Aun así, seguía evitando encontrarse a solas con Jacob.

— ¿Puedo... ayudarte en algo? —Era la primera vez que se reunían los tres juntos y Julie apenas conseguía articular palabra.

Alexia hizo un gesto para que se acercara a la cama.

—Julie, cariño, agradezco tu ofrecimiento, pero eres muy joven e inocente para poder ayudar en un parto. Deberás esperar fuera hasta que todo acabe

Ella asintió dando a entender que sabía lo que quería decir.

—Pero sí puedes ayudarme en una cosa. Si algo me ocurriese a mi o...

—Basta Alexia. No sé cuantas veces te he repetido que no quiero que hables así.

—Que no hable de ello no significa que no vaya a ocurrir. Julie, no le prestes atención y escúchame. — La pobre muchacha miraba indecisa a los dos sin saber que hacer—. Si me pasara algo quiero que ayudes en todo a Jacob para cuidar al bebé.

—Por supuesto Alexia, no tienes que preocuparte por ello. Si... Jac... si tu esposo no tiene ninguna objeción al respecto, yo me hare cargo del bebé. Seguro que todo irá bien.

Sonrió a la joven muchacha y la hizo una seña para que se acercara aún más a ella.

—Tan solo quiero pedirte un favor más. —Se incorporó apenas unos centímetros de la cama para susurrarla al oído para que así Jacob no pudiese escuchar lo que tenía que decirle. —En cuanto venga la partera y el resto de mujeres, le obligaran a salir del dormitorio. Quiero que te quedes con él hasta que todo termine. Le veo bastante nervioso y no quiero que se quede solo. Y si algo saliese mal, quiero que le

cuides por mí. ¿Me harás ese favor?

Julie asintió con los ojos empañados por las lágrimas que empezaban a asomar. No dejaría solo a su hermano en todo el tiempo que durase el parto. No quería ni pensar en lo que le había dicho acerca de que a ella le pudiese ocurrir algo. Pero, si fuese así, cumpliría su promesa de estar a su lado y cuidarle. Sonrió al ver como Alexia amaba a su esposo y aun estando dolorida y asustada ante el inminente alumbramiento, sus pensamientos no se centraban en ella, sino en procurar aliviar el sufrimiento de su esposo.

Cuando fuese una mujer adulta y se viera en la necesidad de encontrar un marido, quería unirse a un hombre al que amase tanto como Alexia amaba a su hermano. Jamás admitiría un matrimonio basado en una transacción comercial para mejorar su posición actual.

Alexia abrazó y besó a la muchacha a la que consideraba ya como su hermana. Cuánto le gustaría tenerla allí con ella, sin embargo, reconocía que no era el lugar más apropiado para una muchacha tan joven. Se despidieron y pidió que la dejara a solas con Jacob.

Cuando Julie se marchó, se aproximó a ella y se sentó en el borde de la cama sujetando su mano.

— ¿Qué la dijiste?

No pudo responderle. Una nueva contracción atravesaba su cuerpo haciendo que le fuera imposible hablar. Le apretó fuertemente la mano hasta que el dolor disminuyó.

— ¿No crees que si hubiera querido que te enterases no se lo habría susurrado al oído?

—Alexia, no el momento apropiado para tus juegos. No vas a decírmelo ¿Verdad?

—No. No te lo voy a decir. Es algo privado entre ella y yo.

Llamaron a la puerta y entró en la habitación Edna, acompañada de otras dos mujeres. Ella agradeció aquella intromisión porque estaba convencida que Jacob hubiese seguido insistiendo hasta que la sonsacara lo que le había dicho a Julie.

—Mi señor, es hora de que salgáis de la habitación, nosotras nos quedaremos con ella.

—No pienso ir a ningún sitio. Me quedaré aquí hasta que nazca el bebé.

—Pero no es... propio de un hombre que esté presente en el alumbramiento. No debéis preocuparos por nada, nosotras la cuidaremos.

—Edna, nadie va a decirme en mi propia casa qué es lo que puedo, o no puedo, hacer y mucho menos obligarme a hacer algo que no quiero.

Alexia, sabía que cuando su marido se empeñaba en una cosa, era imposible hacerle entrar en razón. A Edna no la escucharía, sin embargo existía una pequeña posibilidad de que lo hiciera si era ella quien le hablaba.

—Edna, por favor, dejadnos a solas unos instantes, quiero hablar con mi esposo en privado.

La mujer asintió y las tres salieron.

—Jake, por favor. Tienes que salir. Ellas no se sentirán cómodas con lo que tengan que hacer si estas tu presente y ambos deseamos que nuestro hijo nazca bien.

—No quiero dejarte sola en esto. —Jacob se sentó a su lado en la cama y le pasó la mano por la cabeza.

—Lo sé, pero tienes que hacerlo. Por favor, espera fuera hasta que nazca, sino me levantaré de esta cama y yo misma te sacaré a empujones de aquí ¿Me has entendido?

—Conociéndote como lo hago, no me extrañaría que hicieses algo así. —Sonrió sorprendido por ver como ella mantenía su sentido del humor incluso en circunstancias como esas—. Por esta vez, te haré caso. No quiero incomodarte más.

—Déjame decirme algo antes de que salgas. Quiero que me escuches sin interrumpirme ¿de acuerdo? —Jacob asintió mientras la besaba la mano—. Puede ocurrirme cualquier cosa. Tan solo te pido que quieras a nuestro niño o niña por los dos y que le digas cuanto le amaba aun sin conocerle. Y con respecto a ti... —hizo una pausa y suspiró emocionada y nerviosa tratando de contener las lágrimas—.

Te quiero, Jake. Puede que nuestra relación no haya sido tal y como la había soñado. Pero ya sabes, desde hace tiempo, que me enamoré de ti y en estos últimos meses lo que sentía se ha hecho más fuerte que antes.

Jacob dejó caer su cabeza y algunos de sus negros mechones cayeron sobre sus ojos. Aquella era una despedida por si moría en el parto. Quería consolarla y poder decirle que él sentía lo mismo por ella, pero ambos sabrían que aquello sería mentira.

—Alexia, todo irá bien y podrás decirle a nuestro hijo cuanto lo amas mientras crece sano y fuerte. Serás una madre maravillosa para el bebé. De eso no tengo la menor duda. Y quiero que sepas que... soy un hombre afortunado por tenerte como madre de mi hijo y como esposa.

No esperaba que dijera “te quiero” pero era la primera vez que la decía unas palabras tan hermosas con aquellas. Era mucho más de lo que había esperado que dijera. Sin poderlo evitar se echó hacia adelante y le abrazó.

—Gracias. —Se separó de él y le dio un suave beso en los labios. Ahora debes marcharte.

—Todo irá bien. Volveré contigo en cuanto esas harpías me dejen entrar.

Se abrazaron y besaron incapaces de decirse adiós, hasta que el dolor de las contracciones volvió a ella y tuvo que separarse de su lado, Cuando pasó, se separó de su lado y salió del dormitorio. Tal vez no fuese la mujer a la que amaba pero comprendió en aquel instante, cuando existía la posibilidad de perderla, que se había convertido en alguien muy importante en su vida.

## CAPITULO 12

Las horas fueron pasando lentamente mientras Jacob esperaba en el dormitorio contiguo al de ellos. Ya no le pertenecía solo a él. Tras los meses en que habían compartido la habitación, le parecía extraño imaginarse, de nuevo, solo en la cama una vez hubiese nacido el bebé. Debería plantearle que se quedase allí con él y buscaba desesperadamente alguna excusa para convencerla de que no se marchara.

Tal vez, con tan solo planteárselo ella aceptaría su propuesta. Aunque también existía el riesgo de que malinterpretase su gesto y pensara que empezaba a albergar en su corazón algún sentimiento por ella.

Aunque, pensándolo mejor ¿no sería cierto que estaba empezando a enamorarse de ella? No podía quitársela de la cabeza en ningún momento y la preocupación que estaba sintiendo por ella le estaba matando.

Comparó lo que había sentido mientras estaba con Edith, con lo que sentía al estar con Alexia.

No. No se parecían en nada ambos sentimientos.

Con Edith todo había sido calma, dulzura y sosiego para su alma. Cuando estaba con ella desprendía una alegría que contagiaba a los que se encontraban a su alrededor. En cambio, Alexia era una mujer sorprendente que le volvía loco y con ella nunca sabía qué podía esperar estando a su lado. Siempre se mantenía alerta cuando le miraba con aquella expresión de estar tramando algo.

Había entrado en su vida como un vendaval que había dejado patas arriba su existencia.

Y por si todo eso no fuese suficiente, no comprendía como habiendo llegado virgen hasta que se conocieron, hacía que, en cuanto le miraba se excitara. Jamás hubiese pensado que podría desear tanto a una mujer de la forma en que deseaba a Alexia. Tanto que en ocasiones se tuvo que controlar para no poseerla en el estudio o en el comedor.

Eso no podía ser amor. Era locura, obsesión, pero no amor.

Otro grito procedente del dormitorio hizo que abandonase sus pensamientos. Apretó con fuerza sus manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos, al sentirse impotente, allí sentado, sin poder ayudar ni servirla de consuelo.

Jamás se había visto en una situación como aquella. Era su esposa la que estaba gritando de aquella manera, aquella muchacha que con su terquedad, había sido capaz de derribar la fría y dura capa tras la que había escondido en los últimos años.

Miró a su hermana que se encontraba sentada en una silla cerca de la puerta que comunicaba con el dormitorio. La muchacha le había pedido permiso para quedarse esperando allí con él y no se había movido de su asiento en todo el tiempo. Hasta cuando le miraba lo hacía de forma tímida e insegura. Tan solo le había dirigido alguna que otra palabra de consuelo y cuando el intentó entablar alguna conversación para eludir la tensión del momento, Julie tan solo le había respondido con monosílabos.

Se prometió que, tan pronto como Alexia se restableciera del parto, la pediría que le ayudase a conocer mejor a esa muchacha de la que siempre se había mantenido apartado.

—Dime ¿Por qué te has quedado aquí conmigo? Fue Alexia quien te lo pidió ¿Verdad? Jamás hubieses permanecido en la misma habitación que yo durante tanto tiempo a no ser que ella te lo hubiera pedido.

—Estáis en lo cierto, mi... —Jacob la miró fijamente advirtiéndola de que se olvidara de volver a utilizar ese tratamiento con él. —Ella me pidió que no...te dejara solo.

—Julie, tú y yo apenas hemos tenido relación hasta que llegó Alexia. Me gustaría que dejaras de tenerme miedo y quisiera conocerte mejor.

Volvió a escuchar como gritaba Alexia y se dejó caer en una silla mientras pasaba las manos por su cabello incapaz de seguir escuchándola.

—Julie. No creo que pudiera soportar perderla también a ella.

—Es una mujer fuerte, todo está yendo bien por lo que dice Edna. —Se acercó temerosa a él y, con timidez, le apretó la mano para infundirle ánimo. El la oprimió, haciéndola saber que su consuelo era bienvenido.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Edna. Su rostro reflejaba el cansancio de las largas horas asistiendo a Alexia en el parto. De inmediato, Jacob se puso de pie y se dirigió velozmente hacia ella.

— ¿Va todo bien?

Edna, sonrió —Si, mi Señor. Solo venía a informaros de que el nacimiento es inminente.

—Solo una cosa, Edna. Si hubiese que elegir entre la vida de los dos, quiero que se salve la de mi esposa. Podemos tener más hijos en el futuro.

— ¿Sabéis una cosa? Ella me dijo precisamente todo lo contrario. Una madre jamás pondrá su vida por encima de la de su hijo.

—Soy yo el que da las órdenes aquí, no ella.

—Llegados a ese extremo, si hiciésemos lo que ordenáis ¿vuestra esposa os lo perdonaría? Pensadlo bien porque la perderíais de todas formas, aunque de una manera diferente.

Cerró la puerta detrás de ella y le dejó meditando acerca de lo que le había respondido. No, Alexia, por su forma de ser, jamás le perdonaría que el eligiese ese destino para ellos.

Cuando Julie se acercó a él por la espalda, se giró y la abrazó.

—Julie, te aseguré que voy a enloquecer por culpa de mi esposa.

—Tranquilo, Jacob. Todo va a acabar de un momento a otro.

La serenidad de su hermana lo calmó inmediatamente. Todos lo que se encontraban a su alrededor le aseguraban que su esposa y su hijo se encontraban perfectamente. ¿Por qué no era capaz de creerles? El miedo se había instalado en su corazón. El terror de perderla a aquella muchacha insensata, cabezota e impulsiva lo paralizaba.

El llanto de un bebé sonó al otro lado de la puerta. Al principio era un leve sonido que poco a poco se fue haciendo más fuerte. Lloraba enérgicamente por haber salido de aquel refugio seguro y cálido en el interior de su madre donde se había formado durante meses.

Jacob necesitaba urgentemente entrar en la habitación y comprobar por sí mismo, que ambos se encontraban bien. Llamó a la puerta pero no le abrieron.

— ¡Edna! ¡Voy a pasar ahora mismo y no podréis detenerme!

La mujer pelirroja entreabrió solo unos centímetros la puerta para poder hablar con él.

—Ambos están perfectamente. Os ruego nos deis un poco más de tiempo para asearlos.

— ¿Es niño o niña?

—Vuestra esposa no nos ha dado permiso para decíroslo. Quiere ser ella misma quien os de la noticia.

— ¡Alexia! Déjame entrar ahora mismo o derribo la puerta llevándome por medio a quien se interponga en mi camino.

Ella, lejos de asustarse, sonrió al escucharle gritar nervioso por no permitírsele la entrada a su propio dormitorio. En ningún momento había esperado que su esposo se comportara de la forma en que lo hizo en el transcurso de su embarazo. Siempre tan atento con ella, pensándolo mejor, con ella no, con su hijo. Sonreía libremente y sin rastro de culpabilidad por hacerlo cada vez que miraba su distendido vientre y lo acariciaba con ternura, sabiendo que a escasos centímetros se encontraba ese pequeño ser que habían creado.

No sabía lo que les depararía el futuro a ellos tres, pero lo de que si estaba segura era de que su hijo iba a ser muy amado. Miró a su pequeño, que dormía en sus brazos, incapaz de contener la alegría que sentía, porque, al final, como ella había deseado, habían tenido un niño. Con el pelo negro igual que su padre y aquellos rasgos aún sin definir pero que le recordaban mucho al hombre que amaba.

—Edna, déjale pasar. Haz lo que dice o me quedo sin puerta en el dormitorio

Las tres mujeres se rieron por su comentario y por la alegría que sentían al estar en perfectas condiciones tanto la madre como el niño.

Abrió la puerta y le dejó pasar. Jacob entró y a grandes zancadas se acercó mirando detenidamente hacia el bebé que se encontraba envuelto en una manta blanca en brazos de Alexia. Se sentó en la cama, a su lado y sonrió al ver de cerca la dulce cara angelical de su hijo.

—Es un niño. —Había pensado hacerle sufrir un poco más sin confesarle el sexo del bebé, pero al verle tan emocionado consideró que no era el momento más oportuno para bromear.

— ¿Cómo te encuentras? —Aunque hablaba con ella, era incapaz de apartar la vista de su hijo—. Gracias, Es un niño precioso.

—Me encuentro bien, aunque muy cansada. ¿Quieres cogerlo?

—Creo que esperaré a que tenga por lo menos dos o tres años para cogerlo en brazos. Se le ve tan pequeño y delicado que no me atrevo. Además nunca he estado cerca de ningún bebé.

—Vamos, cógele ahora. Si no lo haces, en el futuro te arrepentirás de no haberlo hecho. —Sin darle tiempo para que lo pensara, estiró los brazos, ofreciéndole al niño.

Le indicó como debía acunarlo sin peligro a que se cayera y enseguida le cogió con soltura, como si fuera algo que hubiera hecho durante toda su vida. Lo besó en la cabeza aun sin poder creer que, aquel inocente e indefenso bebé, era suyo y por primera vez, desde hacía años, sintió lo que era volver a sentirse feliz.

— ¿Cómo le llamaremos? —Preguntó Jacob mientras volvía a colocar al niño en los brazos de ella.

—Me gustaría que se llamase James, como tu padre. Cuando lo mencionaste me gustó el nombre.

La idea de que el niño llevase el nombre de su abuelo le emocionó. Su padre había sido un hombre bueno y cariñoso con su familia y esperaba que su hijo, al crecer se convirtiese en un hombre tan respetado como lo había sido su padre.

—Me gustaría llamarle James. ¿Estás segura?

—Sí, llevo meses pensándolo y quiero que se llame como tu padre.

El bebé fue quien acabó con la conversación acerca de su nombre cuando comenzó a llorar. Jacob le miró aterrorizado sin saber qué hacer.

—Tranquilo, debe tener hambre. Es tan solo eso.

—Deben haber avisado a una nodriza. Iré a buscarla de inmediato.

—No te molestes. No he permitido que busquen a una nodriza. No voy a dejar que otra mujer amamante a mi hijo, excepto en el caso de que no tenga suficiente leche para alimentarle.

—No puedes hacer eso. Alexia, sabes que una mujer de tu posición jamás haría tal cosa.

—Jacob, parece mentira que me conozcas tan poco. He hecho tantas cosas que se supone que no debo hacer, que una más no importa.

No iba a seguir discutiendo con él mientras su hijo continuaba llorando desesperado por ser alimentado. Se separó ambos lados del camisón y acercó un pezón a la boca del niño, y se aferró a él con avidez.

—No sé para qué me sigo esforzando en hacerte entrar en razón cuando te propones algo. Siempre acabas saliéndote con la tuya. —Sabía que ella no debería darle el pecho al niño, pero verlos a ambos, madre e hijo en aquel momento, le llenó de una profunda ternura.

—No siempre, Jacob. No siempre —Alexia se refería a las veces que se había propuesto que Jacob se fijara en ella y hacer que volviera a ser feliz sin conseguirlo.

Mientras los contemplaba, reconoció que tampoco quería que una nodriza criara a su hijo. Por una vez se alegraba de que su esposa, de nuevo, no siguiera las normas dictadas para una mujer de su condición social.

El recuerdo de Edith volvió a su cabeza. Habían hablado tantas veces de cómo serían sus hijos cuando los tuvieran, que su mente le jugó una mala pasada. Imaginó a Edith dando el pecho al bebe tal y como lo

estaba haciendo en aquellos momentos Alexia. ¿Habría hecho lo mismo? Seguramente no. Quiso convencerse de lo contrario, pero ella hubiese delegado la alimentación de su hijo, en una nodriza. Para Edith habría sido impensable salirse de las normas establecidas para una dama de la nobleza como lo era ella.

—Hay una cosa más que deberías saber y que no te va a gustar. —la miró con una mezcla de miedo y extrañeza en sus ojos mientras fruncía el ceño. No se había recuperado del parto y ya estaba ideando alguna locura de las suyas—. James se quedará en la habitación conmigo hasta que me recupere.

Respiró aliviado. Soltó de golpe el aire en una fuerte expiración, demostrando así el alivio que sentía por tan nimia confesión.

—Pensé lo peor, Alexia. Creo que no sabes el terror que siento cada vez que comienzas a hablar de esa manera.

Ella se echó a reír por lo absurdo de su comentario.

— ¿Te parece bien, entonces, que el niño duerma aquí conmigo hasta que pueda moverme?

—No solo me parece bien, si no que quiero que sepas que compartiré la habitación con vosotros. No voy a mudarme a otra estancia mientras os encontráis aquí los dos solos. Podríais necesitar mi ayuda.

—Pero... no puedes quedarte aquí. —La silenció poniéndole un dedo en la boca.

—No eres un buen ejemplo de lo que se puede o no se puede hacer. Así que no me discutas. Voy a quedarme aquí con vosotros y no voy a volver a repetirlo ¿Te ha quedado claro?

En toda su vida nadie había sido capaz de hacerla callar. Jacob, con su tono autoritario junto al amor que sentía por él había conseguido que comenzara a mostrar obediencia ante alguien.

Al no haber apartado todavía el dedo de su boca, demostró su conformidad asintiendo con la cabeza. En realidad estaba encantada de tenerle allí, a su lado, de que quisiera quedarse con ella y con el niño, compartiendo aquellas primeras horas de vida de aquel precioso bebé que habían engendrado.

—Estoy muy cansada y me gustaría poder echarme un rato. Si quieres, puedes dormir aquí conmigo en la cama.

—Si te incomoda dímelo y dormiré en el sillón. —Dijo colocando su boca a escasos centímetros de la de ella— Lexi, gracias por haberme dado este hijo.

La besó con dulzura y suavidad y ella imaginó que también con amor porque nadie besaba así por gratitud. Le devolvió el beso con todo el amor que sentía por él. Un amor que lejos de debilitarse, se había visto fortalecido por el nacimiento del bebe.

Se levantó de su lado y cogió a James de los brazos de ella para depositarlo en la cuna que había hecho llevar a la habitación. Mientras Alexia, con el cansancio reflejado en el rostro, se tumbaba despacio y con gesto de dolor para poder dormir.

## CAPITULO 13

Alexia salió a caminar con James en brazos aprovechando que aún no hacía demasiado calor para el bebé. Aquella mañana soleada de agosto invitaba a salir y no quedarse encerrada entre los muros de piedra del castillo.

Necesitaba alejarse de la inquietud que le provocaban los invitados que llegarían a lo largo del día. Los padres de Edith querían conocer al hijo de Jacob y permanecerían allí varios días.

No había vuelto a mencionar nada que tuviera que ver con aquella mujer desde hacía muchos meses. Ni tan siquiera se había molestado en averiguar, un mes atrás, cómo había pasado Jacob la noche del cumpleaños de Edith. Supuso que se habría comportado como en otras ocasiones, incluso tuvo intención de ver como se encontraba. Pero James, al ser tan pequeño, reclamaba continuamente sus cuidados y su alimentación, por lo que se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en la almohada sin saber si Jake había regresado al dormitorio o no.

Seguían compartiendo la misma habitación, aunque el niño ocupaba ya su propio cuarto y tenía a su aya que le cuidaba cuando ella no podía hacerlo. Nada más recuperarse del parto, le planteó regresar a su anterior dormitorio, pero Jacob la propuso permanecer allí y ella, sin dudarle aceptó su propuesta. Era la primera vez que le escuchaba decir que quería estar con ella y no iba a dejar pasar la ocasión.

A lo lejos escuchó un carruaje que se aproximaba hacia el castillo y supo que serían aquellas personas que no tenía ningún interés en conocer. Al pensar en los padres de Edith, le venían a su mente varias preguntas ¿Cómo serían ellos? ¿La tratarían bien a ella y a su hijo? Al fin y al cabo ella les debía parecer la sustituta de su hija.

Haría todo lo posible para que sus invitados se sintiesen cómodos durante su estancia, esforzándose al máximo para ser la perfecta anfitriona y que así no pudieran encontrar ninguna falta en ella.

De lo que si estaba segura, es que su visita había afectado a Jacob. Desde que se enteró de que vendrían a visitarlos, volvió su carácter huraño y frío que tenía cuando le conoció. Todo lo que, poco a poco habían avanzado, se había esfumado como si nunca hubiera existido. Tan solo se le veía relajado y alegre cuando estaba cuando su hijo, al que adoraba y cogía en brazos cada vez que tenía oportunidad.

Estaba tan nerviosa que le temblaban las piernas cuando se puso de pie para regresar a su hogar y recibir a sus invitados. No les esperaban hasta por la tarde, así que no tenía tiempo para estar presentable ante ellos cuando les recibiese. Para salir a pasear al campo se había puesto un sencillo vestido verde claro con una camisa amarilla sin ninguna clase de adornos.

Llegó a la puerta a la vez que el carruaje. Su intención había sido entrar antes que ellos y dirigirse directamente hacia sus aposentos, pero si hiciera eso, podrían malinterpretar su gesto y tomarlo como una descortesía. Lo meditó mejor y esperó de pie con su hijo en brazos para darles la bienvenida.

—Bienvenidos, Lord y Lady Mayne. Espero hayan tenido un viaje confortable a pesar de este calor.

—Muchacha ¿Por qué no entras y avisas a tu señor de nuestra llegada? —Fue la mujer quien habló, sin apenas reparar en ella, mientras se alisaba su vestido .

Alexia se avergonzó porque, de nuevo, al igual que la había ocurrido cuando conoció a Jacob, la habían vuelto a confundir con una muchacha de la servidumbre.

—Disculpadme ha habido una confusión. Soy Alexia Sherwin. Salí a pasear por el campo con mi hijo y como no os esperábamos hasta esta tarde no me ha dado tiempo a arreglarme para recibirlos.

— ¿Sois la esposa de Jacob? —La mujer, Sarah, la miró de arriba abajo mostrando su gesto de disgusto. —Perdonadme pero jamás lo hubiera imaginado viéndoos así vestida y sin llevar un velo que os cubra el cabello como llevaría una mujer casada.

—De nuevo os pido mis disculpas Lady Mayne. No fue mi intención ofenderos con mi aspecto. Por

favor, pasad, iré a comunicar a mi esposo que os encontráis aquí.

En realidad lo que más ansiaba en ese momento era salir corriendo y alejarse lo más rápido posible de aquella mujer que parecía haberse presentado deseando encontrar alguna falta en ella y, sin quererlo le había puesto en bandeja la ocasión perfecta.

Nada más abrir la puerta para dejarlos pasar al interior del castillo, vio que Jacob salía de su estudio.

— ¡Malcolm, Sarah! Menuda sorpresa, no os esperábamos hasta esta tarde. Veo que ya habéis conocido a mi esposa Alexia, —A Jacob se le veía entusiasmado al ver a los que habrían sido sus futuros suegros, los cuales cambiaron su serio gesto en cuanto le vieron aparecer. Se dirigió hacia su esposa y cogió al pequeño James de sus brazos—. Y también a mi hijo, James.

—Sí, ya nos hemos conocido. —Sarah la miró de reojo y no la prestó más atención. Se acercó a Jacob y miró al bebé que dormía plácidamente en los brazos de su padre. La mujer sonrió al ver al precioso niño y acarició el pequeño puño que tenía pegado a su cara.

—Jacob debes estar muy orgulloso de tener un hijo tan hermoso. Se le ve muy sano y fuerte y es igual que tú. Estoy segura que si hubierais tenido una oportunidad Edith y tú, vuestros hijos hubieran sido iguales a éste.

Ahí estaba ya la primera mención a su hija. Apenas acababan de llegar y ya estaban haciendo alusiones a la antigua relación de Jacob y Edith. Además, respecto al comentario que había hecho aquella mujer sobre el niño ¿Pensaban encontrarse a un bebé que no se pareciese a Jacob para tener la duda de que no fuera suyo?

“Tranquilízate” pensó Alexia. Estás predispuesta a aceptar lo peor de estas personas. Es lógico que echen de menos a la hija que perdieron en tan trágicas circunstancias.

—Por cierto, Jacob. Veo que has hecho algunos cambios en la casa.

—Sí. Alexia ha cambiado la decoración y algunos muebles del castillo. Reconozco que mi esposa ha hecho un gran trabajo y estoy muy complacido con el aspecto que muestra nuestro hogar.

—Es hermosa, lo reconozco, aunque me gustaba más como estaba antes con la decoración que Edith propuso para este castillo.

¿Acaso iba a mencionar el nombre de su hija a cada frase que decía? Parecía que sí y, además, acababa de criticar su estilo al decorar su hogar. Edith tenía buen gusto aunque se había excedido en algunas salas de la casa y a ella no le gustaban ese estilo tan recargado.

—Lady Mayne, comprendo que os gustara más el aspecto que lucía anteriormente, sin embargo ese no era mi estilo. Prefiero que tenga una apariencia más sencilla.

—Lady Sherwin, vuestro gustos son... diferentes. Muchas personas confundirían la sencillez con la pobreza. Al ver algunos espacios tan vacíos podrían pensar en que no poseéis una buena situación económica.

—También podría ocurrir que muchos de los invitados que frecuenten mi hogar entiendan y elogien los nuevos enseres, cuyo valor es bastante superior al valor de los elementos reemplazados.

La tensión entre ambas mujeres se notaba a kilómetros. Tanto Jacob como Malcolm permanecieron en silencio viendo como se medían la una a la otra. Si Alexia permanecía un solo minuto más al lado de aquella mujer, no podría seguir controlándose y dejaría en evidencia a su marido. No era lo más conveniente en aquel momento y supo que aquella visita sería un motivo más de sufrimiento para ella y, sobre todo, para Jacob.

Se acercó a su esposo para coger al niño de su brazos dispuesta a marcharse.

—Os ruego nos disculpéis a mí y al niño, pero debemos subir ya. Es su hora de alimentarse y debo cambiarme para el almuerzo.

Estaba tan enojada con aquella mujer que temió incluso abrazar demasiado fuerte a su hijo en su intento por permanecer tranquila y serena. Pensó en lo que realmente le apetecía hacer pero que no podía, subirlos de nuevo al carruaje y echarlos de su hogar.

Porque, ahora, ese era su hogar y el de su familia. Nadie tenía ningún derecho a llegar y criticarla tan solo por ser la esposa de un hombre que ellos hubieran preferido que no se casara nunca con otra mujer.

El resto de la jornada pasó sin que se produjera ningún otro enfrentamiento ni mención a Edith. Algo que Alexia agradeció profundamente, aunque se sintiera desplazada al escuchar hablar de acontecimientos en los que ella no había estado presente y que ninguno de ellos se molestó en ponerla en antecedentes.

Al día siguiente, estuvo con ellos el tiempo suficiente para que no la consideraran una mala anfitriona y pudo hacerlo poniendo como excusa que debía atender a su hijo. Gracias a eso pudo desaparecer y mantenerse durante un buen rato lejos de la presencia de aquella pareja y de su marido, al que por cierto, tampoco es que se le viera entusiasmado con la idea de tenerlos allí.

Era consciente que, al verlos, se habían abierto viejas heridas que él había insistido a conciencia mantener abiertas para siempre, pero el paso del tiempo y, sobre todo su hijo, estaban haciendo una gran labor en cicatrizarlas. Su visita había reabierto lo que tanto esfuerzo les estaba costando sanar.

Salió con su hijo por la tarde a pasear, aunque en esta ocasión procuró salir vestida acorde con el aspecto que debía mostrar la señora de la casa. Con un ligero vestido azul índigo y con la camisa azul cielo que asomaba por las mangas y por la parte superior del escote.

Le hubiera gustado alargar esa salida con Jacob como habían hecho en muchas otras ocasiones, pero no hubiera sido nada educado dejar solos a sus invitados durante tanto tiempo. Regresó al castillo más pronto de lo habitual para poder amamantar a su hijo en la intimidad de su habitación antes de que llegase la hora de la cena.

Cuando entró en la casa, oyó voces en el salón y se dirigió hacia allí pensando que también se encontraría Jacob. Pero tan solo se encontraban Malcolm y Sarah. Por lo poco que podía escuchar, parecía que se hallaban en medio de una discusión y, al darse cuenta de ello, pensó que sería mejor dejarlos a solas antes de que la vieran.

Se estaba dando la vuelta para dirigirse al cuarto de James, cuando escuchó mencionar su nombre y deteniéndose, se giró para regresar a la puerta cerrada donde se quedó escuchando lo que estaban diciendo. Ese gesto era de muy mala educación, pero era mucho peor que hablaran a espaldas de ella, sabiendo que había salido a pasear por la propiedad.

—Malcolm, no creo que esa muchacha sea lo mejor que haya podido encontrar nuestro Jake.

—Sarah, por favor, deja el tema. A mí no me parece que ella sea como dices. Jake la eligió como esposa y siempre le hemos considerado un hombre juicioso.

—Ya me imagino por qué la eligió. Tiene una cara bonita y seguro que le recuerda a nuestra pequeña cuando mira su claro cabello. Pero no tiene ningún atractivo más ¿Te has dado cuenta de lo alta y delgada que es? Supongo que sí. Es algo que no puedes haber pasado por alto por muy despistado que seas.

—Lo que si he visto es que es una joven educada y dulce.

—Todo el mundo finge en algún momento de su vida. No te dejes llevar por las apariencias. Por lo menos el niño es de Jacob, fue lo primero que quise comprobar cuando tuve la oportunidad de ver al bebé nada más llegar.

—Sarah, te lo repito, no quiero seguir hablando de esto. Venias ya con el convencimiento de encontrarte a una mujer que no fuera lo bastante buena para Jake y ya ves que no es cierto.

—Si, Malcolm. Lo siento, pero para mí Jake es como un hijo y supongo que no veo que ninguna mujer será buena para él. Porque sigue amando a nuestra pequeña. ¿Has visto su cara de dolor cuando sale a relucir su nombre? Alguien debería decirle a esa mujer que regrese al hogar de sus padres porque Jacob nunca la querrá a ella.

— ¡Es su esposa! No te entrometas en algo que no es asunto tuyo. El motivo por el que se casó con ella, si fue o no por amor, no es de nuestra incumbencia.

— ¿Motivo? No mencionaré el motivo porque soy una dama y no expresaré con palabras lo que tengo

en la cabeza. Solo hay una cosa que haría que Jake faltara a su palabra de no desposar a ninguna otra mujer. Incluso visto así, casi siento cierta pena por ella por estar unida a un hombre que sabe que nunca le pertenecerá.

Alexia, se cansó de oír a aquella mujer referirse a ella de aquella manera y decidió entrar para acabar con aquella sarta de insultos que hacía que le doliese el pecho al escucharla.

— ¿Lady Mayne? Ruego me disculpéis por entrometerme de esta manera en vuestra conversación. Pero os he escuchado hablar sobre mí y no puedo permanecer en silencio. ¿Os he ofendido de alguna manera a vos o a vuestro esposo? Si es así, os pido perdón porque no he sido consciente de ello. Sé que no me consideráis buena para Jacob; es más, nadie lo hizo cuando llegue aquí como su esposa y aún hay sirvientes en esta casa que permanecen leales al recuerdo de vuestra hija. Algo que no entiendo cuando solo estuvo por aquí en contadas ocasiones de visita.

—Lady Sherwin, yo...

—Por favor, Lord Mayne os ruego no me interrumpáis en lo que quiero deciros. Tenéis que saber algo más. Que no quiero ni necesito vuestra lástima. Bastante difícil ha sido ya para mi hacerme a la idea de que el hombre al que amo jamás sentirá lo mismo que yo por él. Sigue amando a vuestra hija, si eso os hace sentir mejor. Sé que este no es mi lugar, no me siento como si fuera mi propia casa y ni tan siquiera mi marido me quiera por esposa. Estaros tranquila porque todo le sigue perteneciendo a vuestra hermosa y perfecta Edith. Nada ha cambiado en ese sentido si eso es lo que os preocupa.

— ¡Basta! ¿Qué está ocurriendo aquí?

Alexia se quedó petrificada al escuchar la voz de su marido detrás de ella. A su lado, se encontraba Julie que se había quedado pálida por lo que había escuchado.

—Perdóname, Jacob. No quise faltarle el respeto a tus invitados, tan solo estaba... escuché como hablaban de mí y tuve que defenderme.

—Alexia, no me estaba refiriendo a ti. Al igual que tú, yo también escuché la conversación que estaban teniendo. Me encontraba detrás de ti pero no te diste cuenta. Julie, por favor ¿podrías llevarte a James y dejarnos a solas?

La muchacha reaccionó cuando escuchó su nombre, se acercó a Alexia para coger al niño de sus brazos y se marchó. Se sentía bastante avergonzada por todo lo que había escuchado acerca de su cuñada, pero lo que más la había afectado eran las duras palabras que había dicho ella sobre sí misma.

Jacob se situó al lado de su mujer y la abrazó por la cintura, atrayéndola más cerca de su cuerpo. Estaba temblando por la tensa discusión que estaban teniendo.

—Jamás hubiera podido imaginaros decir unas palabras tan duras como las que he escuchado referidas a mi esposa y a mi hijo. Sabéis que conozco y comparto vuestro dolor, pero eso no es motivo suficiente para que tratéis a Alexia como lo habéis hecho. Ella se merece un respeto y no creo que deba recordaros que aquí sois meramente mis invitados. Si no os place seguir aquí con mi familia os rogaría abandonaseis mi hogar y os aseguro que no me sentiré ofendido por ello. No voy a tolerar que nadie vuelva a dirigirse así a mi esposa y menos, en mi propia casa. Espero que lo que habéis dicho sea solo fruto del dolor que aun sentís por la pérdida de Edith. Ahora, si nos disculpáis, tengo que hablar con mi esposa porque yo también tengo parte de culpa en lo que ha dicho.

Continuaba abrazándola por la cintura cuando se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras de camino al dormitorio. Ella se dejó guiar con una profunda sensación de tristeza y abatimiento. Cabizbaja, recorrió el corredor que les llevaba hasta su habitación y temió encontrarse con él a solas.

¿Cuál sería el motivo de querer hablar con ella precisamente en ese momento? No se encontraba en su mejor momento para tener una discusión con él. Lo más probable sería que la recriminara el poco tacto que había tenido con sus invitados, hablándoles de la manera en la que lo había hecho.

Al entrar en la habitación, Jacob cerró la puerta con cerrojo para evitar que entrara alguien del servicio y los interrumpiera. Mientras, Alexia, se dirigió hacia el banco cubierto por cojines que se

encontraba incrustado en la pared debajo de la ventana. Se sentó allí y miró al exterior, incapaz de hacerle frente.

Sin embargo, Jacob no iba a desperdiciar ni un solo segundo en aclarar la situación con ella. Se detuvo a su lado y se quedó mirándola fijamente sin tener muy claro por donde debía empezar.

—Alexia, mírame. He escuchado todas y cada una de las palabras que dijiste allí abajo y te debo mucho más que una disculpa si de verdad te has sentido así en todo el tiempo que llevas viviendo aquí.

—Llevo más de un año viviendo aquí, contigo y todavía me sigo sintiendo una intrusa. No me debes ninguna disculpa, ya que me avisaste de cómo sería aquí mi vida. Al principio no me sentí aceptada por ninguna de las personas de esta casa, pero eso, por suerte, ha ido cambiando con el paso del tiempo. Edna y Julie se han convertido en unas buenas amigas e incluso a Julie la consideró mi hermana. Sabía a lo que me enfrentaba cuando me case contigo.

—No fue mi intención menospreciarte, lo siento.

—Hubiera soportado mejor lo ocurrido si no me hubiese enamorado de ti. Pero no pude evitarlo.

—No entiendo cómo puedes amarme cuando nunca te he ofrecido nada agradable que pudieras amar. Solo te he mostrado la peor parte de mí.

— ¿Eso crees? Entonces qué poco te conoces a ti mismo. Eres un hombre que tiene mucho que ofrecer y me lo has demostrado en las escasas ocasiones que te has olvidado de esa horrible fachada tras la que te empeñas en esconder. Sé que nunca me amarás, pero me deseas y con eso me conformo. Sé que amas a nuestro hijo y, eso, me hace inmensamente feliz. Me he resignado a vivir con esto a mi alrededor y sabes que no te pido nada más,

—Me gustaría poder decirte que con el tiempo yo... —Alexia le pudo la mano en la boca y le obligó a callar.

—No quiero que me mientas para hacerme sentir mejor. Sé cómo es nuestra relación y cómo será en el futuro. Jamás me hare ilusiones de que llegue a existir para nosotros un final feliz.

Ella se alejó de su lado y caminó hasta la puerta. Deseaba estar sola para echarse a llorar sin que nadie la viese. Pero antes de salir se dio la vuelta para dirigirse a él.

—Estoy en el cuarto del niño. Te agradezco como me has defendido y te pediría que me disculpases ante ellos por si le he faltado el respeto con mis palabras. Espero que me comprendas si no siento deseos de volver a verlos.

Cerró la puerta al salir y Jacob se quedó pensativo en el dormitorio.

—Ojalá nunca me hubieses conocido, pequeña Lexi. Te merecías un esposo que te amara igual que tú me amas a mí. No sabes cuánto lamento no poder ser ese hombre. —dijo para sí mismo.

## CAPITULO 14

Había pasado un mes desde la fuerte discusión que había tenido lugar con los padres de Edith y volvía a ser la fecha del aniversario de la muerte de ella. En aquel tiempo su carácter se había apagado, recuperando tan solo la felicidad cuando se encontraba con su hijo.

Jacob y ella apenas se habían visto ya que tuvo que ausentarse dos semanas para tratar unos asuntos de unas propiedades colindantes a la suya que pretendía adquirir. En aquellos días que habían permanecido separados le había echado mucho de menos. Lo peor eran las noches, que se le hacían interminables pensando en él. Sin embargo nunca se lo reconocería.

Lo único bueno que había logrado tener en su matrimonio, era a ese pequeñín que alejaba su tristeza cada vez que le veía sonreír

Julie cada día progresaba más en su educación y quien la viera ahora no creería que se había criado durante toda su vida como una sirvienta. Tenía una belleza innata que se veía acentuada por cómo iba vestida y peinada.

No obstante, pasear al lado de ellos ese día por el campo, no logró alejar la opresión que sentía en su pecho al pensar que volvía a ser otra vez aquel día negro del calendario cuando se cumplían cuatro años de la muerte de Edith.

En la comida, se sorprendió al ver que Jacob se sentó a la mesa con ellas. Era la primera vez que le veía salir de la reclusión a la que se sometía en los aniversarios concernientes a su prometida. Se alegró al verle aparecer y como se esforzó durante todo el almuerzo para conversar con ellas y mantener un ambiente distendido.

¿Sería posible que su marido quisiera cambiar? No estaba segura y nerviosa al comienzo, hizo un enorme esfuerzo para no darle importancia a aquel inesperado cambio y conversaron como si fuera un día corriente.

Tampoco quería hacerse ilusiones, tan solo era un pequeño cambio sin embargo cualquier avance por su parte, aunque fuese mínimo, la hacía tener esperanzas de que había una posibilidad de cambiar.

Por la tarde solo le vio cuando pasó unos instantes por la habitación del niño y estuvo un rato jugando con ellos. Volvió a darse cuenta de cuánto se estaba esforzando para mantener la normalidad, allí con ellos, aunque se le notara tenso. No comentó nada al respecto por temor a que se echase atrás en aquel esperado paso que nunca había querido dar

Alexia se sentó en la gruesa y mullida alfombra color crema que cubría el suelo de la habitación de su hijo para jugar con un caballo de madera. El niño sentado en el suelo y rodeado de almohadones para su seguridad, se reía fuertemente mientras agitaba el caballito arriba y abajo.

Le gustaba observar a su mujer y a su hijo jugando de aquella manera tan alegre, tierna e inocente. Se sentía feliz al lado de su hijo pero se dio cuenta de que no solamente era James quien lo causaba. Cuando se quedó mirando a Alexia a los ojos sintió como un tierno sentimiento se expandía por su pecho.

Se apoyó en la pared con los brazos cruzados, mirándola fijamente.

— ¿Ocurre algo Jake?

Pestañeó sin darse cuenta de que la estaba mirando fijamente, incapaz de apartar la imagen de ella de su cabeza. ¿Estaba traicionando sus propios sentimientos y la memoria de Edith por sentir algo por ella? Se sentía culpable, si, pero también comprendió que la necesitaba a su lado. Gracias a ella, había comenzado a pensar que quería una vida diferente a la que había llevado hasta que la conoció. Pero, sin tenerla a su lado, no le iba a ser posible. Representaba la fuerza que le faltaba para superar todos los tortuosos sucesos que habían ocurrido en su vida.

Lo intentaría, debía empezar a preocuparse por ella porque ahora estaba seguro de lo que empezaba a

sentir y no quería perderla. Tan solo esperaba que no fuese demasiado tarde, tendría que hablar con ella, pero aquel no era ni el día, ni el momento apropiado para ello.

—No ocurre nada. Tan solo pensaba en un asunto que debo solucionar.

Se acercó hasta ellos y se sentó junto a Alexia para jugar con el bebé.

Al llegar la noche, Alexia se encontraba en su habitación, insegura y nerviosa por ir a ver cómo se encontraba. Sabía que iba a sufrir por verle en aquellas condiciones. Sin embargo, tenía que hacerlo.

Bajó las escaleras y vio a Edna en la puerta que comunicaba con la zona del servicio.

—Por favor Edna ¿Podrías pedir que traigan vino para mi esposo? Esperaré aquí para entregárselo.

Edna, prefirió no hacer ningún comentario y se marchó para ir a buscar lo que la pedía.

Cuando regresó, le entregó la vasija y no pudo callarse después de haber sido testigo de lo que ocurrió entre ellos la vez anterior.

—En la cocina me han informado que el señor no les ha pedido que le traigan nada, aunque es extraño que... bueno él siempre se excede en esta fecha. ¿Queréis que se la entregue yo?

—No, yo lo haré. Quiero entrar a comprobar cómo se encuentra.

— Y buscáis una excusa para hacerlo. Es vuestro esposo, no lo necesitáis. Aun así ¿Estáis segura de lo que vais a hacer? —La mujer pelirroja puso las manos en sus grandes caderas y la miró con el entrecejo fruncido con desaprobación por lo que se disponía a hacer.

—Hoy si, Edna. Hoy si necesito una excusa para acercarme a él.

Respiró hondo y acercó su mano temblorosa a la puerta para golpear suavemente. No esperaba que el respondiera para permitir que entrara quien hubiese llamado, así que aferró el picaporte y entro en el despacho.

Se sorprendió al ver el estudio prácticamente sumido en la oscuridad, tan solo iluminado por el resplandor del fuego encendido en la chimenea. No estaba segura de sí se encontraba en el interior hasta que vio como asomaba su cabeza a un lado del alto respaldo del sillón en el que se encontraba sentado.

Ni siquiera la saludó, aunque ella tampoco dijo una palabra por el nudo que tenía en su garganta. Si ya se encontraba nerviosa por entrar allí cuando sabía que no era bien recibida, la intensa mirada que estaba recibiendo, hizo incluso que sus piernas se debilitaran y tuviera que obligarse a andar.

Paso a paso, despacio, se acercó y dejó el vino en la mesa, delante de él. No dejó de mirarla en ningún momento y aquello la estaba trastornando más de lo que quería admitir y se negaba a devolverle la mirada por temor a lo que viera en sus ojos hiciera que llorase.

Si tan solo dijera alguna palabra que la hiciese intuir de que humor se encontraba, podría reaccionar acorde a su carácter. Pero, continuaba allí, sin quitarla la vista de encima. Lo único cierto es que su presencia no le resultaba indiferente y, con toda seguridad. Estaría deseando que abandonara la habitación y le dejara, como siempre con su amargura.

—Vine a traerte esto y para...olvídalo, no tiene importancia. Buenas noches. —Se calló antes de confesar su preocupación por el y posó su mano en el hombro de él a modo de despedida.

Cuando fue a retirarla, notó como se la sujetaba con la suya.

—Me importa lo que tengas que decirme Alexia. Cuéntamelo, por favor.

Sus miradas se encontraron y tan solo vio en sus ojos serenidad. Era algo inesperado que no supo interpretar ya que tan solo había esperado su dolor, rabia e ira, tan de sobra conocidos.

—Tan solo quise ver cómo te encontrabas antes de acostarme,

Hizo un intento por soltarse de su mano pero la apretó aún más fuerte. Tiró suavemente de ella hasta que la situó frente a él y la sentó en su regazo ante el estupor de Alexia que se quedó rígida e inmóvil.

Jacob la miraba intensamente y antes de que pudiera darse cuenta se encontró con aquellos labios que adoraba posados sobre los suyos. Los entreabrió un poco y lamió tímidamente su labio superior sin saber cuál sería su reacción.

Para su sorpresa, Jacob se hizo con el control de aquel inesperado beso, hundiendo su lengua en la

boca de ella. Cuando notó un ligero sabor salado en sus labios, terminó con aquel desconcertante beso.

La miró y sintió un profundo pinchazo en su corazón al comprobar que ella se encontraba llorando. La limpio las lágrimas de sus mejillas y agachó la cabeza para apoyarla en el pecho de ella mientras la abrazaba por la cintura.

Aquel gesto hizo que Alexia llorase aún más fuerte y pasó sus brazos alrededor de su cuello, acariciándole la cabeza a la vez que le mecía contra su pecho. Él, a su vez, se abrazó fuertemente a su cintura como si tuviese miedo a que desapareciera.

—Todavía no comprendo cómo has llegado a amarme cuando en todo este tiempo tan solo te he causado dolor. Nunca te he dejado que te acercaras lo bastante a mí por miedo a que me hicieses sentir algo a lo que no estaba preparado. Y lo único que he conseguido es que te conviertas en alguien como yo. Me he dado cuenta de que has dejado de ser la muchacha alegre y alocada que conocí y tan solo veo tristeza en tu mirada apagada. Jamás debí haberte obligado a aceptar este matrimonio. Habrías encontrado a un hombre que te mereciera y te hiciese feliz.

Le obligó a que levantase la cabeza de su pecho y le miró con el deseo de que aquella confesión fuese una promesa de que existía un futuro diferente para ellos.

—Si me enamoré de ti fue porque intuí como sería el hombre que tú te empeñabas en esconder detrás de esa coraza que te aislaba del mundo que te rodea. Eres un cabezota, un hombre fuerte que disfruta dando órdenes y frío ante las situaciones que te desbordan. Pero, en realidad, no siempre eres así. En la intimidad, me demostraste siempre tu verdadera forma de ser que tan bien ocultas. Eres cariñoso, atento y sobre todo lo demuestras cuando te relajas delante del pequeño James.

—Alexia ¿Tengo alguna oportunidad contigo? Te prometo que todo va a ser diferente a partir de ahora. Te has convertido en la persona más importante de mi vida y quiero estar a tu lado, si me dejas. —Apoyó su frente en la de ella, aguantando la respiración a la espera de una respuesta—. Por favor, dime que no es demasiado tarde,

Lo que acababa de decir era lo que menos esperaba escuchar cuando se despertó por la mañana en su cama y recordó qué día era.

— ¿Aun no te has dado cuenta de que aunque quisiera no sería capaz de apartarme de tu lado? No puedo estar lejos de ti, necesito tenerte cerca, a mi lado, incluso aunque hubieses decidido ignorarme el resto de tu vida. No hace falta que me pidas una oportunidad porque aunque lo haya intentado, no he podido dejar de amarte.

Jacob la cogió la cara con ambas manos y la besó en los labios como nunca antes lo había hecho. Con pasión y aunque le costara reconocerlo con amor. Aun tenía miedo de todo lo que había comenzado sentir por ella y se recriminó cuanto la había herido con su indiferencia.

Dudaba de que mereciera tener a esa increíble mujer a su lado, pero se esforzaría en ser mucho mejor de lo que era para ganarse el honor de permanecer junto a aquella increíble mujer el resto de sus vidas.

Se levantó del sillón, la abrazó por la cintura y se dirigieron hacia la puerta. Cuando fueron a salir, ella le detuvo.

—Quiero que estés seguro de lo que creo que pretendes hacer. Si sales de aquí conmigo, no te dejaré que te eches para atrás. Me harías mucho daño. Jake, piénsalo detenidamente, por favor.

La envolvió con sus abrazos y comenzó a besarla en los labios y continuó dándole pequeños besos bajando por su barbilla, su cuello hasta que llegó cerca de su oído.

—Lo llevo pensando días y hoy sobre todo no he podido quitármelo de la cabeza. No te mereces esto y lo único que te pido es que estés conmigo esta noche y no te separes de mí. ¿Aceptas?

— ¿Qué si acepto? —Sonrió feliz y emocionada al oírle decir aquellas palabras que no creyó que podría escuchar alguna vez—. No dejaré que te alejes de mí ni un solo centímetro.

—Cuidado, Lexi, porque es posible que me tome tu invitación al pie de la letra. —la abrazó y pegó su cuerpo completamente al de ella haciendo que notase la dura erección entre sus piernas.

—A eso era exactamente a lo que me refería. —Bajó la mano por su pecho hasta que llegó a su endurecido miembro por encima de las calzas. —Si no estás seguro de querer hacer esto, te lo repito, dímelo ahora..

Jacob volvió a besarla con urgencia. Su beso era voraz y posesivo, a la vez que tierno, queriendo demostrar así, y no con palabras, lo que sentía por ella.

Abrazados, se dirigieron felices hacia la escalera para subir a su dormitorio. Allí, al lado de la barandilla, se encontraba Edna, que había permanecido cerca del despacho para prestar ayuda a su señora en caso de que ellos volvieran a discutir. Se quedó asombrada y sin palabras ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El milagro que durante años había rogado que se produjera, por fin había llegado.

Jacob se paró ante el primer escalón para dirigirse a Edna.

—No será necesario que envíes a nadie para que asista a mi mujer esta noche. Puedes retirarte si lo deseas, tampoco necesitaremos nada más por hoy

Ambas mujeres se miraron y una sonrisa de complicidad y pudor asomó a sus rostros. No hacía falta expresar con palabras lo que iban a hacer en cuanto se encontraran en la intimidad de su dormitorio, ya que la expresión de los rostros de la pareja, hablaba por sí misma.

Nada más entrar en su alcoba, se besaron y acariciaron despacio, sin prisa, sabiendo ambos que aquello significaba una nueva etapa en su matrimonio. Aunque Jacob, jamás olvidaría a aquella muchacha que había amado hasta el borde de la locura, quería volver a sentirse con ganas de vivir felizmente con aquella alocada mujer que tan solo le había dado dolores de cabeza por como se había propuesto, y finalmente conseguido, cambiar su vida.

Tendrían muchas más noches para dejarse llevar por la pasión, pero solo tenían aquella para dar comienzo a una nueva relación y querían deleitarse con cada caricia, con cada beso, que intercambiaban, demostrando así lo que sentían el uno por el otro.

# EPILOGO

Aquella mañana de octubre habían tendido unas mantas en el claro cercano al río que tanto le gustaba a Alexia para comer al aire libre. El día había amanecido soleado y querían aprovechar al máximo aquellos escasos y cálidos días que pronto echarían de menos según se fuera acercando el invierno.

Se encontraban tumbados encima de las mantas observando como el pequeño James, tumbado sobre su espalda jugaba a cogerse los pies y se reía cuando los agarraba. Jacob la abrazaba por la espalda y sonreían al ver disfrutar a su hijo, con algo tan insignificante como aquello

El cambio que había experimentado Jacob desde aquella noche era asombroso. Era totalmente opuesto al hombre con el que se había casado. Aquella sonrisa, que tan pocas veces se había asomado a su rostro, ahora estaba siempre presente cada vez que se encontraba cerca de ella y de su hijo.

Aunque en ocasiones, Alexia había visto aparecer en sus ojos aquella mirada triste y pensativa que tanto dolor le causaba, enseguida desaparecía en cuanto posaba sus ojos en ella.

Pasaban juntos la mayor parte del día, incluso a veces Alexia permanecía con el niño en el estudio mientras Jacob revisaba la correspondencia u otros asuntos que requerían su atención.

Todas las noches se quedaba dormida entre sus brazos, feliz porque la había elegido a ella, a pesar de que hubo un tiempo en que si la hubiesen preguntado si tenía alguna esperanza de que su relación se convirtiese en lo que ahora era, hubiese dicho que no.

Nunca había sido una mujer que se dejara vencer por las dificultades, pero Jacob se lo había puesto muy difícil hasta el punto de llegar a desistir en su idea de alejarle de la oscuridad de sus pensamientos y sus actos autodestructivos.

Aquello la demostró que siempre había tenido razón con respecto a él. Toda aquella frialdad, tan solo era una máscara tras la que se ocultaba. El hombre que habitaba en su interior era divertido, amable y tierno sobre todo en la intimidad de su habitación.

Pese a todo, su fuerte carácter seguía apareciendo y ella, divertida le provocaba aún más con sus palabras. Cuando Jacob, se daba cuenta de ello, cambiaba su humor y pasaba a provocarla a ella de la misma manera. .

—Alexia—. dijo sin dejar de abrazarla.

—¿Si?

—Te quiero.

Cerró los ojos y sonrió sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar. Quiso llorar de felicidad, pero ya había derramado demasiadas lágrimas por él y se negaba a volver a hacerlo aunque, en este caso, fuesen por la alegría que sentía. Si no hubiese estado ya tumbada en el suelo se habría caído de la impresión. Aunque jamás se había sentido tan feliz como en ese momento, decidió bromear con él.

—Jake... ya lo sabía. —respondió con un tono juguetón en su voz.

—¿A si? ¿Cómo que ya lo sabías si hasta no hace mucho ni yo me di cuenta de ello?— El tono de su voz mostraba enfado, pero cuando la giró entre sus brazos de una forma un tanto brusca, se dio cuenta de que estaba sonriendo al igual que ella.

—Porque si no me amaras no habrías aguantado todo lo que te he dicho y hecho desde que te conozco. Me hubieras enviado de regreso a mi casa en alguna de las muchas ocasiones en las que no me comporté como tú querías.

—Entonces, a lo mejor, lo que no sabes es cuanto te quiero y necesitas que te lo demuestre.

Ella le obligo a que se tumbara de espaldas y tumbándose encima de él, le susurro:

—Si, tal vez tengas razón. Será mejor que me lo demuestres para que despejes todas mis dudas. No hace falta que te diga que te quiero, lo sabes desde hace mucho tiempo. Aun así, te quiero.

Jacob se giró y rápidamente se levantó del suelo. La tendió la mano para ayudarla a levantarse y cogió a James en sus brazos.

—Pero ¿Qué estás haciendo? Me apetecía quedarme aquí un rato más.

Jacob acarició su mejilla con la mano que tenía libre y la besó sensualmente en los labios

—Pretendo demostrarte lo mucho que te quiero y este no es el lugar apropiado.

Alexia se cogió de su brazo y se encaminaron hacia la casa. Para ella encontrar el amor siempre había sido su meta. Aquel sentimiento extraño y poderoso que la había arrasado y llevado hacia su infierno particular por no ser correspondida como ella quería, la hizo luchar, llorar y casi desistir de lo que se proponía.

Sin embargo cuando estuvo a punto de darse casi por vencida, Jacob se dio cuenta de sus errores y se propuso cambiar. Jamás dejaría que se arrepintiese de haberse quedado con ella y de que la hubiese elegido por encima de todos sus dolorosos recuerdos.

***Fin***